

UNIVERSIDAD DE MADRID
FACULTAD DE DERECHO



TESIS DOCTORAL

La Santa Sede y el derecho internacional

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

Álvaro Soto Burgos

Madrid, 2015

PROLOGO

Una juventud sana y fuerte, de cuerpo y de alma, de co-
razón e inteligencia, es la que fija, con marchamo de belleza,
ese esplendor de los pueblos que quieren volver sobre las ru-
tas históricas de los destinos que les hicieron grandes. En la
hora presente, hora triunfal de las tareas impacientes, de los
afanes sin tasa, de los esfuerzos sin medida, la proyección de
los haces de luz de las inteligencias jóvenes sobre el marco -
polícromo y polifónico de la España imperial que anancos, es -
el esfuerzo más sólido, el aliento más puro y la promesa más -
firme que aportar los arqueros del ideal, cuando los cofres -
de la Raza han volcado los tesoros del espíritu en una reencar-
nación de las excelentes cualidades, que dieron tono y carácter
al perfil español de los siglos aureos.

Que la juventud profundice en lo hondo y se extienda en
lo alto; que abarque con mirada serena la anchura que los acon-
tecimientos humanos; que exalte los valores propios y ajenos -
que han esclarecido el tanis de los tiempos y de las investiga-
ciones, señalándolos como faros y guías; que analice las pre-
blemas y las tesis que brindan a las inteligencias cultivadas
vastos campos e inagotables manantiales donde saciar la sed -
más ardiente; que señale con paso resuelto y con huella de be-
llos contornos, el caminar apostólico que siembra ideas y aplaz

ta ortegas, con en suma, las graves tareas que las milicias del talento y el estudio han de realizar con denotado entusiasmo, espíritu incansable y estilo militar sonáctico, en esta resurrección de valores morales y culturales que nista la gloria de la reconquista de España.

"Dichosos aquellos que tienen veinte años, una mente casta, un cuerpo robusto, una madre animosa", decía Gabriel D. - Annunzio, cantando las épicas bienaventuranzas de la post-guerra mundial. En esta escultórica y genial visión d.annunziana, en que se cincela con viriles diamantinos el clásico relieve de un arquetipo de juventud, encuentrase, no tomando literalmente la edad, las tres cualidades esenciales que determinan el ideal de un alma hermosa: Mente casta, es decir, limpia de bastardías y de bromas de extravíos; virgen de errores venenosos; -- transparente a la luz de las externas verdades y de los incombustibles principios. Cuerpo robusto, o lo que es igual, plenitud de salud; fortaleza de los miembros en servicio de la inteligencia y el espíritu; estética de la materia para caminar pareja con el resplandor de las almas bellas y fuertes. Y una madre animosa, blasón y cifra que no todos tienen la felicidad de conservar, pero que cuando existe y se siente su mano protectora y la sombra próspera de su nueva jerarquía y el dulce beso de sus labios pálidos y la palabra enajada del más santo amor, el hombre joven encuentra abiertos los horizontes de su vida, una prometedora esperanza de gloria y de servicio la que columbra su amor a Dios y a la Patria.

De esta juventud sana y fuerte, al margen de insubstanciales bagatelas y de decadentes frivolidades, plena de virili-

dad, sin afeminamientos en el cuerpo y en el alma, deseñere
permanente de incansable actividad, de entendimiento brillan-
te, necesitada España para poder levantar de nuevo la estatu-
ra de su genio y poder mirar las anchuras de sus destinos. Y
ha sido la gran epopeya nacional y militar, cargada de gloria
y de estruendo; ávida de espíritus que tuvieron probado temple
de espadas; enamorada de una grandeza que dormía en el sueño -
silencioso de los siglos, quien ha lanzado, como las flechas -
del ideal, un ímpetu juvenil que en los campos de batalla se
ha coronado con todos los laureles; que en el martirio y en el
heroísmo de los que cayeron se nimbó con las estrellas de los
cielos; y que en la pasión y en el entusiasmo de los que tra-
bajan, para reconstruir con el pensamiento de su cerebro y con
el vigor de sus brazos la imperial arquitectura de la gran Es-
paña, se eleva con la serenidad genésica de quien aguarda la
belleza del séptimo día.

El tema que apunta y desarrolla este libro es altamen-
te sugestivo y de una actualidad sin cesar. La roca de Pedro,
la piedra angular de la iglesia que sostiene la eterno sobre
lo perecedero; la que convierte en espuma las tempestades hu-
manas y contra la que nada prevalecerá porque así fué dicho -
por la divina palabra, tiene en lo humano características tan
singulares y son tan bellos y tan profundos los motivos que or-
namentan su arquitectura de sociedad perfecta, que por fuerza
ha de mover la escritores y poetas, investigadores y tratadis-
tas, para que las plumas y el pensamiento, giren en torno a -
las grandes concepciones de su derecho y de su gloria.

En España, donde de pocos años a esta parte se han co-

segunda a cultivar en serio los estudios de derecho internacional a la sombra de los nombres luminosos de Vitoria y Sotomayor, no se había escrito nada fundamentalmente estimable sobre la Santa Sede y sus relaciones jurídicas con los pueblos. Mas concretamente; no se había hecho un estudio a fondo de la llamada "questión romana", que hubo de terminarse satisfactoriamente para la iglesia y el Estado italiano por el genio político y la voluntad dominadora de Mussolini, en los acuerdos concluidos y firmados en San Juan de Letrán el año 1929. Ha tenido que ser un hombre, de poco más de veinte años, no menos vigoroso de inteligencia que de cuerpo y no menos fuerte de alma que de erudición, quien con sencillos de estilo, ligando las crisis de la vida, aguzando el interés y ahuyentando el aburrimiento de la pedantería, testimoniada de todas las modistas y de muchachos que no la son, ha conseguido escribir una obra, de plan bien trazado y de exposición ordenada, que vale a su gran valor histórico y jurídico un caudal bibliográfico enriquecido por las gemas de varios idiomas.

Alvaro Soto Burgos, autor de este meritorio libro, es uno de esos relieves jóvenes, que tendrá puesto de honor en la nueva España. A los 23 años no es muy común pasar del anonimato de la individualidad al impulso creador que determina la personalidad por el toque de alba de la inteligencia. Solo el amor al estudio ordenado, el afán, sin desmayo, de acrecentar el acervo de la cultura propia, el ansia de aire libre y el culto de las bellas y esmeradas deports, pueden esculpir los rasgos dominantes de la semblanza física y moral de este hombre que despunta en el torneo de las inquietudes excoelentes,

cuando España canta triunfalmente y necesita de altivos caballeros que lleven en el tahalís de sus espíritus, las espadas centelleantes de un ideal puro y de un talento esclavizado.

Qué bello afán el de hacer de la propia vida una obra de arte. Modelarla, pulirla, estilizarla, consagrandose como escultor de sí mismo. Algo de ese afán que anida en los grandes "dilettantis" del espíritu tiene este joven curista que - tras ver nieblas y soles en diferentes latitudes caminando por muchas rutas del mundo, se eleva sobre su escalón de políglo-ta para atalallar y avisorar cuantos sistemas y conocimientos junta interesantes y perfeccionar la rama del Derecho que cultiva con preferencia. Obra de arte es dar a la vida medida y ritmo, como hace Alvarez Soto Burgos. Obra de arte es dar variedad y belleza al trazo intelectual y deportivo, que compagina las actividades todas y las sitúa en un terreno de altura y de elegancia espiritual, modelandolas en un acorde solemne de gracia juvenil y de seriedad profunda. Tal hace este muchacho que madruga para el estudio y para el deporte; que dialoga en la Universidad y en el Centro de Estudios Internacionales; que practica la jornada muchos y diversos idiomas y que cumple sus deberes de español y de católico con gravedad en el fondo y en la forma.

Cuando las promociones jóvenes alcancen la plenitud de orientación en la virtud formativa de su cultura y la vocación sea el impulso único que mueva las inteligencias, los grandes avanzados del espíritu, los abanderados de un sentido cultural, firme y fuerte, se contarán, en gran proporción, -

entre los elementos nuevos que han proyectado las facetas de su talento y las energías de su alma y de su cuerpo a una noble misión creadora, que alienta perennemente la llama -- inextinguible de un ideal patriótico y religioso. Tan fundamental propósito se va consiguiendo y el autor de esta obra pueda enorgullecerse de estar alineado, con esas magníficas cualidades, entre la juventud que teje con sus brazos atléticos, sus tercios firmes y sus inteligencias insignes, los recios pilares de esta gran España que renace en la unidad y en la grandeza de su Historia.

La obra que prologo es un magnifico exponente de la capacidad investigadora y de la riqueza doctrinal de su autor. Junto a un resumen histórico de lo que ha sido la Iglesia y del orden jurídico que en veinte siglos se creó en torno a su base humana, álase toda una teoría de Derecho Internacional, tan clara y tan llanamente expuesta, que no solo puede despertar la admiración de los doctos, sino servir de saludable enseñanza a los profanos, católicos o no, para que conozcan lo que es la Sede Apostólica como persona jurídica en la rotación armónica de los pueblos de Orbe.

El plan de este libro, que aborda valientemente problemas que han ocupado y preocupado la atención de tantos tratadistas de Derecho, está perfectamente trazado y resuelto, con la misma clásica belleza que el eslogismo de un escocelapio. ~~Tratadistas~~ y ordenados todos los temas que se ofrecen en sus páginas, se estudian, tras la magnífica síntesis histórica, las soluciones planteadas a la tan debatida "cuestión romana"; la personalidad internacional pontificia; una expo-

misión doctrinal de la soberanía espiritual y temporal de la Santa Sede: lo que es y lo que representa el Tratado de Letrán; la expansión y la actividad vaticana -pero no en sentido político- sino normativo de Derecho, y la curiosísima y peculiar constitución del Estado Vaticano. Tan sugestivas cuestiones se acompañan de una tan abundante riqueza bibliográfica, que acasaba un poco la paciente labor que ha tenido que desarrollar Alvaro Sete, consultando un número tan crecido de obras, en su mayor parte extranjeras.

Poco más tarde de medio siglo ha transcurrido, entre la extinción de la soberanía temporal de la Santa Sede y el acuerdo de Letrán, que eloquentemente proclama la alta misión sobrenatural de la Iglesia y armoniza sus intereses terrenos con la gran Italia que inició Cavour con el "Risorgimento" y ha cerrado Mussolini con la triple corona imperial de la Roma eterna. Cincuenta y nueve años de incomprendimientos, injusticias y sectarismos, no mellaron las osadoras centellas que irradian "urbi et orbi" la cúpula colosal de San Pedro. El "non possumus" no era un baluarte contra la unidad de un pueblo que se forjaba en los moldes clásicos y naturales de sus históricos destinos. Representaba la firme y enérgica voz del Padre de todos los fieles, contra la negación de una soberanía temporal, que era indispensable garantía del fin sobrenatural - que cumplir por los siglos de los siglos en este mundo. Desvanecido el sectarismo incivil y el liberalismo mundano que ha informado durante tantos años la política italiana y en pie el "Duce" creador y genial, con un pueblo organizado en la pasión de la gloria, la "cuestión romana" ha dejado de existir,

en noble afán de concordia, restaurándose la soberanía temporal de la Sede Apostólica en un mínimo espacio de terreno, - que hace más grande su grandiosa y más abiertos los horizontes, por donde la nave de Pedro traza sin cesar la estela divina - del infinito.

Este Tratado de Letrán, que tan escrupulosa y brillantemente se estudia en estas páginas, es, a mi juicio, la llave de oro que cierra definitivamente el arco de las desavenencias y de las discordias pasadas. El el Vaticano desconocerá nunca los derechos soberanos de Italia, ni Italia podrá nunca negar la propiedad territorial y soberana, donde reside el Vicarie de Cristo y Señor de trescientos millones de súbditos - que desde todos los rincones de la Tierra escuchan de rodillas su voz augusta e imploran su bendición con el corazón turbado y el alma abierta al sol de la fe. El autor de esta obra cree que el Acuerdo signed por el Cardenal Gasparri y Mussolini - no es más que un gran paso, pero no una solución total al problema que se planteó en 1870. Sin embargo, no se podrá jamás conseguir otro acuerdo más perfecto ni con perspectivas más - duraderas. Lo que el futuro pueda añadir -y no lo quiera Dios- será un impulso de retroceso, pero no de avance, porque ni - Italia ni la Santa Sede pueden mutuamente concederse más. El Tratado de Letrán es la cumbre más alta. Detrás, no hay más - que vértices enanos.

La aparición de esta obra en el campo del Derecho Eclesiástico, sin dudas, saludada con alborozo. En la nueva España, forjadora y creadora de grandes destinos, que serán alcanzados con - la misma fe y tenacidad con que se ha llevado la Reconquista, este trabajo tendrá a destacar una dualidad de valores: la del

toma, tan poco estudiado en nuestra Patria a pesar de un estirpe católica y que despertará nuevas y valiosas apertaciones, y la del autor que sabe honrarse, honrando a la Santa Madre Iglesia, de la que es fiel hijo, y a la Santa Madre España, por la que ha sufrido sonriendo a la adversidad y no dando a la vida más valor que el de un noble instrumento para servir los altos ideales que anidan siempre en los grandes y generosos corazones.

Julión Cortes Cavanillas

INTRODUCCION

La Iglesia Católica es la sociedad universal y perpetua por excelencia. Ya desde sus primeros tiempos las verdades de Cristo se difunden con rapidez increíble, hollando con su planta a cuantos adoradores paganos se oponen a su crecimiento, - apoyados en la protección imperial y para ello no emplea como espada el acero, sino solamente un arma que no supone ni derramamiento de sangre, ni fuerza, ni coacción, pero que se impone a las voluntades particulares y las somete a su nascente dominio: la doctrina de Cristo. El mismo Harnack alemán protestante y nada propenso a ser partidario de nuestra Iglesia, no puede menos de reconocer la evidencia de la historia en su obra "Mission und Ausbreitung des Christentums in den ersten drei Jahrhunderten" al decir que: "La impresión que tuvieron los Padres del siglo IV, Arnobio, Eusebio, Agustín, es que su fe se había propagado de generación en generación con rapidez increíble. Esta impresión es justa. Setenta años después de la fundación de la primera comunidad cristiana en Antioquía de Siria, Plinio se expresa sobre la difusión del Cristianismo en la romana Bitinia con los términos más significativos, y considera como ya decadentes los otros cultos establecidos en esta provincia. Setenta años más tarde la controversia sobre la Pascua nos muestra una federación de iglesias que se extiende desde Irén a Eféso con Roma por centro. Setenta años después el co-

perador Decio declara que prefería tolerar otro emperador en Roma que un obispo cristiano. No era preciso aguardar otros setenta años para ver enarbolada la Cruz sobre las insignias romanas. (1).

Sin embargo lo más difícil para una sociedad religiosa, no es nacer, venir a la vida, sino mantenerse en día y resistir vigorosa a los embates del tiempo y a los enemigos exteriores e interiores de su existencia y tanto unos y otros aparecen en el caso particular de la Iglesia en número extraordinario: Los primeros atacando incesantemente la fortaleza inexpugnable de la sociedad de Cristo, que levanta siempre su cabeza coronada por el triunfo y acomete el porvenir con más brío que nunca; los segundos, que, surgiendo del seno de la misma Iglesia, al tolerar extrañas intromisiones, parecen debilitar el pedestal del apoyo católico con una función, a veces pasiva y otras activa, al involucrarse en la política temporal de los Estados y olvidar que ellos son sacerdotes de Cristo y de su doctrina y no funcionarios de un poder temporal que nunca debieron anteponer al espiritual de la Iglesia y que cuando lo hicieron solo obtuvieron por fruto desavenencias graves que redundaron en perjuicio evidente de nuestra religión.

Mas no obstante estos embates de enemigos externos e internos nuestra Iglesia perdura desde hace veinte siglos y lo que es más sin cambiarse substancialmente ya que desde su nacimiento subsiste con sus mismos dogmas de fe y aún con

(1) Harnack- Mission und Ausbreitung des Christentums in den ersten Jahrhunderten (pag. 296). Tübingen 1.905.

la misma organización interna, solamente aumentada y completada ante la necesidad de responder más exactamente a la realidad actual de nuestra Iglesia, que en impetuosa expansión alcanza la enorme suma de trescientos millones de fieles dis-
eminados por todo el mundo.

Y esta enorme extensión del poder espiritual de la Igle-
sia es lo que ha hecho de la misma la sociedad universal por excelencia y la potencia de derecho internacional. Que es sin duda alguna, y que constituye un curioso caso de sujeto de tal derecho.

Muchos autores, sin embargo, han querido ver solamente la personalidad internacional pontificia desde el punto de vis-
ta temporal, es decir, desde el aspecto de considerar a la Santa Sede como un Estado político y hallarse, desde el momento en que es una sociedad estatal, sometida al orden jurídico internacional regulador de cuantas relaciones entre los Estados se desarrollan. Pero el problema hay que considerarlo mucho más ampliamente pues los Estados serán y son, sin duda alguna, sujetos del derecho internacional pero ¿es que solo caen dentro de la esfera internacional como sujetos los Estados? Ciertamente que no. Los Estados, al ser soberanos, son sujetos internacionales pero sin que por ello sean los únicos entes capaces de tales derechos y deberes, a los cuales tienen acceso ciertas asociaciones que, como creaciones naturales o artificiales, creaciones que son la obra de los Estados mismos, gozan de verdadera personalidad internacional.

. El caso, sin embargo, particular de la Iglesia, re--

quiere un estudio especial; es el caso de una sociedad, enormemente antigua por su origen, poderosa por su difusión y doblemente soberana por su poder espiritual y temporal; su estudio, ya interesante desde el punto de vista de esta doble soberanía de que habla, ha adquirido en cuanto al problema de personalidad internacional extraordinaria importancia al desaparecer el poder temporal pontificio ante la invasión italiana de los Estados del Papa y subsistir la Iglesia de Cristo, ejerciendo solo una soberanía espiritual de institución divina, que es la que mantuvo como sujeto del orden jurídico internacional.

El conflicto que la invasión plantea, conocido por el nombre de "cuestión romana" ya ha desaparecido al firmarse el Tratado de Letrán en 1.929, pero ha dejado, sin embargo, subsistente el interés y la importancia al problema del estudio de la personalidad internacional pontificia, alrededor de la cual giran las más diversas opiniones de canonistas e internacionalistas, (pues no cabe la menor duda que eso de lleno en ambas esferas) que se manifiestan, ya en el sentido de considerar dicho problema, admitiendo la personalidad internacional pontificia como consecuencia de su poder temporal de Estado y negándola por tanto durante los 59 años que duró la cuestión romana por carácter de territorio, base de la soberanía de los Estados, o bien admitiéndola en todo momento al reconocer la doble soberanía de la Iglesia: espiritual y temporal, y atribuir a la primera la fuerza, ya no necesaria, sino superior a la temporal, para mantener a la Iglesia como soberana y como

persona internacional a el orden jurídico. Y por último y - como complemento de la "cuestión romana" no deja de revestir interés el estudio de esta misma personalidad internacional, de la doble soberanía pontificia y de la actividad internacional de los Papas después de la firma del Tratado de Letrán, que juntamente con la peculiar constitución del actual Estado Vaticano, nos señalan los medios en que ha de desenvolverse - el futuro de nuestra Iglesia.

LA COMUNIDAD JURIDICA INTERNACIONAL Y SUS SUJETOS

- 1º.- La comunidad jurídica internacional; sus sujetos.
- 2º.- Universalidad perfección e independencia de la Iglesia.
- 3º.- La Santa Sede persona moral, internacional y soberana.
- 4º.- Interés del estudio de estos problemas.

LA COMUNIDAD JURIDICA INTERNACIONAL Y SUS SUJETOS

1º.- La Comunidad jurídica internacional; sus sujetos.

El hombre es un ser incapaz de poder subsistir por sí solo. Sus instintos y su naturaleza sociable le han impulsado a reunirse con semejantes y a formar la sociedad, aparente ante nuestros ojos como una agrupación de individuos cuya unión es indispensable para la viabilidad humana por constituir el medio de que se vale el ser racional para la consecución de los múltiples fines que en el orbe se le plantean. Dentro de ellas, los esfuerzos unidos de sus miembros componentes, facilitan, al ayudarse recíprocamente, la consecución de los objetivos que se proponen, así como la satisfacción de las necesidades humanas para cuyo alcance son utilizados todos los medios puestos al servicio del hombre.

Aparece, además, desde un principio, la necesidad imperiosa de constituirse la familia, como medio indispensable de conservar la especie racional, siendo ella la base de formación de otros núcleos sociales más extensos, que se van formando a medida que los vínculos de la sangre y del parentesco se amplían y abarcan cada vez mayor número de personas, que serán las que habrán de formar las tribus, las gentilidades, etc.

Esta es la evolución inicial de los primeros núcleos sociales, los cuales llegaran por el tiempo a constituir grandes y poderosas sociedades que aparecen en el orbe como "una nueva y superior unidad", según expresión Del Vecchio, en la que el

hombre encuentra el medio de subsistir a la par que el logro de los fines propuestos.

Ahora bien, estas unidades sociales de que hablamos se rodean desde casi sus primeros tiempos de las ventajas con las que la organización les puede beneficiar, revistiendo el desarrollo de sus actividades de un cierto orden y perfección más o menos completos, que con el paso de los años se convertirá en magnífica organización. Ellas implican, ya desde sus comienzos, el establecer una jerarquía a cuya cabeza figurará un jefe que, con carácter de tal, llevará la dirección de las gentes que bajo su mando se encuentren, imponiendo las correspondientes sanciones a aquellos que no cumplan fielmente las disposiciones dictadas, que, a modo de legislación primitiva, comienza a imponerse por estos nacientes soberanos.

En una palabra estas agrupaciones sociales dejan de ser rápidamente simples uniones de individuos para pasar a ser verdaderas organizaciones jerarquizadas, que encaminarán sus esfuerzos a la consecución de los fines propuestos, no escatimando medio alguno, que a su alcance se encuentre, y evitando en todo momento la falta de observación de las normas imperantes por parte de sus miembros constitutivos a los que castigará -- con la imposición de penas más o menos graves según la transgresión cometida.

Estas agrupaciones sociales, rudimentarias y reducidas en sus primeros tiempos, irán adquiriendo fuerza, amplitud y perfección y serán la base de formación de los Estados de hoy en día. Surgirán así las colectividades, organizadas, de modo

tal, que cada individuo pertenecerá a una sola de ellas y ellas serán independientes entre sí. Por ello define Jellinack el Estado diciendo que es "la colectividad dotada de una voluntad, - que solo puede ser comprometida por sí misma, que tiene una organización propia que la permite llevar una vida independiente".

Ahora bien, estos Estados mantienen relaciones entre sí, haciendo con ello necesario la existencia de una legislación - internacional, que regule dichas relaciones, del mismo modo que existe un derecho en cada uno de ellos, que rige las que se dan entre sus individuos. Y aún más, especialmente, en los dos últimos siglos el mundo entero ha sido escenario de múltiples Congresos y Conferencias, reunidos con el objeto de crear nuevas - normas de derecho internacional o bien de reformar algunas de las ya existentes dadas las corrientes, que pudieramos denominar de internacionalismo, que tan arraigadas aparecen en los países civilizados, las cuales no obstante tropezar con las dificultades, naturales en estos casos y que son consecuencia del - celo de los Estados de la defensa de su soberanía interna y externa, es decir de su capacidad de decisión en última instancia en cuanto a sus asuntos internos y de su independencia en el - orden externo; en el de sus relaciones con las demás personas internacionales, relaciones estas que son la consecuencia de la necesidad de una mutua ayuda, de la diversidad y desigualdad - de sus factores físicos económicos, técnicos, etc. En una palabra, las relaciones internacionales, las relaciones entre los Estados, nos llaman nacionales de los pueblos, hacen indispensable la - colaboración internacional y la inmediata consecuencia de la

siema es la creación de las normas del derecho internacional, que serán las reguladoras de las relaciones a que me acabo de referir. Esta legislación constituida por tales normas será el resultado de una labor llevada a cabo por los sujetos del derecho internacional, que de mutuo acuerdo la adoptarán, pues sabido es que en el orden jurídico internacional no hay un legislador superestatal capaz de imponer una ley, siendo por ello necesario acudir al acuerdo de la comunidad jurídica internacional.

¿Pero quienes son los sujetos del derecho internacional?

Lo son desde el momento en que son soberanos e independientes los Estados, desde el momento en que tienen su población, - su territorio y su organización política, ya que impulsados por la desigual distribución de las distintas producciones se ven - impelidos a relacionarse con sus semejantes, a someterse al orden jurídico internacional, a convertirse en personas internacionales.

Bien dice que para que exista el derecho internacional, es necesario el sometimiento voluntario de los Estados a la - norma jurídica internacional. "El fundamento del derecho internacional" expone "esta es la necesidad en que se encuentran los pueblos de entrar en relaciones recíprocas, de donde surgen como producto natural, algunas normas jurídicas idóneas para disciplinar aquellas relaciones y en la voluntad de los Estados - que constituyen la llamada sociedad de los Estados, de someterse a dichas normas y de reconocer otras que se hagan necesarias en el progresivo desenvolvimiento de las relaciones internacionales.

los (1).

A mi modo de ver el término voluntad de que habla Diena es poco apropiado desde el momento en que él mismo reconoce - la necesidad que tienen los pueblos de estar en relaciones recíprocas, y además que el negarse a un sometimiento al orden jurídico internacional implicaría un perjuicio enorme para el Estado refractario, que incluso podría acarrearle consecuencias funestas para su subsistencia. Yo no niego que exista lo que tan oculto profesor llama la voluntad de los Estados pero creo que debería ser empleada otra denominación que estuviera más de acuerdo con la necesidad de que nos habla y que todos reconocemos existe. Aclararé, sin embargo, al término de voluntad de los Estados a que alude Diena es, según sus propias palabras, "una voluntad colectiva y recíproca al menos de un cierto número de Estados, la cual, una vez firmada mediante - acuerdo, se impone a las singulares voluntades estatales de - que está constituida (2). Pero si dicha voluntad "se impone a las singulares voluntades estatales" no será tal voluntad y aún en el caso de "voluntad colectiva y recíproca, al menos - de un cierto número de Estados", no será forzoso negarla por lo menos parcialmente en cuanto a una minoría de sociedades - estatales que el mismo Diena reconoce que existe. Propongo -- pues, por las razones expuestas, que se hable de la necesidad en que se encuentran los pueblos de entrar en relaciones recí-

(1). Diena Derecho Internacional Público página 8. Barcelona 1932.

(2). Derecho Internacional Público, página 9. Barcelona 1932.

prosa y que se sustituye al término de "voluntad de los Estados" por el de consentimiento de los mismos a las normas internacionales por el acuerdo general de tales sociedades estatales para la regulación de las susodichas relaciones.

Visto tal problema y conociendo la existencia de los Estados como sujetos del derecho internacional se nos plantea ahora la siguiente cuestión; ¿Son solamente los Estados personas internacionales?. Ciertamente que no; la realidad así lo muestra desde el momento que existen personas, que sin ser sociedades estatales y careciendo de los elementos básicos de los Estados o por lo menos de alguno de ellos, reúnen los derechos y obligaciones particulares de los sujetos del derecho internacional y ejercen en el orden jurídico externo las funciones propias de ellos. Ello nos obliga, pues, a admitir la existencia de unas nuevas personas internacionales que son, en concepto de la mayoría de los tratadistas, meras creaciones naturales o artificiales de los Estados, los cuales las reconocen las atribuciones de una sociedad legal, internacional y soberana.

Sin embargo la Iglesia Católica, con su representación organizada de la Santa Sede, nos puede incluir entre tales Estados. Ella es tan antigua que su origen impedirá su constitución por parte de las modernas sociedades, las cuales se limitarán a reconocerla, pero tal reconocimiento solo tiene un valor simplemente declarativo con arreglo a las modernas teorías jurídicas (1).

(1) Diction. pág. 106 y siguientes. Barcelona 1936 sobre el valor del reconocimiento de los Estados.

2ª.- Universalidad, perfección e independencia de nuestra Iglesia.

Para el estudio del problema de la personalidad internacional y de la doble soberanía pontificia creo conveniente hacer destacar de un modo especial y por encima de cuantas notas peculiares caracterizan a nuestra Iglesia sus caracteres - de universal, perfecta e independiente, que son los que desempeñan, al ser consecuencia de la soberanía espiritual, los papeles primordiales en el problema de personalidad y soberanía.

El hecho de la universalidad de la Iglesia es sobradamente conocido por toda persona que como civilizada se considere. La misma significación etimológica de la palabra católica (Katholike de Kath hólou) expresa bien claramente el concepto de universalidad. Y es que nuestra Iglesia en cumplimiento del mandato de Cristo "euntes ergo docete omnes gentes" (1) se propuso ser universal y de hecho lo ha conseguido al diseminar su semilla - bienhechora entre toda clase de gentes y de naciones, hasta el punto de que no existe hoy en día sociedad estatal alguna, que no cuente entre sus miembros creyentes de la verdadera religión, habiéndose logrado esto gracias a la enorme labor llevada a cabo por los Apóstoles y luego por mártires y misioneros que han extendido sus dogmas religiosos por los más remotos países, cuya falta de civilización dificultaba, tanto esta ardua labor tan difícil de vencer. Pero nuestra Iglesia triunfó en un principio

(1) San Mateo XXVIII v, 13 y 19.

sobre paganos y perseguidores y encumbrándose ella misma sobre la fuerza de su religión y la sangre de sus mártires mantiene el símbolo de la luz con el que extenderá en el futuro las verdades de Cristo, y con el que logrará su universalidad que la diferencia de las demás religiones, solo particulares de una ra en su generalidad, y sin que por su imperio puedan en caso alguno compararse con la enorme extensión y dominio de nuestra Iglesia.

El primer escritor que llama católica a nuestra Iglesia, expresando así ya con ello el concepto de universalidad, es San Ignacio de Antioquía que en una carta a los esmirinenses dice: "Donde está Jesucristo allí está la Iglesia Católica". Medio siglo más tarde los mismos esmirinenses hablan ya de la Iglesia católica como una sociedad diseminada por el mundo entero.

Que la Iglesia había de ser universal, lo indican numerosas profecías sobre el futuro de la misma y gran cantidad de palabras de Cristo. Recordemos solo por vía de ejemplo entre las primeras las de Isaías "En los días novísimos el Monte de la casa del Señor se encontrará sobre la cima de los montes y erguirá su cumbre sobre los collados, y confluirán a él todas las gentes. Y vendrán pueblos y pueblos, y dirán: venid, subamos al monte del Señor, a la casa de Dios de Jacob, y Él nos mostrará sus senderos, y andaremos por sus caminos; porque de Sión ha de salir la luz y la palabra del Señor de Jerusalén. (1). Y entre los segundos: "Id por todo el universo y predicad el Evangelio a toda criatura" (2) "Se me ha dado todo poder en el Cielo y en

(1) Miqueas- Capítulo IV
(2) San Marcos XVI. 15.

la tierra; id pues y enseñad a todas las gentes" (1).

Pero aún dejando de lado el campo de la profecía y de las palabras de Cristo, pasando por alto la historia de la Iglesia, que estudio con posterioridad en otro capítulo y en lugar más apropiado y entrando de lleno en los modernos tiempos no podemos menos de hacer resaltar la enorme expansión de la religión de Cristo. Trececientos millones de habitantes es la enorme suma que hoy forman los súbditos del Papa. ¿No es esta cifra un veinte por ciento de la total población terráquea, bastante por sí sola para demostrar la patente universalidad de nuestra Iglesia?

A la cabeza de la Iglesia Católica, y como jefe supremo figura el Romano Pontífice, cuya autoridad en materia religiosa es admitida universalmente y aceptada por todos los católicos sin discusión alguna. Esta alta jerarquía le ha colocado en una situación privilegiada, única en el mundo, especial y particular de él, de institución divina y rodeada de los mayores privilegios, que desde la persona de San Pedro disfrutaba y que serán suficientes motivos para atraer la codicia de muchos soberanos ansiosos de podería, que olvidando sus propios deberes morales no reparan en atacar la soberanía pontificia que los Papas defenderán, incluso en ocasiones, con las armas.

Recordemos el Canon 218 del Codex Iuris Canonici sobre la potestad de los Pontífices: "Romanus Pontifex, Beati Petri, in primatu Successor, habet non solum primatum honoris, sed su-

(1) San Mateo XIXIII v. 18 y 19.

plenam et plenam potestatem iurisdictionis in universam Ecclesiam tum in rebus quas ad fidem et mores, tum illas quas ad disciplinam et regimen Ecclesiae per totum orbem diffusae pertinent".

"Haec potestas est vere episcopalis, ordinaria et immediata tum in omnes et singulas Ecclesias, tum in omnes et singulos pastores et fideles, a quavis humana auctoritate independens".

Y volviendo sobre la universalidad de la Iglesia diré que ella ha dado lugar a un fenómeno interesante y discutido - cual es el sometimiento de los católicos a una doble soberanía: a la católica a un lado, y la suya nacional de otro. Sin embargo, el conflicto que algunos autores han querido ver en ello, - no existe. La Iglesia regula la parte espiritual del individuo, el Estado la parte terrenal y política: ambas sociedades son - distintas, perfectas, con campos de acción diferentes, no existe pues conflicto; ambas deben subsistir, son imprescindibles - en el mundo, cada cual dentro de su misión.

Nos encontramos con un condominio, con una soberanía, - nos dice Le Fur. "Pero en vez de consistir en un reparto del -- poder público temporal, como en el caso del condominio de una - ciudad, una provincia o una colonia, el de las Nuevas Hébridas, por ejemplo, para Francia y Gran Bretaña, aquí los dos poderes son netamente distintos en principio, lo que hace a la vez más fácil de efectuar el reparto y menos peligroso en cuanto a los conflictos que pudiesen tenerse". (1). Y ello es una gran ver-

(1) Le Fur.- Le saint Siège et le Droit des Gens. pag. 93 y 94
Sirey 1930.

dad, pues para darse un conflicto sería necesario que ambas voluntades se encaminasen sobre la misma cosa y en este caso concreto, ambas tienden sobre el hombre, pero la una sobre la parte espiritual, la otra sobre la terrenal y política, pues como decía con tanta razón León XIII en su Encíclica "Immortale Dei": "Dios ha distribuido el gobierno del linaje humano entre dos potestades: la eclesiástica y la civil: esta, encomendada directamente a los intereses humano y terrenos, y aquella, de los celestiales y divinos".

Y es que el hombre, según Aristóteles, es un animal político y religioso a la vez; es por ello que está sometido por su primer aspecto a una soberanía espiritual, y por el segundo a una soberanía estatal; la de su Estado nacional.

Pues bien la Iglesia, por razón de su carácter singular y de su soberanía espiritual universal es necesario que se mantenga independiente, sin permitir intervención alguna estatal - en el ejercicio de su ministerio y empleando para tal evitar - todos los medios posibles. Ningún Estado, y menos los que se denominan católicos, podrá consentir que el jefe de una religión universal, que profesan algunos de sus súbditos se encuentre sometido a ninguna sociedad estatal. No existe razón alguna para que ello suceda siendo sus atribuciones distintas, según se desprende de las palabras de Nuestro Señor Jesucristo: "Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César". También León XIII en la Encíclica "Immortale Dei" declara al hablar de los poderes civil y eclesiástico, que "Cada uno de ellos en su rango

ria es soberano; cada uno de ellos está encerrado en límites perfectamente determinados y trazados en conformidad exacta con su naturaleza y sus principios; cada uno de ellos está -- pues circunscrito en una esfera donde puede gobernar y obrar en virtud de derechos que le son propios". En términos parecidos se manifiesta Pío XI en su carta de 30 de Mayo de 1.929 dirigida al Cardenal Gasparri: "Si, en el concordato, no son dos Estados los que están en presencia, son ciertamente dos soberanías en el sentido total de la palabra, es decir, plenamente perfectas, cada una en su orden, orden necesariamente determinado por los fines respectivos".

Y si sus atribuciones son distintas y siendo nuestra Iglesia una sociedad perfecta, es decir, teniendo los medios necesarios e indispensables para alcanzar por sí sola la consecución de su fin y no existiendo razón para que la Iglesia se someta a autoridad estatal alguna, ¿no sería absurdo y de resultados desastrosos el llevar a cabo el sometimiento de uno de estos poderes bajo la tutela y jurisdicción del otro? Ciertamente que sí. Ello implicaría si se tratara del Papa, una lucha entre los intereses patrióticos de los súbditos del Estado dominante y sus creencias religiosas a la par que ningún Estado vería con gusto que el jefe de la religión católica perdiese su independencia y soberanía obstaculizándose así el desarrollo de la función espiritual pontificia. El Papa además, por su alta misión no puede ser sometido a autoridad extraña alguna.

"La Iglesia y el Estado" dice Don Eloy Montero "son dis-

tintos, luego ni la Iglesia puede ser considerada como una parte del Estado, ni este último puede ser absorbido por - aquella. Ambas son también jurídicamente perfectas; luego ambas podrán perseguir y conseguir su fin por sus medios pro- pios, de tal suerte que ni el Estado podrá inmiscuirse en los asuntos eclesiásticos, ni la Iglesia en cosas meramente civi- les". (1).

No obstante esta independencia y diversidad de funciones, debe existir cierta trabazón entre la Iglesia y el Estado semejante a la unión que hay entre el cuerpo y el alma; ambas sociedades son distintas, perfectas pero no opuestas; las dos deben subsistir en una mutua ayuda para el buen cumplimiento de sus respectivos fines.

"Nadie duda sin embargo que Jesucristo, fundador de la Iglesia, haya querido que sea distinta la potestad sagrada de la potestad civil, y que ambas poderes sean libres y expeditos para desenvolver sus asuntos; pero con este adimento: que exis- ta entre las dos potestades unión y concordia, lo cual inte-re- sa a entrambas y a todos los hombres" (2).

Al mismo Estado le interesa que al lado de la soberanía se halle la espiritual de la Iglesia por ser esta útil e indispensable a la humanidad; su existencia es, en concepto de Emile Faguet, la mayor garantía de que se puede rodear la li- bertad individual.

(1).- Eloy Montero. Derecho Canónico Tomo 1º pag. 79. Madrid 1928

(2).- León XIII Encíclica Arcanum (1880)

La Iglesia es pues una sociedad universal perfecta e independiente.

3º.- La Santa Sede persona moral, internacional y soberana.-

Ante todo y por lo ya expuesto podemos afirmar que la Iglesia es una persona moral. Sobre ello no existe la menor duda y sería absurdo negarlo. Sus miembros componentes son - los católicos, que creyendo en una misma religión y profesando un mismo culto, aparecen formando la sociedad organizada de la Iglesia. Y es que la Iglesia se halla organizada, incluso muy superiormente a muchos Estados que se precian de - estarlo; está jerarquizada; obedece a una autoridad suprema: el Romano Pontífice. Su representación organizada es la Santa Sede y se puede hablar de ella del mismo modo que del gobierno de tal o cual país. En una palabra la Santa Sede es una - persona moral, que subsiste sea quien sea su titular. Y es - que la Iglesia es la continuación de Jesucristo en el mundo, la prolongación de su vida y de su Espíritu en las almas y en las naciones. Como organismo viviente tiene miembros de diversas categorías; tiene una Cabeza invisible, que es el mismo - Cristo, y una energía interior, el Espíritu Santo, que se difunde por todo el mundo mediante los sacramentos y dogmas -- obrando directamente en el alma de los individuos; tiene una Cabeza visible, los sucesores de San Pedro en la Sede pontificia, los Vicarios de Cristo, bajo cuya dirección suprema gobiernan los demás ministros exteriores y es por ello que aparece a la vez como externa, tangible y humana por ser hombres

los que la dirigen y componen, y espiritual, sobrenatural y divina, por los medios que emplea y el fin que aspira: la santificación y la salvación de las almas. Nuestra maravillosa de elementos divinos y humanos, surge nuestra Iglesia como un todo orgánico y armonioso, incomparable a nada en el mundo.

La Santa Sede es más aún; es persona internacional, como antes dije al hablar de los sujetos de la comunidad jurídica internacional; y es que la Iglesia dotada de un poder espiritual universal forma una sociedad a la que se le ha encargado de la más alta misión en el mundo, constituyendo, según la expresión de Mons. Avv. Giuseppe Tressi "no un Estado en el sentido propio jurídico del derecho internacional, sino una sociedad de orden superior independiente de la sociedad civil por la naturaleza de su fin" (1). Por su misión en el mundo y por su soberanía espiritual la Santa Sede tiene que ser y es persona del Derecho internacional. Así se ha manifestado siempre la opinión católica y la generalidad de los Estados, afirmando su personalidad; incluso los mismos invasores que en ocasiones la han despojado de sus territorios, inmediatamente la asseveran en declaraciones expresas. Los hechos históricos que posteriormente constataremos son los más eficaces confirmadores de estas aseveraciones. Además la Santa Sede, como representación organizada - que es de la Iglesia ha utilizado siempre el derecho de legación activa y pasivamente y este derecho es privativo de las personas internacionales: viniendo pues ello a reafirmar este

(1).- Giuseppe Tressi.- La posizione giuridica della Santa Sede nel diritto internazionale.- página 77. Roma 1929.

qualidad de los Papas.

Y por último la Santa Sede es persona doblemente soberana: espiritual y temporal. La primera de estas soberanías, ya en líneas anteriores vislumbrada, es de campo de acción universal, es la esencia de la Iglesia, de institución divina y privativa de los Papas. Ella ha desbordado y desborda a la soberanía temporal que solo aparece como accesoria, aún cuando accesorio necesaria o por lo menos enormemente útil por ser garantía del ejercicio del ministerio espiritual a la par que el medio de exteriorizarse. La falta pondría en peligro la independencia y consiguiente personalidad internacional pontificia como ha sucedido entre 1870 y 1929, fechas estas entre las cuales corre la célebre "Cuestión Romana" tan discutida por los tratadistas del derecho internacional y que será el objeto o problema eje de mi labor. En otras ocasiones se ha visto también la Iglesia privada de su soberanía, pero en ninguna de ellas los hechos han adquirido la importancia que en esta última, durante cincuenta y nueve años habría de subsistir la Santa Sede en la situación anormal en que se vio, hasta que el Tratado de Letrán de 1929 reconstruye su soberanía temporal con un mínimo de territorio sobre el que el Papa tendrá pleno dominio y jurisdicción soberana. Se crea en ello el Estado Vaticano dotado de una naturaleza jurídica totalmente especial y distinta de la de los demás Estados del orbe y se dará por terminado el conflicto.

4º.- Pasada de estudio de los problemas de personalidad internacional y soberanía pontificia.

Dada la alta misión de la Iglesia y necesaria independencia que esta requiere para el libre ejercicio de la vis ma, se deduce el gran interés que tiene para los tratadistas el estudio de la personalidad internacional y la doble sobera nía pontificia, principalmente durante la tan debatida cues ti ón roma na, que juega los papeles capitales en la vida y -- desarrollo de la función católica hasta el punto de que su ne ga ci ón sería equivalente a una posible intromisión de las so ci ed ades es ta ta les en el ministerio pontificio a una semejan- ta pugna entre los poderes civil y eclesiástico: en una pala- bra sería un golpe fatal para nuestra Iglesia.

A los católicos en general nos interesa conocer tam- bién estos problemas que a nosotros tan directamente afectan; nos interesa que la Santa Sede sea una persona internacional, independiente y soberana y evitar con ello todo tropiezo en - el desarrollo de la misión espiritual pontificia que busca la salvación de nuestras almas a la vez borrar cualquier posible conflicto entre los ideales patrióticos y las espirituales: - nuestras creencias religiosas.

Mi labor abarcará en su desarrollo, por las razones expuestas, estos dos puntos: personalidad internacional ponti- ficia y soberanía espiritual y temporal. Expondré estos proble- mas primero a través de la cuestión romana y luego de los tien- pos actuales, lo que permitirá una cierta comparación entre - la situación pontificia en 1870, en el momento de la expulsi- ón, y la cual, viendo en ella las modificaciones que el tra-

tado de Letrán introduce y la naturaleza jurídica especial
del moderno Estado del Vaticano por él creado.

- - - -

EXPANSION DE LA IGLESIA CATOLICA POR EL ORBE

1ª.- Conveniencia del estudio de la expansión de la Iglesia por orbe en cuanto se relaciona con la soberanía pontificicia.

2ª.- Primer período: Desde la fundación de nuestra Iglesia hasta el Edicto de Milán del año 313.

3ª.- Segundo período: Desde el Edicto de Milán hasta la caída del Imperio Romano de Occidente (476).

4ª.- Tercer período: Desde la caída del Imperio Romano de Occidente hasta Carlomagno (768-814).

5ª.- Cuarto período: Desde Carlomagno hasta Gregorio VII (1073).

6ª.- Quinto período: Desde Gregorio VII hasta el conflicto entre Bonifacio VIII (1294-1303) y Felipe el Hermoso (1286-1314).

7ª.- Sexto período: Desde el conflicto entre Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso hasta el protestantismo (1517).

8ª.- Séptimo período: Desde el protestantismo hasta la Revolución Francesa (1789).

9ª.- Octavo período: Desde la Revolución Francesa hasta nuestros días.

10ª.- Conclusión.

EXPANSION DE LA IGLESIA CATOLICA POR EL ORBE

1º.- Conveniencia del estudio de la expansión de la Iglesia por el orbe en cuanto se relaciona con la soberanía pontificia.

Antes de entrar de lleno en el estudio de la doble soberanía pontificia y de la personalidad internacional de la Santa Sede, creo conveniente exponer algunas nociones sobre la expansión de la Iglesia por el orbe, haciéndolo siempre desde el punto de vista que al trabajo que desarrolle interesa.

Quiero con ello hacer ver como se ha constituido la Iglesia en sus orígenes; como solo se encontraba dotada de la soberanía espiritual conferida en la persona de San Pedro y sus sucesores en el primado de la Iglesia; como ésta es más que suficiente y poderosa para abrir por su propia fuerza el amplio y claro camino a la doctrina de Cristo; como, posteriormente, los Papas logran en tiempos de Pipino el Breve y Carlomagno un poder temporal, que servirá de más fuerte apoyo al espiritual, - que desde San Pedro vienen disfrutando, y como por fin en los tiempos posteriores perfecciona la Iglesia su cometido de universalidad, que ha hecho de ella la sociedad organizada, jerarquizada, universal perfecta, internacional y soberana, cumplidora de la alta misión de Cristo en la tierra. En una palabra - se trata de ver el desarrollo de nuestra Iglesia como institución y como sociedad.

Para el estudio de esta materia seguiré la misma división cronológica de Werns, también aceptada por Don Eloy Montero, por estimarla la más perfecta y la que mejor se adapta en cuanto a los problemas perseguidos.

2º.- Primer periodo: Desde la fundación de nuestra Iglesia hasta el Edicto de Milán del año 313.

La Iglesia Católica es creada por Jesucristo con el fin de continuar su alta misión en la tierra.

Creada a este fin Nuestro Señor su Iglesia e instituye - cabeza de la misma a San Pedro "Tu es Petrus, et super hanc petram edificabo Ecclesiam meam... Et tibi dabo claves regni coelorum; et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in coelis" (1) "Tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia.... Y a tí daré las llaves del reino de los Cielos; y todo lo que atares sobre la tierra será atado en los Cielos; y todo lo que desataras en la tierra, será desatado en los Cielos", confirmando a los Apóstoles la misión de extender su doctrina por el mundo. "Data est mihi omnis potestas in coelo et in terra; -- sicut ergo docete omnes gentes" (2). "Se me ha dado todo poder en el Cielo y en la tierra; id pues y enseñad a todas las gentes".

Al subir Jesucristo a los Cielos, quedó pues fundada una sociedad, totalmente distinta de la sociedad política, tanto por ser naturalista, cuanto por su fin, con un jefe supremo: San Pedro y con los Apóstoles como propagadores de la verdadera doctrina -

(1) San Mateo XVI. v. 18 y siguientes.

(2) San Mateo XXVIII. v. 18 y 19.

y predicadores del Evangelio por el orbe entero. Esta sociedad, con una misión altamente espiritual, que comienza entre las más crueles y sangrientas luchas de persecución y martirio, termina por extender sus dogmas por todos los países, que no pueden oponer barreras a la verdad de Cristo.

El enemigo principal a la difusión de los primeros pasos - del Cristianismo fue preferentemente el Imperio Romano, cuyos - Emperadores, no queriendo consentir que las verdades de Cristo tomasen auge, y dado que nuestra Religión, por el alto fin a - cumplir en el mundo, no podía someterse a la voluntad de ningún poder extraño, desencadenaron la persecución de los fieles cristianos, a los que acusan de graves delitos y martirizan en su - deseo de exterminio de las raíces tan fuertemente arraigadas en las almas de aquellos mártires de la Iglesia; pero nuestra religión, que en sus principios solo se extendió por Judea, invade - el Imperio Romano y sin más armas que la verdad, acepta en las - personas de sus mártires esta lucha del sacrificio de sus cuerpos por la salvación de sus almas en su defensa contra el paganismo y contra el Imperio, y de ella sale triunfante gracias a la enorme riqueza de su vida espiritual.

Por estos tiempos, en que la Iglesia se va extendiendo - por el Imperio Romano, era ya la creación de Cristo una sociedad numerosa, aún cuando aún podemos decir incipiente si se la compara con el enorme desarrollo que luego alcanzaría, dotada -

de una organización jerárquica. Sus fieles eran entre sí y ante los ojos de Dios todos iguales; no había para Él distinción de clases sociales; era solo creyentes, que como hermanos se reunían a ejercer el culto en casas, lugares secretos y aún en las mismas catacumbas, que son las que nos ofrecen hoy los primeros vestigios del arte cristiano que por entonces se inicia.

Terminan por fin las persecuciones sangrientas de los mártires de la Iglesia con la más cruel y terrible de todas; la de Diocleciano, y poco después aparece el Edicto de tolerancia del Emperador Constantino del año 313. Un año más tarde por el Edicto de Milán se otorga a la Iglesia la más amplia y absoluta libertad, convirtiéndose el Emperador en defensor de la religión de Cristo.

Al terminar estas persecuciones sangrientas con el triunfo de la verdad sobre el paganismo, la Iglesia se encontraba ya enormemente extendida por el mundo, abarcando su imperio desde el Ganges hasta el extremo occidental del continente europeo y desde Escocia hasta las cercanías del Sahara africano, y todas las comunidades, por tales regiones diseminadas, tenían a su frente obispos, que acataban unánimemente al Sucesor de San Pedro en Roma. La Iglesia cumplía pues el deseo de su Fundador "Euntes ergo docete omnes gentes" (1).

3º.- Segundo período: Desde el Edicto de Milán hasta -

(1).- San Mateo XVIII v. 18 y 19.

la caída del Imperio Romano de Occidente (476).

Este segundo período se caracteriza por una mayor extensión de la Iglesia de Cristo y consiguiente hundimiento del paganismo, que pierde la protección imperial.

En efecto la política de Constantino, y en general de sus sucesores, fué duro golpe para los paganos, que pronto ven abandonados sus templos, que faltos de apoyo del Estado se arruinan y desaparecen ante las posteriores prohibiciones de que asigtan publicamente a ellos los magistrados romanos, la no licitud de llevar a cabo sacrificios, la privación de los adornos de los ídoles que adoran, e incluso la destrucción de algunos de estos recintos, que llegan a ser locales vedados en tiempos de Constantino. La Iglesia, por el contrario, gana terreno en este sentido y llega a dominar, ya francamente, en el orden espiritual, sin embargo. esta política se vió interrumpida por Juliano el Apóstata, que no obstante haber sido cristiano en los primeros años de su vida, fué dejándose dominar en su muy impresionable voluntad por el filósofo Máximo y por su preceptor Hordenio hasta el punto de que tan pronto se vió proclamado, intentó restablecer el culto pagano y abolir el cristianismo a cuyos fieles manda perseguir; pero esta persecución desaparece a los dos años de implantarse para volver de nuevo al camino que marcó Constantino.

En el año 375 (después de Jesucristo) Graciano abandona, por consejo de San Ambrosio el título de Pontífice Máximo, que

será empleado en adelante por los Papas, mientras que ellos se denominaran obispos externos y abogados de la Iglesia.

Pero no cesa aquí la labor de los Emperadores en cuanto a la Iglesia, sino que por el contrario se amplia: concediendo a los obispos facultades para intervenir en determinadas causas, fomentando la construcción de sus templos; comenzando a otorgar a la Iglesia inmunidad personal y real, y aún, acomodando sus leyes civiles al derecho de la Iglesia; cristianizando instituciones civiles; suprimiendo las penas de crucifixión y hierro candente; favoreciendo la condición de los esclavos; mejorando las cárceles; prohibiendo las luchas de gladiadores y los espectáculos obscenos, la exposición de niños, el infanticidio; mejorando la condición de la mujer, prohibiendo el matrimonio entre parientes cercanos, etc.

Mientras tanto, el paganismo era cada vez más perseguido. Después de la rebelión de Arbogasto en el año 392, del asesinato del Emperador Valentiniano II y de la batalla de Aquileya, ganada por Teodosio, todo el que profesa tal culto es considerado como enemigo del Imperio; toda obra contra la Iglesia es mandada quemar. El cristianismo había pues triunfado rotundamente hasta aplastar por completo al pagano que en un principio tanto nos perseguía.

Durante todo este tiempo la organización de la Iglesia evolucionó también algo, haciéndose más perfecta. Así, y teniendo en cuenta la división, que pudíramos llamar política, existente en el territorio, aparecen las diócesis perfectamente de-

limitadas y bajo la autoridad de un metropolitano (los arbores de hoy en día). Igualmente aparecen varias provincias unidas entre sí, constituyendo la primeramente denominada exarquía y después patriarcado, los cuales llegaron a ser cinco: Roma, - Antioquía, Alejandría, Jerusalén y Constantinopla, y que se agrupan alrededor del Papa, obispo de Roma y sucesor de San Pedro - en el primado de la Iglesia. Como niveles inferiores, existen las parroquias, generalmente diseminadas por el campo y las pequeñas ciudades, y aún dentro de las parroquias y dependiendo - del párroco aparecen los clérigos al frente de pequeños templos. El lado de esta jerarquía, que podríamos llamar individual, se desarrollan los sínodos o reuniones del clero, especialmente de obispos, apareciendo los sínodos diocesanos, provinciales, patriarcales y generales, cuyos nombres indican por sí solos la - amplitud de los mismos. Y por último, aún cuando este ya afecta más bien a la resolución de cuestiones dogmáticas, aparecen los Concilios de los cuales solo recordamos los nombres de Nicea -- (325), Constantinopolitano (381). Efezo (431) y Calcedonia (451), como los más importantes de los celebrados hasta la caída del - Imperio Romano de Occidente.

Y para poner fin a cuantos comentarios y exposiciones, que sobre este segundo período he hecho, creo conveniente no silenciar que el apoyo y amparo que los Emperadores dieron a nuestra Iglesia, no obstante favorecer mucho su desarrollo, implicaron en algunos momentos una intromisión en la misma esfera eclesiástica, llegando incluso a ordenar muchos asuntos de la Iglesia. Así, Constantino ordenó a Atanasio, obispo de Alejandría,

la admisión en el seno de la Iglesia de Arrio, el cual poco antes había escrito al Emperador en tales términos que hicieron a este dar tal paso; más como se negase a hacerle el ilustre prelado, no obstante las amenazas de ser desposeído de su sede y desterrado, Constantino dió oídos a las calumnias que contra él se levantaron, diciendo que intentaba apoderarse de Egipto y mandó reunir un sínodo compuesto por los principales enemigos del prelado ante el que Ambrosio debería comparecer, arrojándose así al dictar tal disposición las atribuciones que solo al Pontífice correspondían.

Al caer el Imperio Romano de Occidente, que pone fin a este segundo período de la vida de la Iglesia, podemos decir que ésta ha dado un paso gigante hacia la universalidad, que la permitirá durante la Edad Media continuar el cumplimiento de su alta misión, aumentando cada vez más su imperio y fortaleza que hacen de ella la sociedad universal, perfecta, organizada, jerarquizada, soberana e internacional de que nos ocupamos.

4º.- Tercer período: Desde la caída del Imperio Romano de Occidente hasta Carlomagno (768-814).

A partir de la caída del Imperio Romano de Occidente - entra la Iglesia en un período, que necesariamente hemos de dividir en dos partes: Una relativa a Oriente, que se caracteriza por la continuación del intervencionismo de los Emperadores antes indicado y que va preparando el campo apto para el Cisma, y otra relativa al Occidente que constituirá para la Iglesia una

de los tiempos de más brillante unión y ayuda con el Estado y que acabará con la creación por parte de los mismos de un territorio, base sobre la que la Iglesia apoyará su nuevo poder temporal así creado.

En Oriente entre los principales casos de intervención - de los Emperadores en los asuntos eclesiásticos durante el período que me ocupa recordaré los siguientes.

Zenón, autor del Hendíco, con el cual pretendió poner fin en el año 482 a las controversias eclesiásticas de los monofisistas.

Justiniano, que condenó la herejía de los Tres Capítulos, formulando un juicio dogmático y convocando además varios sínodos con objeto de afirmar la ortodoxia.

Heraclio, que al intentar mediar en las discusiones entre ortodoxos y monofisitas, dictó una ley diciendo que a pesar de - las dos naturalezas, solo existía la voluntad única de Cristo. - Fueron tantas las escisiones a que dió lugar esta ley que el Emperador publicó entonces en Ethessis en el año 638.

Constante II que publicó una confesión de fé, que al ser rechazado por el Papa, motivó el traslado de éste a Constantinopla desde donde fué desterrado a Eheraen.

León III el Isaurico, que ayudó a la herejía iconoclasta, publicando dos decretos en fechas 726 y 728 en los que prohibía las imágenes sagradas, el uso de las reliquias, las plegarias, -

182.. El mismo Emperador León III el Isaurico, que ayudó a la herejía iconoclasta, publicando dos decretos en fechas 726 y 728 en los que prohibía las imágenes sagradas, el uso de las reliquias, las plegarias, -

ta al Papa Gregorio II en el año 729.

En Oriente pues el camino hacia el Cisma se va esbozando.

En Occidente la venida de los pueblos germanos, visigodos, francos, longobardos, etc. implica para nuestra Iglesia - una nueva era que la unirá más estrechamente con el Estado en sus funciones de protección y mutua ayuda.

La religión de estos pueblos invasores, que como sabemos era arriana, bien pronto queda postergada ante la religión cristiana a la que comienzan convirtiéndose los francos y a los que siguen en su ejemplo los demás pueblos bárbaros sin distinción de clases: monarca, noble o plebeyo. En España Recaredo lo hizo publicamente en el Concilio III de Toledo y a él siguió bien pronto todo el pueblo visigodo.

Después de esta conversión de los pueblos invasores la religión católica es respetada y protegida; el Estado pasa a - ayudar a la Iglesia y ésta al Estado en su labor de reconstrucción sobre las ruinas del Imperio de Occidente, llegando a - una colaboración tal que ha hecho dudar si los Concilios toledanos son verdaderos Concilios. Asambleas legislativas civiles o Concilios mixtos de Asambleas.

En cuanto al influjo de la Iglesia sobre el Estado se - mostró al transformar ésta la esclavitud en servidumbre, al suavizar la rigidez del Derecho penal, al aumentar y defender cuanto significase cultura, creando centros de instrucción regentados en su mayoría por eclesiásticos, al fomentar la creación de las vías de comunicación, etc. La Iglesia por su parte conservó la inmunidad real y el privilegium fori, aún cuando ésta no apa-

rece totalmente desarrollado hasta fechas muy posteriores; los obispos llegaron a ser consejeros de los reyes en ciertas materias; los príncipes y los particulares fomentaron la creación de iglesias y dotaron a las instituciones eclesidéticas de bienes con lo que la Iglesia llega a adquirir una cierta propiedad. En una palabra, la Iglesia en el Occidente ha estrechado los lazos de mutua convivencia y unión con el Estado, lo que hace ya vislumbrar la posibilidad de llegar a la creación de la soberanía temporal pontificia.

5º.- Cuarto período: Desde Carlomagno hasta Gregorio VII (1073).

Este período, que corre desde los tiempos de Carlomagno hasta la subida al solio pontificio de Gregorio VII, reviste una importancia enorme para la vida de la Santa Sede, tanto en Oriente como en Occidente. En el primero de ellos por irse acentuando con rapidez enorme la tendencia ya iniciada anteriormente por los Emperadores de intromisión en las funciones eclesidéticas, - que hace que en el año 1054 quede consumado el Cisma que durante todo este tiempo se ha venido esbozando. En el segundo por la creación del poder temporal pontificio y por la continuación de la misión espiritual de la Iglesia que cada vez se disemina más por el mundo.

En Oriente, y continuándose así la política de Emperadores anteriores, Miguel III el Buco depuseto de la silla patriarcal a Ignacio en el año 857, por negarse este prelado a las pretensiones imperiales, siendo sustituido en ella por Focio que --

carecía de grado alguno eclesidástico. Ignacio acudió al Papa y al deponer el Pontífice a Focio, éste, apoyado por el Emperador, logra la convocación de un sínodo en Oriente para depone-
ner al Papa. Muere, sin embargo, Miguel el Budo y al subir Basilio el Macedonio al trono, se cumplió la sentencia dictada anteriormente por el Papa, rependiéndose de nuevo a Ignacio. Pocos años después muere el patriarca Ignacio y Focio que ha logrado congraciarse con el Emperador es de nuevo elegido en su cargo, incluso con el consentimiento del Papa, aún cuando a condición de que reconociera sus faltas en un sínodo para tal efecto convocado. En un principio parece someterse a ello y acatar la política de Roma, pero lejos de cumplir lo estipulado, ataca a la Iglesia y levanta falsas acusaciones contra el Papa hasta el punto de llegar a hacer que se rechace la acordada por el Concilio VIII universal (IV de Constantinopla). Ante tal conducta es declarado anatema por el Romano Pontífice y depuesto posteriormente por León el Filósofo que lo relegó a un monasterio donde muere en 891. La base del Cisma había quedado, sin embargo, sentada firmemente.

Vuelven de nuevo las disidencias entre la Iglesia y los Emperadores por motivos más o menos triviales, y todas ellas son aprovechadas por Miguel Cerulario, que comienza a lanzar las más violentas diatribas contra la misma, y llega incluso a mandar cerrar las Iglesias latinas de Constantinopla, ordenando la expulsión de los abades de sus monasterios, si estos continuaban en su obediencia a Roma. Protesta el Papa León IX ante tal atropello y rechaza cuantas imputaciones hizo Cerulario, -

pero todo en vano, ya que aquel engreído logra de Oriente el perfecto apartamiento de toda relación papal, consumando el Cisma, del cual se originaría a su vez posteriormente la escisión de Rusia.

Con posterioridad, se ha intentado de nuevo lograr la unión y aún en ocasiones se ha logrado, pero solo por ciertos espacios. El Cisma, pues, subsiste hoy, no obstante cuantos intentos se han hecho y cuantas esperanzas se han puesto de volver a la unidad de la Iglesia.

Mientras tanto en Occidente la unión que durante el anterior período se da entre la Iglesia y el Estado aumenta y llega a un punto tal, que cristaliza en la constitución del poder temporal pontificio sobre territorios concedidos wagnanimemente por los monarcas francos: Pipino y Carlomagno. Los Estados pontificios quedan así pues constituidos y el Papa por su parte otorga a los monarcas en el año 754 el título de Patricio de los romanos, coronando Leon III en el año 800 a Carlomagno, con el título de Emperador del nuevo Imperio Romano de Occidente, el cual será reconocido como tal por los bizantinos once años más tarde.

La unión pues entre el Imperio y la Iglesia resulta patente: El Imperio ampara a aquella contra sus enemigos exteriores y auxilia con su poder al Papa en sus posesiones, mientras que por su parte el Pontífice corona y consagra al Emperador como defensor de la Cristiandad de Occidente.

Sin embargo, arruinado posteriormente el Imperio de Carlomagno, por las luchas de sus sucesores, queda el Papado a ver-

ced de las turbulencias constantes que animaban a los partidos, para lo cual llaman en su ayuda Ortón I de Alemania, quien al prestárselas se corona de Emperador, estableciendo así el Sacro Imperio Romano germánico. Creen con esto los Papas haber ya solucionado el problema, pero lejos de ello esta ayuda será la causa de nueva opresión ante el deseo de los Emperadores germanos de nombrar los futuros pontífices de la Iglesia del mismo modo que lo hacían con los obispos cual si se tratase de vulgares magistrados civiles. Esto, que no era conforme a la libertad e independencia de la Iglesia, ocasionó una lucha entre ésta y el Estado, de la que saldrá victoriosa nuestra religión -- después de una interna reforma del clero y de la gran obra llevada a cabo por Hildebrando, San Pedro Damiani, Humberto de Silva, San Juan Gualberto, Hugo de Cluny, etc. En el año 1045 -- Gregorio IV protesta energicamente de la intronización imperial ? en la asera eclesiastica y poco antes de subir al solio pontificio Hildebrando, con el nombre de Gregorio VII, recaba y logra la libre elección del Papa por los Cardenales con la simple confirmación imperial.

Durante el siguiente período, la lucha entre el Papa y los Emperadores continua aún patente, pero terminará con el triunfo rotundo de nuestra Iglesia.

62.- Quinto período: Desde Gregorio VII hasta el conflicto entre Bonifacio VIII (1294-1303) y Felipe el Hermoso (1286-1314).

Tal vez sea este el período más floreciente para la -

Iglesia en todos los órdenes: su vida y su actividad se despliegan magníficamente después de obtener una total libertad e independencia tras una lucha de triunfo. Todos los pueblos católicos, unidos bajo el lazo común de la Cristiandad, acometen la gloriosa empresa de las Cruzadas que fué la causa de un intenso progreso: la vida entera de la Iglesia se purifica y surgen nuevas grandes órdenes religiosas.

En el año 1073, al ser elevado al solio pontificio Hildebrando, con el nombre de Gregorio VII, acomete el nuevo Papa, aún con más bríos que antes, la lucha titánica de devolver a la Iglesia su libertad, venciendo fácilmente en España e Italia; con más esfuerzo en Francia e Inglaterra y tropezando en Alemania con grandes dificultades ante la tenacidad de Enrique IV.

Comenzó para él, en este último país citado, imponiendo severas penas a los simoníacos y concubinos (incluso exigiendo del pueblo alemán la negación de obediencia a cuantos obispos tolerasen el concubinato de sus clérigos), reuniendo un sínodo - en 1075 en el cual prohibió las investiduras de obispados y abadías y declarando excomulgados a cinco consejeros del monarca alemán que habían intervenido en la colocación simoníaca de oficiales eclesiásticos, si no comparecían en Roma para dar satisfacción por tal hecho. Con ello el Rey creyó conveniente poner fin a tal problema de investiduras para lo cual depuso y encarceló al Pontífice, a quien el pueblo liberta y acata, viéndose con él Enrique IV obligado a recibir humildemente perdón del Papa, que obtiene en Canosa, después de una penitencia (tuvo, según cuenta la historia, que esperar durante tres días con los pies -

descalzos sobre la nieve). Sigue no obstante la discordia de las investiduras, aunque ya no con la dureza que hasta aquí, no apareciendo una solución hasta Calixto II, mediante el acuerdo denominado Pactum Calixtinum, conocido por el Concordato de Worms (1122), el cual es posteriormente confirmado en el Concilio I de Letrán de 1123.

Ha concluido, pues, la famosa discordia de las investiduras y con el triunfo de la Iglesia parece abrirse una época de paz, que no deja, sin embargo, de ser perturbada en diversas ocasiones.

Así, en Inglaterra, si bien se suprimieron las investiduras de los legos, continuaron los monarcas inmiscuyéndose en las funciones eclesiásticas hasta tal punto que Enrique II creyó suyo el derecho de recopilar por escrito una serie de extralimitaciones que hasta entonces venían realizando. Protestó de ello el Papa Alejandro III y ayudado por Tomás Becket, a la sazón arzobispo de Canterbury, inició una política contra tales atropellos que continuaría aún en los tiempos de Inocencio III y Juan Sin Tierra y a la que ponen fin los obispos y nobles ingleses - logrando la sumisión del monarca que se hace feudatario de la sede apostólica ante el miedo de poder ser desposeído.

También la paz se perturba en Alemania, al pretender los Hohenstaufen hacer de los Papas sus vasallos en su aspiración a un imperio universal. El primer episodio de esta lucha tiene lugar entre Alejandro III y Federico I Barbarroja, al que pone fin la paz de Venecia en 1177. Posteriormente continúan las desavenencias, que surgen de nuevo al pretender Otón IV disponer de -

los Estados de la Iglesia como si fuesen de su propiedad, lo que motivó que el Papa le excomulgase y que los príncipes alemanes le depongan en Nuremberg, sustituyéndole por Federico II, que habría igualmente de continuar en una política antipontificia que origina la constitución de los dos bandos denominados - gibelinos y güelfos (los primeros que siguen al Emperador; los segundos que defienden al Papa), que engrandeciendo poco a poco hacen cada vez más intensa la lucha, que no encuentra su término hasta que una Cruzada pone fin a la estirpe de Suabia, muriendo en el Cadalso el último de los Hohenstaufen el joven Conrado, al que hace ejecutar Carlos de Anjou.

7º.- Sexto período: Desde el conflicto entre Bonifacio VII y Felipe el Hermoso hasta el protestantismo (1517).

La amistad entre la Santa Sede y Francia, que se había hasta entonces manifestado (salvo incidencias ligeras) incluso con la ayuda eficaz prestada a los Papas en sus luchas con el Imperio, parece turbarse durante el reinado de Felipe el Hermoso.

Como el susodicho rey de Francia gravase con cargas nuevas e inmensas los bienes eclesiásticos, sin recabar en ningún caso el consentimiento del Papa, originó por parte de éste la publicación en 1296 de un Bula ("Clericis laicos"), amenazando con la excomunión a quienes tal hiciesen y aceptase. Sin embargo continuó el monarca en la política hasta aquí seguida y aún pretende agravarla con la recabación de una serie de atribuciones

que implicaban su intromisión en la esfera eclesiástica, lo -
cual motivó la nueva protesta del Papa y la publicación de la
Bula "Ausculta fili" del año 1301 con la que conminaba al rey
para que cesase en tales intromisiones bajo la pena de excomu-
nión, amenaza que provocó la ira del francés, quien manda que-
mar la Bula y arrecia en su política antipapal hasta el punto de
originar una controversia teórica sobre los poderes del Papa y
del rey, a la que intenta Bonifacio VIII poner fin mediante su
Bula dogmática "Unam Sanctam" (18 de noviembre de 1302), que no
llega a alcanzar los efectos deseados y en la que se definen -
las relaciones de los poderes. Termina esta lucha con el triunfo
del francés y la prisión del Papa en Agnani, de donde logra, -
gracias a los vecinos de este lugar, ser libertado, muriendo un
mes después.

Y como si todo ello no fuese poco, dado el estado e as-
pecto de sumisión de la Iglesia a la corona de Francia, es ele-
gido Pontífice Bertrán de Goth, el cual al coronarse en Lyon y
fijar su sede pontificia en Avignon hace a los ojos del mundo -
más patente esta preponderancia francesa, que alejará más a los
pueblos católicos en sus relaciones con los Pontífices y traerá
nuevas luchas como la de Clemente V (Bertrán de Goth) y Enri-
que VII y las de Juan XXII y Luis de Baviera, redundando todo
ello en perjuicio evidente de la Iglesia, que se ve atacada con
erróneas opiniones sobre la dignidad pontificia e imperial.

Termina, por fin, el período denominado de la Cautividad
de Babilonia y con la vuelta de los Papas a Roma, parece que de-
bería de comenzar una época de consolidación para la Iglesia, -
pero lejos de ello un gravísimo daño vendría de nuevo a continuar

la separación que se había iniciado entre los pueblos del Papado, merced a la influencia de los Pontífices. Este nuevo dafio, el Cisma de Occidente, se inicia con Urbano VI, quien al negarse a la continuación de una política de sometimiento a Francia, hace que el rey francés y sus Cardenales nombren a Roberto de Ginebra con el nombre de Clemente VIII y constituyan así un periodo de enorme confusión y escisión ante la existencia de dos Papas, que solo termina en el Concilio de Constancia ante el apoyo de las naciones cristianas, eligiéndose en el año 1417 a Martin V, que es reconocido por todos como único Pontífice de la religión de Cristo.

Sin embargo, tantas luchas han alterado la paz de la Iglesia y preparado con ello el camino de la Protesta. Y es que como dice con tanta razón Don Eloy Montero "al contemplar a la Iglesia metida en aquellas contiendas políticas para reivindicar sus derechos, y sumida en aquellas confusiones del gran Cisma, se disminuyó la fé, antes tan viva y fervorosa; al ver al clero dejando a un lado sus hábitos eclesíásticos se rompió la sumisión que la profesaban las gentes; al darse cuenta de que el Emperador y los reyes excluían la influencia cuanto les era posible, fué desvaneciéndose la idea de que, sin la tutela de la Iglesia, no podía proceder bien al Estado" (1).

Y por último antes de terminar este periodo tan funesto, expendré en algunas palabras una nueva consecuencia del desorden

(1) Eloy Montero. Instituciones de Derecho Canónico. Madrid 1928 pág. 114 y 115 del tomo I.

por que pasó la Iglesia: la de la teoría de la superioridad de un Concilio universal sobre el Papa, que tanto contribuyó a agravar la triste situación ya vigente. Arranca esta teoría de los escritores regalistas y extiende su campo por la Universidad de París, llegando incluso a ser defendida por Cardenales y obispos. La esencia de tal doctrina consiste en defender la licitud de la convocatoria de un Concilio universal sin el consentimiento papal, y aún con la oposición del mismo, al cual conceden superioridad sobre el Romano Pontífice. Y por último diré que tales ideas llegaron incluso a manifestarse primeramente en el Concilio de Constanza y con posterioridad en el de Basilea, sentándose con ello desde entonces una base más firme de ataque a nuestra Iglesia.

8ª.- Séptimo período: Desde el protestantismo hasta la Revolución francesa (1789).

La consecuencia de la política del anterior período se deja ver claramente a partir de esta época.

Entero, hombre mediocre, resolvió el problema de la soberanía a favor del Estado, atribuyendo al monarca y a los príncipes civiles los derechos que solo al Papa y a sus obispos pertenecían. El protestantismo, que niega el Papado y toma como única regla suprema de fe la Biblia, que queda a la libre interpretación del arbitrio individual, se extendió bien pronto por Sajonia, Brandenburgo, Prusia, Hesse, el Palatinado, Anhalt, Mecklenburgo, y otros Estados alemanes gracias a la ayuda que encontró Entero en los monarcas y nobles germanos. Sin subar

go, pocos años después de iniciarse este movimiento, comienzan las escisiones dentro del principio capital y surgen así varias sectas o ramas de la doctrina protestante. Las principales fueron: el Anglicanismo, el Interanismo y el Calvinismo.

La primera de ellas, el Anglicanismo, tiene su origen en Inglaterra con Enrique VIII, el cual separó sus estados de la obediencia de la Santa Sede ante la negativa del Papa de disolver su matrimonio con Catalina de Aragón y elevar a tal sacramento su unión adulterina con Ana Bolena, creando el Anglicanismo, que en su principio se distinguió solo del Catolicismo por negar la obediencia al Papa, pero termina ante la invasión del Interanismo (en tiempos de Eduardo VI e impuesto por Cranmer) y del Calvinismo (en los de Isabel de Inglaterra, que mandó decapitar a la defensora de nuestra Iglesia en dicho país: María Estuardo) con ser una amalgama de los dos.

La segunda; el Interanismo, que según dije es la obra de Lutero, dominó como ya hemos visto en Alemania y terminó extendiéndose por Suecia (introducido por Gustavo Vasa y admitido en 1527 por la Dieta de Westerås) Noruega, Dinamarca, Letonia, etc.

Y por último el Calvinismo, llamado así por tener su origen en Calvino, que expone en su obra "Instituciones" sus doctrinas protestantes, logra propagarse, aun cuando ya no con la fuerza del Anglicanismo y Interanismo por Suiza, Holanda, Escocia, - Estados Unidos, y algunos otros países. (1).

(1)- Dada la importancia del estudio del Anglicanismo, Interanismo y Calvinismo y ante la interminable que resultaría el desarrollar tales problemas en este trabajo, me limito a recomendar las obras siguientes: Cheisy, L'Etat chrétien cal-

Y como si todo ello no fuese poco, Hugo Grécio, al apertar su llamado sistema territorial, que admite que el poder civil goza de derecho natural nativo sobre la religión, incluso cristiana, del mismo modo que sobre cualquier otra cuestión objeto de su competencia, introduce nuevas corrientes que habían de tener su repercusión aun en países católicos, no obstante haber sentado el Concilio de Trento la verdadera doctrina y disciplina eclesiástica. Y así surgieron el Galicanismo, el Febronianismo y el Josefismo, que mermaron el poder de los Papas al implicar en ciertos puntos un sometimiento y una restricción de la autoridad pontificia al poder de las sociedades estatales donde tales doctrinas tienen lugar (Francia, Alemania y Austria principal y respectivamente).

Más si las escisiones han debilitado en Europa la situación de los Papas los demás continentes han ofrecido, por el contrario y en magnífico contraste, un amplio y fructífero campo a la labor de los misioneros. Así en el Nuevo Mundo la religión católica ha extendido ampliamente su imperio por toda la América del Sur y más limitadamente por la del Norte. En Africa, las Canarias, las Azores, Cabo Verde, Abisinia y algunos otros territorios se han hecho súbditos espirituales de las doctrinas de Cristo. En Asia las misiones extienden, aun cuando parcialmente, su bienhechora semilla por la China, India, Japón, etc. Y por último Oceanía ve en las Islas Filipinas una nueva defensa del catolicismo.

viniste a Genève. Paris 1902. Soulier, Histoire du Calvinisme. Paris 1910. Weber. Die akatholischen Kirchen und Sekten von Gross-Britannien. Leipzig 2 vol. 1845-52.- Dixon. History of the Church of England from the abolition of the Roman jurisdiction. London

92.- Octavo período: Desde la Revolución francesa hasta nuestros días.

Aun dejando de lado las persecuciones de que fué objeto la Iglesia en el territorio nacional de Francia durante la Revolución, que llegaron incluso al asesinato en masa de sus eclesiásticos, no podemos menos de recordar los perniciosos efectos que ella trajo en todos sus órdenes, pero especialmente en el religioso y que desde su cuna y escenario principal se extiende a los demás países del mundo. Así se llegó a la secularización de muchas instituciones eclesiásticas, especialmente de enseñanza y beneficencia; se quitaron a la Iglesia muchos de sus bienes, privándola de este modo de su patrimonio y reduciendo enormemente con ellos sus medios de acción; se introdujo la tolerancia político-religiosa, dándose con ello paso a los protestantes en países donde hasta entonces solo se había tolerado oficialmente como única religión la católica; se llegó incluso en algunos Estados a perseguir a los religiosos y a decretar la expulsión de algunas órdenes, etc.

Pero no es solo el poder espiritual la víctima de ataques por parte de los Estados durante este período, sino que por añadidura y poco después de terminar uno de los más sangrientos episodios de la historia, la Iglesia se ve también atacada en su poder temporal del Estado pontificio.

1878-902. *Majorer Verfassung der Kirche von England* Berlin 1895.
Denifle. *Luthertum*. Mainz 1904.- Lindsay. *Luther and the German Reformation*. New York 1900.

Recordamos que ya a fines del siglo XVIII y ante la invasión del suelo de Italia una parte de los Estados de la Iglesia pasan a formar parte de la República Cisalpina (1797) mientras que con los demás se formaría la república Romana.

En 1809 los territorios que integraban el Estado pontificio pasan a formar parte del Imperio Napoleónico en virtud del Decreto de Schönbrunn de 17 de Mayo del mismo año. En dicho documento se decía "Considerando que cuando Carlomagno, Emperador de los franceses, nuestro augusto predecessor, hizo donación a los obispos de Roma de diversos condados, los cedió a título feudal y con el solo fin de hacer mayor la felicidad de sus propios Estados y que Roma no cesó por esto de ser una parte venimos en decretar y decretamos la siguiente". A continuación se exponían una serie de artículos cuyas principales disposiciones son: que los Estados del Papa quedan unidos al Imperio francés; que la ciudad de Roma es declarada ciudad imperial y libre; que la deuda pública es declarada deuda del Imperio etc. Derrotado Napoleón el Congreso de Viena restituye al Papa sus Estados, - abriéndose para Europa un nuevo camino, ya libre del imperialismo napoleónico.

Sin embargo, la paz que parece que ha de vivir Europa, después de la firma del Congreso de Viena (1814-1815) ha de ser poco duradera en cuanto a la Santa Sede afecta, ya que bien pronto se ve envuelta en los disturbios internos y en las luchas externas de Italia en su deseo de unidad nacional, que hacen del Papa una de las principales víctimas hasta el punto de llegar a ser sustituida la silla pontificia de Pío IX por una República (1848) y perder la Iglesia su poder temporal (1870). Comencemos,

no obstante, recordando que primeramente se desarrollan los graves sucesos de Viterbe en el año 1937; que posteriormente se originan nuevos motines en 1844, que a su vez se repiten en 1845, y que por fin viene la sublevación del populacho romano, que depone al Papa, y que forma una República presidida por un triunvirato. Dicta esta un Decreto fundamental votado por la Asamblea Constitucional en el año 1849 (9 de febrero) y en él se dispone en su artículo 1º que "El Papa queda despojado de hecho y de derecho del gobierno temporal del Estado Romano" y en el 2º que "El Romano Pontífice tendrá las garantías necesarias a su independencia en el ejercicio de su poder espiritual". Sin embargo tal situación solo dura dos años, hasta que Oudinot, al frente de las tropas francesas, recupera Roma y después de restablecido el orden, vuelve Pío IX al doce de Abril de 1850.

A partir de estas fechas ya la Iglesia solo vive pendiente de la gran batalla que se desarrolla en el suelo italiano, - como consecuencia de la política de unidad de Cavour, unidad que se realizará en 1870, pero sin reparar para ello en la violación del poder temporal del Romano Pontífice de nuestra Iglesia.

Y por último durante todo el período, que comprende la cuestión romana, los Papas viven encerrados en el Vaticano y -- desde él continúan en sus relaciones con los Estados Católicos, sin que podamos decir que tal lapso de tiempo haya implicado variación alguna en cuanto al dominio universal pontificio ni menoscabo su soberanía espiritual de institución divina.

10º.- C o n c l u s i o n .

Vista ya la historia de la Iglesia, no creo necesario,

por cuanto sobre su universalidad anteriormente expuse y con la prueba enorme que los acontecimientos históricos aporten, insistir sobre la catolicidad de la religión de Cristo, que tan importante papel en cuanto a su soberanía y personalidad juega. Es por ello y para poner un fin, que creo el más apropiado a la historia eclesiástica, que reproduzca una doble estadística. La primera sobre el mundo en general y por centenios; la segunda - sobre las naciones y continentes en particular con las que se completa perfectamente el problema de la universalidad de nuestra Iglesia.

ESTADISTICA POR SIGLOS DE CATOLICISMO

siglo	1	500.000
"	2	2.000.000
"	3	5.000.000
"	4	12.000.000
"	5	15.000.000
"	6	20.000.000
"	7	25.000.000
"	8	30.000.000
"	9	40.000.000
"	10	56.000.000
"	11	70.000.000
"	12	80.000.000
"	13	85.000.000
"	14	90.000.000
"	15	100.000.000
"	16	125.000.000
"	17	185.000.000
"	18	200.000.000
"	19	260.000.000

tiempos actuales: más de 300.000.000

.../...

ESTADÍSTICAS EN LAS MALAS NACIONES Y CONTINENTES (Año 1900)

Africa Central y del Sur	50.000
Argel	400.000
Tunes y Egipto	100.000
China	1.000.000
India	2.000.000
Japón	70.000
Indochina	700.000
Australia	710.000

Islas Oceanicas: las colonizadas por españoles y portugueses son católicas en su mayoría de población. De las demás 120.000 habitantes lo son

Canadá	3.200.000
Estados Unidos	10.300.000
Terranova	81.000

Oriente: Constantinopla: 140.000; búlgaros: 40.000; Esirna 14.000; Alep 44.000 católicos melquita 114.000; sirios 40.000; caldeos 44.000.

Bosnia y Herzegovina	334.000
Dinamarca	4.000
Suecia	1.800
Noruega	1.600
Holanda	1.448.000
Inglaterra y Escocia	2.000.000
Rumania	150.000
Servia	20.000
Suiza	1.383.000

En cuanto a España, Irlanda, Polonia, Italia, Bélgica, Austria, Hungría, Portugal y América del Sur, sus poblaciones profesan en enorme mayoría la religión católica. Igual, no obstante algunas persecuciones del clero y las modernas corrientes hoy en ella dominante, podemos decir de Francia.

PERDIDA DEL PODER TEMPORAL PONTIFICIO

Y

PROBLEMA QUE ELLO PLANTEA

1º.- La Invasión de la Ciudad Eterna como complemento de la unidad italiana.

2º.- Estudio de la Ley de Garantías de 1871

3º.- Situación de los Papas durante los cincuenta y nueve años que duró la Cuestión Romana.

4º.- Consideración de la Cuestión Romana desde el punto de vista fascista.

**PERDIDA DEL PODER TEMPORAL PONTIFICIO Y PROBLEMA QUE ELLO
PLANTEA.-**

**1º.- La invasión de la Ciudad Eterna como complemento
de la unidad italiana.**

Los años comprendidos entre 1850 y 1870 revisten una enorme importancia para la Santa Sede, dado que aquellos - son el lapso de tiempo, testigo del engrandecimiento y formación del reino de Italia, que no frena sus ímpetus de unidad de constitución ni aún ante los Estados pontificios.

A partir de 1852 es cuando se inicia la mayor campaña política y guerrera encaminada a la obtención de la unidad de Italia.

El Conde de Cavour, presidente por entonces del gobierno italiano, inicia con su conocida habilidad de gran diplomático la preparación del terreno apto para el triunfo de la unidad de Italia y el engrandecimiento de la reinante Casa - de Saboya, comenzando para ello por atraerse la simpatía y - amistad de las grandes potencias occidentales mediante el -- desarrollo de una habil política, en el orden internacional, especialmente, al participar Cardena en la guerra de Crimea.

Cuatro años más tarde, en 1856, levanta su voz en el Congreso de París y es en el su gran habilidad de diplomático - escribe una enorme gloria a la par que sienta la base de las ideas que en su mente se venían forjando.

Persuadido de la conveniencia que supondría para Italia el ver libre su península de los austriacos, comienza a realizar una política de acercamiento a Francia y celebra en Plombières, en el año 1858, una alianza con Napoleón III en la que se acordó que la Alta Italia se adjudicaría Cerdeña, mientras que Saboya y Niza pasarían a las manos de Francia. La actitud adoptada por Napoleón hizo fracasar la intervención pacífica que se esperaba de Inglaterra y ella unida al empeño de Rusia de llegar a la celebración de un Congreso europeo fueron los motivos suficientes para hacer que el Emperador austriaco lanzase un ultimatum al Gobierno de Turín con el fin de que se procediese inmediatamente al desarme. La respuesta fue negativa y el día 29 de Abril los austriacos marchaban sobre Cerdeña, pero la inhabil inacción de Simlay, dada su opinión particular sobre la conveniencia de retrasar el ataque, fue aprovechada por los aliados para reunir un poderoso ejército con el que obtendrían los triunfos de Magenta (4 de junio) y Solferino (24 de Junio), que obligaron a los austriacos a firmar un armisticio en Julio de -- 1859. Durante este tiempo el Gran Duque de Toscana se retira de la Italia central ante una conspiración militar, mientras que el Duque de Módena y la Duquesa de Parma huyen a raíz de la batalla de Magenta antes mencionada.

El día 10 de noviembre de 1859 se firma en Zurich la paz definitiva en la que Austria cede la Lombardía, mientras que Francia renuncia, en oposición a lo que en principio pre-

tende, a sus reclamaciones hasta el Adriático. Se disponía igualmente en dicho tratado que los Duques de Módena y Toscana recuperarían sus Estados. Sin embargo tal cláusula no llegó nunca a verificarse, pasando a unirse a Cerdeña, en virtud de un plebiscito en 1860, Florencia, Parma, Módena y Romagna.

El segundo episodio de la unidad de Italia se desarrolla en Abril de 1860. Sicilia es el escenario de una insurrección, que aún cuando en un principio parecía abortar, fué el inicio necesario para que Garibaldi, buscando en los insurrectos su apoyo, uniese a ellos unos mil voluntarios traídos principalmente de Génova y se apoderase, después de desembarcar en Marsala, de la -- guarnición de Palermo, que capituló el 6 de Junio. Poco después el 20 de agosto, desembarca en Calabria al frente de sus hombres y después de obligar a Francisco II a encerrarse en Gaeta con -- sus más fieles partidarios, logra entrar en la capital el 7 de noviembre.

De otra parte las tropas piacentinas avanzan por las Marcas y Umbrías y triunfan sobre el ejército del Papa, que capitula el 29 del mismo mes en Ancona. De aquí pasan a Nápoles, que ya casi sin resistencia es ocupado rápidamente. Solo un breve -- plazo transcurre para que las nuevas conquistas aparezcan anexionadas a Cerdeña mediante un plebiscito. Gaeta, que como decía -- antes, fué el punto de refugio del rey y sus más fieles partidarios, capituló finalmente el día 13 de febrero del siguiente año. Cinco días más tarde vemos ya el primer Parlamento italiano y poco después Víctor Manuel comienza a llamarse rey de Italia.

El día 6 de Julio de 1861 muere Cavour, pero sus ideas - que tanta fortuna habían traído a Italia habían quedado arraigadas profundamente y su política continuaría subsistiendo.

En tal estado de cosas, la ambición de Italia se dirige ahora hacia Venecia, que se encontraba en manos de los austriacos. Para ello intenta primero el camino de obtenerla mediante una indemnización, mas cerrado éste por la negativa de Austria, no duda en aliarse a Prusia ante la tirante situación de ambos países desde la cuestión Schleswig-Holstein. Estalla por fin la guerra, y los italianos sufren la derrota de Custozza, - que pronto aparece contrarrestada con la victoria prusa de Königgrätz. Cialdini emprende entonces su marcha hacia el Pó y - logra ocupar Venecia, mas al continuar su ofensiva para la invasión y conquista de Istria y Tirol, sufre la escuadra italiana la derrota de Lissa, llegándose por consejo de Bismarck a un - armisticio de 11 de Agosto que se confirma en una paz definitiva firmada el día 2 de Octubre en Viena; Austria cede por ello el reino lombardo-veneto, haciéndose en cambio Italia cargo de treinta y cinco millones de florines de la Deuda del Estado austriaco.

Y por último en 1867 los italianos llegada la ocasión de ver finalizado su problema de unidad mediante la ocupación de - Roma, ¿qué mejor momento para ello que entonces en que Roma se hallaba con las pocas fuerzas de su ejército pontificio por haber evacuado Francia las que en la Ciudad Eterna tenía? . Emprende pues Garibaldi su ofensiva, confiado en el seguro y definitivo triunfo de las armas italianas, pero pronto se convence de haber tropesado con una dura barrera que le forman las tre-

pas pontificias las cuales al recibir la ayuda de seis mil franceses que desembarcan en Civitavecchia se cubren de gloria al derrotar a los invasores en la batalla de Montano.

Llega 1870 y con ello Napoleón ante las guerras que exigen la defensa de su suelo retira cuanta guarnición le queda en Roma. Y es este el momento que aprovecha el rey de Italia para apoderarse de la Ciudad Eterna ante el convencimiento de la imposibilidad de cualquier ayuda por parte de Francia, que se desangra en enormes batallas.

En los primeros días del mes de septiembre, es recibida en la Santa Sede una carta del monarca italiano Victor Manuel en la cual exponía al Papa la conveniencia de que las tropas del Reino ocupasen aquellos territorios en que la Santa Sede estaba enclavada y se las autorizase para situarse en lugares determinados, que consideraba imprescindibles para la salvaguardia y el mantenimiento del orden, así como para la seguridad nacional. Transcurre solamente un breve plazo y Victor Manuel envía un ejército de 60.000 hombres que divididos en tres columnas marcharán sobre Civita-Castellana, Acquedaponte y Capranza. La guerra con ello había quedado declarada.

Ante tan repentina invasión, el Papa solo logra constituir un ejército de 10.000 soldados, que bajo las órdenes del General Kiser, tratan de defender, impulsados por sus convicciones aquello que es suyo y que otros pretenden arrebatar, aquello que además es un apoyo de la independencia pontificia. Solamente así se comprende el aceptar una pugna tan desigual y entregarse a la batalla con un ejército seis veces superior, negándose a todo requerimiento de rendición del monarca italiano que pretende obtener su objetivo sin llegar a la lucha.

Italia da la orden de ofensiva y se procede a poner sitio a la Ciudad Eterna. Rápidamente las tropas del Rey van ocupando los lugares más estratégicos que las permitirán en la mañana del día 20 hacer fuego intensísimo contra Roma. Se logra abrir una brecha en la Puerta Pia y por ella comienza el fuerte

asalto a la ciudad que obliga al Papa a dar la orden de hacer ondear la bandera blanca en las torres del Castillo de Sant'Angello bandera de paz que pondría fin a la batalla, pero que sometería al Pontífice a la triste situación en que se había de ver durante más de medio siglo: privado de soberanía temporal y de territorios, sin garantía suficiente para el pleno ejercicio de su ministerio espiritual.

La suerte del Papa estaba ya jugada. Había perdido sus territorios y con ello su soberanía temporal, conservando únicamente su poder espiritual de institución divina.

A partir de estos momentos el Romano Pontífice adopta una posición hostil respecto de la nación invasora, que con su actitud le había obligado a relegarse a una situación harto difícil y un tanto embarazosa para el desarrollo de su actividad espiritual que quedaba tan poco garantizada con la pérdida temporal. El monarca italiano había aspirado a obtener la unidad nacional en su territorio y de hecho lo había logrado, combatiendo a la soberanía temporal pontificia y derrotándola en esa igual lucha. El vencido se retiraría al Palacio del Vaticano y encerrado en el ejercicio de su función espiritual seguiría disfrutando de su personalidad internacional acatada por la mayoría de las naciones y admitida incluso por Italia que expresamente declara la independencia pontificia.

Tales acontecimientos dieron lugar a la suspensión del Concilio del Vaticano que por entonces se venía celebrando y en el que importantísimas disposiciones se iban a tomar. El día 20 de Octubre aparece la Bula de suspensión, pensándose fijar fechas posteriores para la continuación de tan interesantes sesiones, aún cuando la luz del día no ha visto todavía su realización.

El día 1 de Noviembre el Papa hace constar en la Encíclica "Rescriptum in omnes" una enérgica protesta, manteniéndose desde entonces en una cierta pasividad respecto del mundo entero. Continúa sin embargo, sus relaciones diplomáticas ya que la mayoría de los Estados no retiran de la Santa Sede sus representantes haciéndole con especial esmero política y los países hispano-americanos. Esta

que se somete la Santa Sede pone de manifiesto, juntamente con otros muchos puntos, la tirantez que habría de existir entre ella y la nación italiana, aumentando las dificultades de esta última con la opinión general de los Estados que no pudiesen ver con buenos ojos la expropiación. El mismo Mussolini en su discurso pronunciado el día 3 de Mayo en la Cámara de los Diputados no puede menos de reconocer la gravedad del problema que plantea la invasión romana; "Los meses de Septiembre a Diciembre de 1870 fueron muy penosos. Del Vaticano partían continuas protestas; protesta por no guardarse el secreto postal; protesta por la suspensión del Concilio ecuménico; protesta por ciertas violencias de que eran culpables los soldados del ejército italiano; protesta en fin por la ocupación del Quirinal..... Los católicos del mundo entero y especialmente de toda Europa protestaron". "Fue una gran suerte" dijo después en el mismo discurso "para el ejército italiano el haber permanecido sobre la orilla izquierda del Tiber. Si el Papa hubiese sido expulsado del último trozo de tierra que le quedaba o se hubiese marchado, se habría encontrado el soberano italiano en presencia de graves problemas".

2ª.- Estudio de la Ley de Garantías de 1871.

Es entonces cuando Italia, creyendo encontrar una solución al conflicto que la usurpación de Roma había planteado, dicta la famosa Ley de Garantías de 13 de Mayo de 1871 sobre las prerrogativas de la Santa Sede y las relaciones de la Iglesia y el Estado en Italia, que estaba llamada a ser el más ruidoso de los fracasos en cuanto a su aceptación, ya que si el Romano Pontífice no podría nunca tolerar que la nación que había invadido sus suelos quisiese ahora imponer una ley de elaboración exclusiva suya, pues no concedía participación alguna a la persona a quien había de regir, menos podría cargar con la responsabilidad de aceptar una ley de carácter unilateral que se limitaba simplemente a reconocerle ciertas prerrogativas

y derechos que él ya disfrutaba y a reunir determinadas disposiciones contenedoras de las normas a seguir en sus relaciones con Italia, insuficiente todo ello para la perfecta garantía del ministerio espiritual pontificio.

Constaba la Ley de Garantías de 19 artículos cuyas principales disposiciones son las siguientes en grandes rasgos:

1ª.- Reconocía la soberanía del Papa y como consecuencia de ello los derechos que a todo soberano corresponden, cual la inviolabilidad, el tratamiento, etc ...

2ª.- Concedía al Romano Pontífice el derecho a disfrutar del Palacio del Vaticano, de sus jardines, de la Basílica de - Letrán y de la villa de Castelgandolfo.

3ª.- Le otorgaba una renta anual de tres millones doscientas veinticinco mil liras.

4ª.- Reconocía a los Papas el derecho de legación activo y pasivo, atribuyendo a sus agentes diplomáticos las mismas prerrogativas y derechos que disfrutaban los agentes representantes del gobierno italiano.

5ª.- Garantizaba la libertad absoluta de los Conclaves y Concilios.

6ª.- Otorgaba la libertad de comunicaciones postales, telegráficas y telefónicas.

Y por último contenía algunas concesiones relacionadas con el estado civil, etc ...

Jarrige ha calificado la Ley de Garantías de "acto interno de ejecución de una obligación internacional". (1)

Múltiples fueron los motivos alegados por el Papa al rechazar los ofrecimientos de dicha Ley. En primer lugar la declaró insuficiente e inepta para el desarrollo del ministerio espiritual pontificio, que no se encontraba lo necesariamente garantizado con las concesiones de aquellas; en segundo lugar

(1).- Jarrige. La condition internationale du Saint Siège avant et après les accords du Letran página 164. Rousseau 1930.

no podía el jefe de la religión católica aceptar una legislación unilateral en la que él no había participado en lo más mínimo durante su elaboración, no podía consentir una intromisión y menos una imposición de aquello por lo que se había de regir: en tercer lugar necesitaba el Papa de un territorio como garantía de su soberanía espiritual y tampoco se le concedía, etc ...

Y es que en efecto la Ley de Garantías era una ley unilateral contenedora solo de prerrogativas ya existentes y de normas que únicamente a Italia en sus relaciones con el Papa interesaban. Ello ha hecho decir a Pertinax "que solo los adornos de la soberanía eran atribuidos a la Santa Sede del mismo modo que los adornos consulares eran reconocidos por los Embajadores a los hombres privados de toda magistratura real" (1) Sin embargo y no obstante el fracaso de la Ley de Garantías, quedó manifiesto el deseo de Italia de reconocer la soberanía de los Papas, que no puede negar y que ya anteriormente al discutirse tal proyecto había expresado por boca del jefe de su gobierno al decir que no podía menos de considerar al Papa "como un ser internacional independiente de todo Estado y dotado de jurisdicción " (2)

(1).- Le Partage de Rome página 10, Paris 1929.

(2).- Discurso del 2 de Febrero de 1871.

3ª.- Situación de los Papas durante los cincuenta y nueve años que duró la Cuestión Romana.

Ante el fracaso de esta Ley de Garantías se iniciará una gran labor encaminada a la solventación del conflicto que se ha planteado, en la que la mayoría de los internacionalistas no cesarán de proyectar los más variados planes de solución; unos a base de la concesión de derechos soberanos y una renta económica, otros reformando la Ley de Garantías en un sentido más favorable a la Santa Sede e internacionalizando su legislación, unos terceros otorgando al Papa territorios, etc

Muchos años deberían de transcurrir, sin embargo, hasta llegar a la solución definitiva. Italia no se mostraba partidaria de conceder parte alguna de su territorio y en este se concretaba precisamente el deseo de los Papas. Así se expresó Pío IX recibiendo al Conde D'Harcourt al presentarle sus Cartas credenciales en nombre del gobierno francés: "todo lo que yo deseo es un pequeño rincón de tierra donde yo sea el dueño. No es que si me ofreciesen mis Estados los rechazase. Pero — mientras yo no tenga ese pequeño rincón de tierra no podré — ejercer en su plenitud mis funciones espirituales". Igualmente se manifestó el Cardenal Gasparri en nombre del Papa ante Mussolini al decir que sus deseos eran "un pequeño territorio de plena y absoluta soberanía".

El paso de los años va viendo los más variados planes; ninguno es sin embargo llevado a la práctica.

Surge entonces la guerra europea y con ello el conflicto que agrava, al fomentarse una situación de desorden y de odio que dificultará el ejercicio de la misión pontificia con los amigos de Italia y que es motivada por la salida de los representantes diplomáticos alemanes, acreditados ante el Papa, a Lugano, desde donde habrían de continuar sus relaciones con el Vaticano; por el confiscamiento del Palacio de Venecia, sede de la Embajada austriaca, y por otras muchas causas que finalmente habían de obligar al Papa a establecer en Berna una oficina desde donde pueda continuarse sus relaciones con los enemigos de la nación italiana. Y por si ello no fuese suficiente los Imperios Centrales aumentaron la tirantes al intentar solucionar la situación pontificia mediante el ofrecimiento al Papa de proyectos tentadores que él acertadamente rechazará, ya que el no haberlo hecho habría sido equivalente a entrar de lleno en el conflicto de la guerra, negándose las antipatías de muchas naciones católicas.

La única solución posible estaba, pues, en las manos de Italia.

Termina por fin la guerra y en la nación italiana han quedado planteados tan graves problemas políticos y económicos que

hacen que el gobierno relegue la cuestión que antes embargaba por completo su atención a un lugar secundario. Se normaliza posteriormente la situación y el conflicto italo-pontificio vuelve a ocupar un primer plano. Es en el momento en que Francia reanuda sus relaciones diplomáticas con la Santa Sede, cuando más se pone de manifiesto la falta de Italia. Treinta y cinco naciones estaban presentes y una de las más católicas se hallaba ausente. Todo ello unido a las posibilidades de un desplazamiento de la Sede pontificia hará que las gestiones de solventar el largo problema vuelvan a activarse.

En el año 1922, el Cardenal Ratti, al ser elegido Papa con el nombre de Pío XI, desarrolla una política análoga a la de sus predecesores, mostrándose partidario de una rápida solución de tan largo conflicto, según deja entrever a lo largo de sus discursos. No obstante tres años más tarde en 1925 parece momentáneamente ennegrecerse la situación como consecuencia de la intención del gobierno fascista, de cambiar la legislación pontificia por una nueva que elaboraría una comisión presidida por S.E. Matteo Gentili, Ministro de Justicia y Culto, y que al no conceder participación alguna al Pontífice provocará su protesta.

Sin embargo, pasados estos momentos, vuelve a activarse las gestiones de solución hasta que en el año 1929 se firma el Tratado de Letrán que pondrá fin al largo conflicto al conceder soberanía temporal a los Papas, dotándoles de un Estado de Plena propiedad. (1)

42.- Consideración de la Cuestión Romana desde el punto de vista fascista.

Siguiendo a Amadeo Giannini en su artículo la "Conciliación entre el Vaticano e Italia" publicado en la obra "El Estado mussoliniano y las obligaciones del fascismo en Italia" de Tomaso Sillani:

(1).- Véase Enrico Pucci pag. 143 cap. XLV sobre las gestiones para la elaboración del Tratado de Letrán. "La Pace del Latrano" Libreria Editrice Fiorentina 1930.

Las etapas de la evolución histórica de la cuestión romana, después de la toma de Roma, hasta el momento en que se firman los acuerdos de Letrán, podrían clasificarse de la manera siguiente: 1870, 1904, comprendiendo los Pontificados de Pío IX y León XIII, 1904-1914, abarcando el Pontificado de Pío X, 1914-1918, periodo de la guerra mundial, 1918-1926, entrañando la política de acercamiento y 1926-1929, periodo este último de las negociaciones que ponen fin a la cuestión romana.

Después de la toma de Roma, Pío IX, encerrado en el Vaticano, asiste durante los últimos ocho años de su Pontificado (1870-1888) a la caída progresiva y acelerada de su política concordataria. En el año 1886 él fue testigo de la huida de la derecha, esta derecha, responsable de la legislación eclesiástica tan hostil a la Iglesia, al Clero y a las Ordenes religiosas, y que le había desposeído de su poder temporal, y del advenimiento de la izquierda jacobina, no menos hostil y cuyo programa se anunciaba netamente anticlerical. Él fue también testigo de la muerte del Soberano que le había desposeído, Víctor Manuel II, al que, no obstante, no quiso dejar morir sin la ayuda de la religión. Poco después, él muere también.

León XIII inauguró su largo Pontificado de un cuarto de siglo con una política de acercamiento hacia los Imperios centrales y muy en particular hacia Austria. Es a Francisco José a quien se dirige, cuando, por tres veces piensa en abandonar Roma (1882, 1888, 1891) temiendo por su situación en Italia. El no vió sin inquietud la formación de la Triplico, aún cuando como es sabido, Italia no obtuvo de los aliados garantía alguna, relativa a la intangibilidad de Roma. Después de 1887 y en época del Cardenal Rampolla, Cardenal Secretario del Estado hasta 1903, vuelve su ojos hacia Francia, cuyo embajador Lefèvre de Béhaine vigila celosamente los menores intentos de acercamiento. El Pontificado de León XIII marca para Italia la época de poderío mesónico y de movimientos anticlericales. Los incidentes, mas o menos graves, no cesan de repetirse, sin embargo. No obstante la acusación del jacobinismo, Crispi continúa la política de Cavour. En dos ocasiones hace tentativas de

acercamiento: en 1887 con Testi; en 1894 con el General Mezzani. Estas tentativas con su fracaso irritar~~al~~ al político que envenena las pocas relaciones con la vehemencia que puso en todos los problemas que le afectaban. Es así que sus relaciones se traducían por nuevos reglamentos legislativos y administrativos concernientes a la Santa Sede. León XII en los últimos años de su Pontificado sentó las bases de lo que hubiese podido ser, en su momento oportuno, un posible arreglo de la cuestión romana.

Cuando él murió, treinta y tres años habían transcurrido desde la toma de Roma; una nueva generación había casi totalmente reemplazado a la antigua y el Estado italiano estaba ya firmemente consolidado.

Es ya en esta atmósfera, tan históricamente cambiada, que Pío X sube al Trono de San Pedro y es así como con otros ojos puede ver los problemas italianos. Los Cardenales, renovados - en su mayor parte tenían igualmente otra visión de las cosas. Los italianos de otra parte, no eran ya los mismos; la nueva generación se alejaba más y más de la atmósfera del "Risorgimiento", de sus entusiasmos, de sus luchas y aún de sus debilidades. Es por esto que no nos extraña, el que los católicos, - abandonando los prejuicios producidos en su aislamiento, no quieren guardarse ya más en su apartamiento de la vida política y desean ocupar su posición en las luchas electorales. Esperan así evitar que elementos turbios, sediciosos, o de la izquierda se hagan dueños del Poder. Pío X admite que el "Non expedit" perdió su rigor y acaba finalmente por tolerar, en un momento en que la lucha electoral era muy dura, que se llegase abiertamente a celebrar acuerdos importantes entre los católicos y el Gobierno. Pero el Gobierno, era un Gobierno liberal, y no podría con ello modificar la legislación eclesiástica, considerada como la quinta esencia del liberalismo. El hubo de cerrar los ojos y tolerar que la ley fuera violada. Las negociaciones secretas con el Vaticano se redoblan en intensidad. Nadie habla de conciliación porque la Ley de Garantías se consideraba como máxima expresión de los buenos deseos del Estado. Pero, sin embargo los escollos se van allanando indirectamente, - mediante una serie de compromisos, de fraudes y de rodeos de di

cha Ley, consentidos o autorizados.

Y ciertamente los tiempos habían cambiado y la consecuencia era bien manifiesta. En esta nueva atmósfera, todos, incluso los más autorizados miembros del clero, podían manifestarse con una libertad no acostumbrada. Si en el año 1887, Testi se había visto desilusionado con su opusculo sobre la conciliación calificado de "monumento de la ingenuidad benedictina" y si en 1889, el Obispo de Gumona, Mgr Binimelli, el mismo que en el año 1881 había declarado en un discurso que la conquista de Roma era un hecho definitivo e irrevocable, lo había sido también por su opusculo "Roma el Italia e la realtà delle cose" en el cual hacía, sin rodeos, alusión a un posible solventamiento de la cuestión romana, hubo de someterse y retractarse públicamente en la solemnidad del aparato sacerdotal de su imperdonable audacia; en 1911, por el contrario, el Cardenal Bourne pudo hablar, con toda libertad, en Newcastle y durante la semana social de Milán, en 1913, el Obispo de Uclina, Mgr. Rossi, así como el Conde Della Torre, se expresaron abiertamente sobre la posibilidad de resolver la cuestión romana que, dicho sea de paso, no cesó jamás de inspirar una literatura tan variada y abundante.

Cuando en 1914 estalla el conflicto europeo, Italia se orienta hacia la guerra. ¿Que iba a suceder con la Santa Sede y con la Ley de Garantías? Pío X, veía, no sin angustia, avanzar al lado de esta tormenta, esta doble incógnita. Mas el que le debía afrontar sería su sucesor. Benedicto XV tomó inmediatamente una actitud bastante nota. Desde su subida al trono pontificio renueva las protestas hechas por sus predecesores, pero rechaza la hospitalidad que España le ofrecía en El Escorial. El Papa es romano y Avignon no puede resurgir. Cuando a continuación Italia toma parte en la guerra, él pone toda su buena voluntad en hacer triunfar la Ley de Garantías sobre la prueba de fuego tanto como lo consistió el Gobierno italiano. Los juristas liberales pudieron entonces, una vez más, proclamar la existencia de la Ley; los católicos, de su parte, no dejaron de hacer resaltar que no era gracias a ella, sino a la actitud conciliante de las partes que ella había podido subsistir.

La situación creada por Pío X toma cuerpo bajo el pontificado de Benito XV, durante el transcurso de la guerra mundial. Los católicos subieron entonces el poder. El clero, italianos entre otros italianos, cumplió su deber en el frente y en la retaguardia. Las relaciones entre la Santa Sede y el gobierno, aun cuando siempre indirectas debieron por necesidad más frecuentes y fueron confiadas al Barón de Monte, administrador principal de fondos para el culto, y vieja amistad del Papa. La legislación eclesiástica sufrió, ella misma, modificaciones en sus aplicaciones prácticas; es entonces que nosotros vemos aparecer en los balances del Estado algunas sumas, en favor del clero secular y otras para las necesidades del culto, sumas que aumentan poco a poco sin cesar. Los fondos para el culto, pasivos y temporales en su origen, asumirán de más en más, bien que con carácter provisional, una función activa y permanente.

En este momento también, que nosotros vemos, formarse en Alemania poco a poco una campaña en favor del Papa. La cuestión romana que al final de la guerra resurge imperiosa exige la elaboración de nuevos proyectos. Los católicos (Ehrle, que fue posteriormente Cardenal) los israelitas y los protestantes (Laband, Kohler) los historicistas (Werningof), los juristas afamados (von Fisz, von Stengel, Bornk) y hasta Erzberger, oficialmente colaboraron en estos proyectos. Pero aun cuando entre 1915 y 1917 la literatura de los Imperios Centrales se enriqueció hasta resultar la obra "colosal" (alrededor de 2.000 pag) de Bastgen: "Die Römische Frage" (1917-1919) la Santa Sede toma súbitamente una posición clara en la disertación del Cardenal Gasparri del 28 de Julio de 1915, que declaró que la Santa Sede "esperaba la reglamentación conveniente de su situación, no por las armas extranjeras sino por el tiempo y los sentimientos de justicia que según el deseaba, se extenderían más y más por el pueblo italiano, conforme a su verdadero interés".

En el momento de la paz, el Vaticano fue excluido de las negociaciones de París, no en virtud del pacto de Londres, que había dado lugar a una viva disensión en el Parlamento italiano al ser divulgado por la Pravda, sino por causa de la decisión -

unánime de que en las entrevistas solo participasen los beligerantes. En este momento cuando se da la primera tentativa, llevada en secreto, de llegar a una solución de la cuestión romana por medio de conversaciones privadas entre Orlando, presidente del Consejo de Ministros y Mgr. Ceretti, Nuncio en la papal - francesa las cuales se celebraron en París, Nosotros conocemos hoy los términos precisos de estas conversaciones por boca de los mismos negociadores, y aunque había una base de unión posible, Orlando juzgó que no había todavía llegado el momento de tomar una decisión. Opinaba en efecto, que para resolver un problema tan grave, era necesario un gobierno fuerte y un pueblo - sobre el que apoyarse y en esta época el gobierno estaba muy lejano de ser fuerte y el pueblo italiano se hallaba deprimido por la post guerra y las desilusiones de la paz.

Mitti sucede a Orlando en 1920 y entabla nuevas conversaciones con el Cardenal Gasparri, conversaciones de las que ignoramos todo lo que no sea su desenlace, que no pudo traer un arreglo .

Mientras tanto, en los medios políticos italianos y en la prensa se viñumbra una viva agitación. En 1921, bajo el ministerio de Bonomi, los periódicos del país levantaron una violenta campaña en favor de la cuestión romana, especialmente desde el punto de vista diplomático. Una discusión parlamentaria siguió bien pronto a esa campaña y en ella participaron tres diputados de diferentes partidos : Mussolini (facista), Rocco (nacionalista) Tovini (popular).

Durante los ministerios de Giolitti y de Facta la cuestión romana queda estancada. Nadie ignora que Giolitti concebía las relaciones entre la Iglesia y el Estado como un sistema de paralelas que solo pueden encontrarse en el infinito.

Sea lo que fuese, el problema se hallaba maduro y podía ser fácilmente resuelto por un gobierno fuerte en un país regenerado.

Y esto el fascismo era el indicado para solventarlo. Una vez fortalecida la nación italiana, dispuestos los residuos demasónicos, desarticulada la masonería y restauradas las fuerzas

católicos, Mussolini tenía todos los medios para poner un buen fin al problema. Mas ¿qué método debía emplear?

El principio fundamental de la política fascista es la "revalorización" de las fuerzas nacionales y en primer lugar, de la religión del país. Mussolini ha seguido, en este sentido, una política unilateral, sin acuerdos, cuando de negociaciones indirectas con la mediación de una persona de confianza. Y así sucede que por medio de una ley o de ciertas medidas gubernamentales, vemos seguirse unos tras otros: la cesión de la biblioteca del Palacio Chigi a la del Vaticano, llenando así una seria laguna de la biblioteca pontificia; la retrocesión del convento sagrado de Asis; la restauración del culto en numerosas Iglesias y la restitución de muchos conventos a las órdenes religiosas, en particular de aquellos de misioneros; el restablecimiento de la enseñanza religiosa en las escuelas primarias y del Crucifijo en las escuelas, oficinas y Parlamento; la institución de Capellanes castrenses y la asistencia religiosa a todos los Balilla, Avanguardistas etc. Conforme a este orden de ideas, Mussolini, al principio de 1924 invitó al Ministro de Justicia a constituir una comisión mixta, con el fin de estudiar una reforma de la legislación eclesiástica que formada entre 1850 y 1873, bajo el imperio de las preocupaciones políticas, no respondía más a las exigencias del tiempo. Se mantuvo sin embargo el mismo estado de cosas y solo en los últimos días de su ministerio y a instancia del jefe del gobierno se decidió a constituirlo. Esta comisión fue sin embargo nombrada y establecida por Rocco. Tres eminentes prelados, autorizados por sus superiores tomaron parte en este trabajo. Bajo la presidencia del Sub-secretario de Justicia, la comisión celebró sin interrupción, y durante diez meses sus sesiones, y no obstante los escépticos, elaboró dos proyectos de la ley que encontraron la más viva aprobación. No obstante pocos días después de su publicación, El Osservatore Romano, en fechas 11 y 12 de Enero en una nota oficiosa, indicada en estos términos el verdadero camino hacia la pacificación religiosa. "Por ello, convendría, una vez abolida la Ley de Garantías, esta ley llamada obra capital del

liberalismo, asegurar a la Santa Sede una situación de plena y entera libertad, tanto efectiva como aparente, a la que tiene un derecho imprescriptible y por acuerdo entre las dos partes - proceder a la reforma de las leyes injustas". Algunos meses más tarde (23 Febrero) ante una nueva serie de comentarios y polémicas, el Soberano Pontífice tomó por sí mismo una posición concreta, en una carta que dirige al Cardenal Gasparri y pone de manifiesto los siguientes puntos:

1ª.- Que la Santa Sede estimaba necesario el cambiar de método

2ª.- Que para obtener la pacificación religiosa era necesario resolver los tres puntos siguientes:

- a).- Abolir la ley de garantías.
- b).- Asegurar la independencia efectiva y aparente de la Santa Sede por medio de un arreglo territorial.
- c).- Al mismo tiempo que el acuerdo político, estipular un concordato que sirviera de base a la nueva legislación eclesiástica italiana.

Al Ministro de Justicia Rocco, algunos días más tarde, dejó claramente entender, en un discurso pronunciado en la Cámara que el gobierno no veía inconveniente alguno en cambiar de método.

Desde 1924 varias entrevistas fueron concertadas entre las dos altas personalidades de los dos Mundos romanos con el fin de buscar una base de arreglo, aun cuando sin resultados. Poco tiempo después del discurso de Rocco, en 1926, nuevas negociaciones son reanudadas entre dos personas de confianza por ambas partes, al principio con carácter puramente privado y más tarde oficioso. Diversas circunstancias impidieron que tales entrevistas adquirieran un carácter verdaderamente oficial hasta que a fines de 1928 Mussolini se encargó el mismo personalmente de las negociaciones; pero después a principios de 1929 los acuerdos se hallaban concluidos. El día 11 de Febrero son firmados en el Palacio de Letrán por Mussolini y por el Cardenal Gasparri. Discutidos y ratificados por el Parlamento entraron en vigor en 11 de Junio después del cambio solemne de ratificaciones en el Vaticano el mismo día. Si la discusión, pues, había sido larga y laboriosa,

la solución fue más rápida.

La discreción más absoluta rodeó las negociaciones que precedían a los Acuerdos de Letrán. Muchos fueron los que en Italia y en el extranjero dudaron hasta el último momento de la posibilidad de llegar a una conciliación. Así cuando se anunció su firma, o para ser más exactos, cuando se anunció al Cuerpo Diplomático, acreditado cerca de la Santa Sede, que las negociaciones habían llegado a una conclusión, la noticia inesperada levantó, tanto en Italia como en el extranjero, una viva y profunda emoción. En el extranjero, cada Estado mismo los de tradición exclusivamente católica, evaluó los acuerdos en la relación con sus intereses nacionales. En Italia todos los católicos vieron en la conclusión de estos acuerdos uno de los gestos más significativos de Mussolini. No obstante, pasado el primer entusiasmo, se originaron críticas pero nunca acerbas. Es interesante el ver en que medios se originaron. No habrá que decir que los fracasos, los partidos democráticos, los jacobinos y en general sus simpatizantes las hicieron. Pero otros medios políticos se lanzaron igualmente; los liberales vieron con dolor caer esta ley de garantías, que ellos consideraban como el monumento por excelencia del liberalismo jurídico; olvidaban que todo monumento jurídico tiene una función histórica y que esta función no es eterna. En fin, y esto no deja de extrañarnos, ciertos medios católicos, acostumbrados al equilibrio establecido por más de medio siglo, desde la caída de Roma y la entrada en vigor de la Ley de Garantías, se mostraron descontentos y vieron con desprecio el "novus ordo" que se había establecido tan súbitamente.

En realidad, en el pensamiento de Mussolini, la reforma eclesiástica de 1924 debía servir para abrir el paso a una conciliación y a una legislación concordataria y él la había discutido con gran prudencia política. Pero, necesariamente, todas las empresas fascistas adoptan un modo de realización revolucionaria. Y es así que todo el edificio legislativo, pacientemente edificado durante unos 80 años, es derribado en algunos meses y reemplazado por una nueva legislación eclesiástica. Es natural que aquellos que no han podido seguir con facilidad el ritmo -

acelerado del desarrollo de la vida italiana, hayan quedado perplejos y estupefactos.

Hay que considerar, pues, este acontecimiento histórico, ya que la conciliación puede verdaderamente ser colocada entre los grandes acontecimientos históricos de los tiempos modernos, con serenidad, y no olvidar que cuando un equilibrio se rompe - y un nuevo régimen lo reemplaza, sean cuales sean la dirección y los cuidados puestos en su elaboración y regulación, no pueden nunca dejarse producir ciertos incidentes más o menos graves. Mas el equilibrio viene con el tiempo; ¿no ha necesitado acaso la ley de Garantías medio siglo para encontrar el suyo?. Y es así que los italianos, en su mayoría, han visto en la conciliación la consagración definitiva de Roma como capital y en la instauración de la paz religiosa, la realización del sueño profético y atormentado de dos generaciones.

Esto es el punto de vista italiano de la cuestión romana según Giannini. Su opinión y la exposición histórica de estos 59 años de anomalía nos permiten formarnos un criterio exacto del problema, al reunir el punto de vista fascista expuesto por el Consejo de Estado y el católico recogido de tratadistas de la historia y del Derecho Canónico y formamos así la base perfecta sobre la que apoyar la exposición doctrinal de nuestros problemas básicos.

(De la Conciliación entre el Vaticano e Italia por Amadeo Giannini, consejero de Estado, secretario general de lo Contencioso Diplomático, publicado en la obra "L'Etat mussolinian et les réalisations du fascisme en Italia" de Tomaso Sillani, París 1931")

EXAMEN DE LAS SOLUCIONES PROPUESTAS AL CONFLICTO

QUE PLANTEA LA INVASION ITALIANA.

1ª Variedad de soluciones y dificultades para que estas puedan ser llevadas a práctica.

2ª Soluciones no territoriales.

3ª Soluciones a base de concesión de un territorio.

EXAMEN DE LAS SOLUCIONES PROPUESTAS AL CONFLICTO
QUE PLANTEA LA INVASION ITALIANA

1º.- Variedad de soluciones y dificultades para que estas puedan ser llevadas a la práctica.

La desaparición del poder temporal del Papa no hace variar en nada la actitud de los Estados para con la Santa Sede. Una sola cosa a estos interesaba: la perfecta independencia y libertad espiritual del jefe de la religión católica, lo restante solo podría ser complementario; y es por lo que no retiraron sus representantes acreditados acerca de la Iglesia que continuaban en el desempeño de sus funciones sin dar importancia mayor a la pérdida de Roma. (1)

No obstante no variar el aspecto interno en este sentido era necesario poner fin a la situación en que se encontraba la Santa Sede, era imprescindible el concederle de nuevo la soberanía absoluta de la que como elemento accesorio se había venido valiendo para el mejor ejercicio de su ministerio espiritual en ella se encontraba su garantía, su mayor libertad, su más segura independencia. Había pues que resolver el conflicto, que empezaba ya a revestir una importancia extraordinaria y en el que se hallaban fijos los ojos del mundo entero.

Sin embargo su solución no era fácil; se necesitaban reunir muchos requisitos y condiciones entre los que los siguientes eran al menos imprescindibles: Que fuera posible dentro del momento de la historia y de los regimenes modernos entonces imperantes; que fuera compatible con los legítimos intereses de Italia; que pudiese ser aceptada por las potencias todas, y por último que ofreciese la plena suficiencia o eficacia para garantizar sobradamente la independencia y el poder espiritual de los Papas.

(1).- Cuatro embajadores, once ministros plenipotenciarios y el encargado de negocios eran los que entonces constituían el cuerpo diplomático.

Como ya en el capítulo anterior he hallado del curso que tomaron las gestiones de solventar el conflicto, aquí solo me limito a exponer algunas de las soluciones que se propusieron, que fueron muchas y muy variadas y que podemos clasificar en dos grupos: unas hechas a base de concesión de garantías y rontes económicas a la vez que de derechos soberanos, otras elaboradas sobre el otorgamiento o de un territorio con absoluta soberanía temporal.

Vamos a exponer las principales. (1)

22.- Soluciones no territoriales .

Para un mejor orden en la exposición de las soluciones - no territoriales las clasificaremos en los siguientes grupos:

a) El primero está formado por aquellos autores que creen encontrar la solución ideal en la continuación del conflicto, - sin introducir modificación nueva alguna. Así se manifiesta el político y escritor Crispolto Crispolti que en su artículo aparecido en "La Vita Italiana all'estero" dice que "un solo Concordato es posible entre el Rey de Italia y el Papa, el siguiente, formado por un solo artículo las dos altas partes contratantes se comprometen a mantener íntegro el conflicto".

Esta solución, a mi modo de ver, así como análogas, presentan numerosos inconvenientes que las hacen inaceptables. Son estos, los múltiples que entraña la consideración como normal - de un estado de hostilidad, cual era el existente entre la Santa Sede e Italia, a la parque la negociación que obendría del Papa era segura desde el momento en que él no cargaría sobre sus hombres la responsabilidad tan enorme que de ello pudiese sobrevenir, no ya por su independencia, que podría conservar sin grave peligro, pero sí por la falta de garantía de su ministerio espiritual.

B). El segundo grupo está formado por la Ley de Garantías de 1871, ya de nosotros conocida. Recordemos de ella solamente se trata de un acto unilateral que no reconoce en su texto la más mínima seguridad para el desarrollo y libre ejercicio del ministerio espiritual ontificio. (No insistimos por haber sido ya tratada anteriormente).

C). El tercero de estos grupos está constituido por los defensores de la misma Ley de Garantías, que creen ver la situación ideal mediante su internacionalización, pensando que así se podría asegurar la libertad e independencia del Papado que aparecía rodeado de ciertas garantías internacionales.

Sin embargo, tampoco, a mi modo de ver, podía ser este proyecto el más adecuado desde el momento en que el mismo contenido de la Ley, como anteriormente dijimos, no satisfacía a la Santa Sede y aún con su internacionalización quedarían subsistentes problemas e inconvenientes múltiples, entre los que figurarían como capitales, el sometimiento del Papa hasta un cierto punto a las sociedades estatales y la falta de un territorio que siempre a la Santa Sede sería indispensable para una mejor independencia y libertad de sus funciones. Es cierto, no lo podemos negar, que de tal internacionalización resultaban ventajas para la Iglesia, pero seguramente habrían de quedar ampliamente borradas con los perjuicios que ello llevaría inherentes: la relegación de su poderío espiritual a un lugar secundario al encontrarse bajo un cierto control de las sociedades políticas, que la haría aparecer influenciada de las corrientes dominantes en los jefes de Estado y cabezas de las naciones imperantes en el mundo entero.

Las soluciones no territoriales habían, pues, fracasado totalmente.

3º.- Soluciones a base de concesión de un territorio.

Ante la imposibilidad de solventar tan largo conflicto sin la concesión de territorio alguno, se piensa en favorecer los deseos de los Papas, que en tal sentido se habían siempre manifestado.

Surgen con ello las siguientes soluciones territoriales, que así clasificaremos:

1º.- La de devolver a la Santa Sede parte del territorio que le había sido arrebatado e concederla cuando menos una amplia zona que extendiéndose por los alrededores del Vaticano tuviese una salida al mar. Ello habría sido el ideal para los Papas, pero era forjar sin embargo, una idea irrealizable desde

el momento en que Italia no habiendo aceptado con anterioridad soluciones hechas a base de un menor sacrificio territorial, ma lamente podría consentir en llevar a la realidad esta nueva que le implicaría la pérdida de Roma o la cesión de algún trozo de costa.

22.- Ante la negociación de Italia de ceder parte alguna de sus suelos y la posición de los Papas adoptada, que en tal sentido se declaraba, adquiere el conflicto una gravedad tal, que p ne en movimiento a la generalidad de los tratadistas y a ntes del derecho internacional y comenzaron a formar nuevos planes a base de una solución intermedia entre ambos deseos: la cesión de mínimo de territorio, sostén suficiente a la sobe ranía espiritual de los Pontífices: Era pues este el único ca-
mino a recorrer que quedaba.

Durante la Guerra Europea, los Imperios Centrales desea-
dos de atraerse a la Santa Sede, elaboran un gran número de --
proyectos que serían propuestos con ruegos de aceptación a los
Papas. Es cierto que ninguno de ellos se llevó a la realidad,
pero merecen, sin embargo, recordarse por haber servido alguno
de posterior base a la elaboración del Tratado de Letrán y a ña
diremos que eran tan perfectos que tal vez se hubiesen puesto
en práctica de no haberse encontrado la Santa Sede en una situa
ción tan anormal, aumentada con los desastres de la guerra euro
pea entonces existente.

Ya en octubre de 1914, al comenzar la guerra y poco antes
de la participación de Italia en ella, Erzberger, propuso una --
solución del conflicto italo-austriaco, que a la vez resolvería
la situación de los Pontífices. Consistía esta, en la cesión por
Austria al Papa, de Trento y la parte italiana de Trientino, -
quien a su vez los entregaría a Italia con la condición de refo
rar la Ley de Garantías en forma que a la Santa Sede resultase
más favorable, no solo en cuanto a las garantías que en ella se
contenían, sino también en cuanto a la dotación financiera que
la habría de permitir una mayor libertad e independencia de su
ejercicio espiritual.

En Mayo del año siguiente surge un nuevo proyecto a base
de formación de un Estado, que con caracter, neutral, abarcase

la zona comprendida desde la orilla izquierda del Tiber en Roma hasta el mismo mar. Implicabase además como especial la internacionalización de la Ley de Garantías y la independencia económica de los Papas mediante una renta o contribución alemana de trescientos millones de marcos.

Otros proyectos a base de concesiones territoriales y en términos parecidos verán la luz con posterioridad: unos otorgando al Papa la isla de Dalmacia, otros la de Elba, unos terceros hablan del Principado de Liechtestein, etc ...

De todos ellos especial mención requiere el proyecto de Erzberger denominado "Traité au sujet des sanctions internationales devant garantir la puissance temporelle du Pape". Este proyecto lo estudiamos con especial cuidado no por ser más ingenioso que los demás, sino simplemente porque será la base sobre la que se reformará el Tratado de Letrán. Son en grandes rasgos estas sus principales disposiciones.

El Estado de la Iglesia está constituido por "la colina del Vaticano, y una banda de terreno que estableciere la comunicación con el ferrocarril de Viterbo" detallándose todo esto por "una comisión compuesta de tres representantes de la Santa Sede, de otros tantos del Reino de Italia y uno de su Majestad el Rey de España" (artº 1º)

El Estado de la Iglesia es para siempre independiente y neutro. Su independencia y neutralidad quedan garantizadas por todas las potencias signatarias" (artº 2º)

"El Papa es el soberano del Estado de la Iglesia" (artº 3º)

" La ciudadanía vaticana está compuesta por los siguientes miembros: "Legados del Papa, los nuncios e internuncios, los miembros de la Casa del Papa, los funcionarios de la administración del Papa y del Estado de la Iglesia, los miembros de las guardias pontificales y los eclesiásticos que habiten permanentemente en el Estado de la Iglesia" (artº 4º)

Italia se obliga en virtud del artículo 5º a hacer del Tiber un río navegable. En el 6º se compromete a entregar una dotación económica de quinientos millones de liras. En el 7º se establece que las autoridades pontificales no tendrán más

derecho de jurisdicción que en el caso de simple policía, disponiéndose que las demás cuestiones que plantearán ante los tribunales de la nación de origen. En el artículo 8º se habla del respeto debido a las representaciones diplomáticas extranjeras, etc.

Quedando expuesta ya la historia del poder temporal de los Papas y las soluciones buscadas al conflicto que se plantea con la invasión italiana, pasaremos al estudio de la personalidad internacional de los Pontífices.

=====

EL PROBLEMA DE LA PERSONALIDAD INTERNACIONAL PONTIFICIA
DURANTE LA CUESTION ROMANA.

- 1ª .- Quienes son los sujetos del Derecho Internacional.
- 2ª .- Opiniones contrarias al reconocimiento de la personalidad internacional pontificia durante el periodo de la cuestión romana.
- 3ª .- Opiniones favorables al mismo.
- 4ª .- La Santa Sede ha sido y es persona del Derecho Internacional.
- 5ª .- Algunos hechos que reafirman la personalidad internacional pontificia durante la cuestión romana.

EL PROBLEMA DE LA PERSONALIDAD INTERNACIONAL PONTIFICIA
DURANTE LA CUESTION ROMANA

1ª.- Quienes son los sujetos del Derecho Internacional

Habiendo en párrafos anteriores sido expuesta la existencia de un derecho internacional, obra y resultado del acuerdo de aquellos, que como sujetos de tal derecho se conceptúan se nos aparece un nuevo problema: la determinación de quienes son sujetos del derecho internacional o en otros términos de que antes son capaces de tener derechos y deberes internacionales.

Ante todo cabe afirmar que son sujetos del derecho internacional los Estados, siempre que estos aparezcan dotados de los requisitos indispensables a su consideración de tales: son estos la población, el territorio y la organización política.

Ahora bien, ¿es que son solamente sujetos del derecho internacional los Estados de tal modo constituidos? Y aún más - concretamente, ¿es la Santa Sede persona del derecho internacional entre 1870 y 1929, cuando se hallaba privada de soberanía temporal?

Ciertamente que sí. Prueba de tal es que ella continuó

usando del derecho de legislación activa y pasivamente, aún en dichos años, no obstante haber perdido sus territorios, lo cual implica al fin y al cabo un reconocimiento de su personalidad - por parte de los Estados, que veían en ella a la Iglesia, al Papa, al jefe de todos los católicos, al soberano de la religión universal dotado de un poder espiritual inmenso de institución divina que ora para ellos lo esencial, la suficiente - causa del reconocimiento de su condición internacional.

No será, pues, con ello forzoso admitir que no solo los Estados son los sujetos del derecho internacional, sino que - por el contrario aparecen otras personas internacionales, que careciendo de los elementos constitutivos de los mismos, o por lo menos de alguno de ellos, se hallan reputadas como tales y ejercen su soberanía del mismo modo que si fuesen verdaderas - sociedades estatales. ¿La consideración de su existencia? Green encontrarla la mayoría de los autores mediante la explicación - de que son meras creaciones naturales o artificiales de los mismos Estados a las que se han reconocido los atributos de sociedades legales e internacionales, pero la Santa Sede no se puede clasificar con tal caso, se trata de una institución muy antigua; cuyo origen, anterior a los modernos Estados, impide su creación por parte de ellos; no pudiendo esperar de las sociedades estatales más que el simple reconocimiento y este solo - tiene un valor declarativo.

Habría pues que encontrar la causa de tal personalidad en algún otro motivo y este es el de la soberanía espiritual, la esencial del Papa; ella será el arma con la que se dota de su soberanía temporal en tiempos de Pipino el Breve y Carlomagno, siendo no obstante por sí sola suficiente para que el Pontífice - continúe como el jefe de una sociedad universal, que prevalece como soberana e internacional.

Su enorme valor había de quedar bien de manifiesto durante la última expoliación con la actitud de los Estados respecto de ella.

Sin embargo mucho se discutió sobre su personalidad internacional hasta el punto de que el problema por entonces no era ya comentario solo de los tratadistas de derecho, sino de los diplomáticos e internacionalistas en general, de los mismos -

aficionados a los conflictos internacionales y al derecho internacional en general.

No obstante es de advertir antes de exponer los pronunciamientos de los autores, que la generalidad de las opiniones - fueron siempre favorables al reconocimiento, pero que no por ello faltaron quienes reconocidos como grandes internacionalistas - la negasen.

2º.- Opiniones contrarias al reconocimiento de la personalidad internacional pontificia durante el periodo de la cuestión romana.

Entre los autores que niegan la personalidad internacional pontificia recordemos las siguientes:

Geffken dice que es "evidentísimo que desde el punto de vista del derecho internacional el Papa ha cesado de ser soberano desde que perdió la base territorial de los Estados de la Iglesia" (1)

Rivier, que igualmente niega al Papa la soberanía y la personalidad internacional, pero cree que se deben reconocer a los Pontífices los atributos propios de un soberano por razón de la situación jurídica singularísima que ocupa, que es única en el mundo. (2)

En parecida opinión se manifiesta Bompard al decir que "el Papa no puede ser considerado como investido de soberanía en el sentido internacional de la palabra. La soberanía reside de hecho en la nación ... El soberano en derecho internacional es pues un mandatario. ¿De quien sería el Papa mandatario? (3)

Pertinax también niega la personalidad internacional pontificia, ya que al hablar de la Ley de Garantías dice que en ella "implícitamente la soberanía era rechazada. No podía ser de otro modo pues se trataba no de un contrato, sino de un texto legislativo impuesto de lo alto al Papa vendido y reducido a la condición de sujeto. (1)

pag. 91

(1).-Geffken "Le droit International de l'Europe" pag. 96 Paris 1882.

(2).-Rivier. "Principes de Droit des Gens" pag 129 Tomo II Paris 1887.

(3).- Bompard "La Papauté en Droit International Public" pag. 8

Y lo mismo afirma Despagnets (Cours de Droit International publico. Página 172) Kluver (Le Droit des Gens moderne de l'Europe párrafo 87). Piedelièvre (Precis de Droit International Public. página 80). Brusa (La jurisdiction du Vatican. Revue de Droit International et de législation comparés. 1883. páginas 145) etc.

3ª.- Opiniones favorables a la misma

Entre las opiniones afirmantes recordamos a: Pradier-Fodéré que dice que "El Papa ejerce en los Estados todas las funciones que dimanar de su caracter de jefe de la Iglesia, sin el asentimiento del cual nada puede cumplirse. La unidad de doctrina y de las Instituciones económicas, la dirección, la representación y la vigilancia de los intereses generales de la Iglesia, la relación de los Estados con este poder espiritual que vigila, dirige y representa los intereses generales de la Iglesia son de una naturaleza totalmente especial que afecta a la política más que a la religión. Grandes intereses nacionales e internacionales son comprometidos: el caracter internacional de esas relaciones no pueden ser negado" (1')

Bonfils dice que como "el jefe de la Iglesia no es el sujeto de ningún Estado, es necesario reconocerle una personalidad jurídica propia; diferente y distinta de la personalidad de los Estados... Y mientras que los soberanos no son, en el propio sentido de la palabra, personas internacionales, el Papa no tiene por si mismo una personalidad propia" (2)

Rivet se muestra partidario de reconocer la personalidad internacional pontificia diciendo que "una comunidad jurídica independiente es persona del derecho de gentes desde el momento en que está sometida al orden jurídico internacional. Para serlo es necesario además que sea independiente y que esté dotado de una autoridad constitucional. Hace falta que ningún Estado pueda mandar sobre ella y que sea capaz de vivir una vida autónoma

(1).--Le Partâge de Rome. Paris 1929. Vease además en dicha obra - la nota 12 de la página 118, interesante sobre este particular.

(1').--Pradier-Fodéré "Cours de Droit Diplomatique" pag. 196 Paris 1881

(2).--Bonfils "Manuel de Droit International Public".p.391 y sig.

y atender a su propio fin gobernándose por sí misma". En opinión de este autor no es el territorio elemento imprescindible para que se pueda gozar de personalidad internacional, sino el hecho de la independencia respecto de los demás Estados." (1)

También Cidel reafirma la personalidad internacional poniendo al distinguir entre Estados personas normales del derecho internacional y entidades, personas artificiales, que no siendo Estados se encuentran no obstante, sometidas a las normas del derecho internacional. Entre estas últimas figura la Santa Sede en la época de la cuestión romana. (1')

Le Fur, el insigne tratadista de derecho internacional se ocupa ampliamente de esta cuestión y dice después de exponer - que hay quien niega esta condición a la Santa Sede por considerarla privativa de los Estados que "basta fijarse en que el derecho internacional nos ofrece un cierto número de excepciones innegables". Cita la Liga hanseática, la Comisión de los Estrechos, la Comisión del Dambio, la Comisión encargada del Gobierno Sarre, y continúa diciendo "que casi todas ellas, ya que la Liga hanseática no lo es, son verdaderas personas del derecho internacional, creaciones voluntarias de los Estados. Pero en cuanto a la Iglesia Católica no se puede aplicar esta regla, - ya que se trata de una institución antiquísima cuyo origen es incluso anterior a la constitución de los modernos Estados, - siendo pues imposible por parte de ellos otra cosa que el simple reconocimiento que no tendrá más valor que el sencillamente declarativo". (1) "En cuanto al territorio" afirma "desempeña un papel negativo más bien que esencial en materia de soberanía temporal: sirve para fijar los límites donde se pueden ejercer la soberanía temporal" (2).

(1').- Rivet. "La question romaine et le Traté du Letran" pag 20 Sirey 1931.

(1'').- Quelques ydées su la condition internationale de la Papauté Revue Générale de Droit Int. Pub. 1911 t. XVIII pag 589.

(1).- Le Fur "Le Saint Siège et le Droit des Gens" pag 19 Sirey 1930

(2).- Le Fur. "Le Saint Siège et la Cour de Cassation" pag 18 - Bedorne 1914.

Michoud igualmente atribuye a la Santa Sede personalidad internacional al decir "que se entiende por persona soberana una persona que no dependiendo de poder alguno, ni perteneciendo a ningún Estado, solamente puede ser representada por ella misma en la llamada sociedad de los Estados (3)

Diana estima que la Santa Sede no podía ser considerada, entre los años 1870 y 1929 como un Estado desde el momento en que carecía de territorio. "Pero si la Santa Sede desde 1870 a 1929 no podía ser considerada como un Estado debía igualmente ser reputada como sujeto del derecho internacional, teniendo en cuenta el derecho activo y pasivo de delegación que también entonces correspondía al Sumo Pontífice y que de hecho ejercía con el consentimiento de numerosos Estados extranjeros. La facultad de enviar y recibir agentes diplomáticos como tales, implica en efecto derechos y deberes fundados sobre el derecho internacional, que no pueden corresponder o incumbir sino a sujetos de tal derecho".

"Y si mientras estaba en vigor la Ley de Garantías, con relación a Italia, entraba tal facultad de la Santa Sede en el ámbito de las relaciones reguladas por el derecho interno, no podía decirse lo mismo respecto de las relaciones de la Santa Sede y los Estados extranjeros, los cuales enviaban a esta sus propios agentes diplomáticos y los recibían. De esta manera reconocían implícitamente estos Estados que el Sumo Pontífice era capaz de tener el goce y tenía en realidad el ejercicio de un derecho que no puede corresponder sino a gentes que tengan el carácter de sujetos del derecho internacional. Estos Estados recibiendo a los agentes del Pontífice en su calidad de tales, admitieron implícitamente que el Pontífice podía exigir por tales agentes de su misión, en el extranjero, aquel trato y aquellos privilegios que se atribuyen, generalmente, en virtud del derecho internacional, a los agentes diplomáticos. Es por tanto lógico por nuestra parte después de haber admitido como regla general el deber de atribuir la cualidad de sujeto de derecho internacional a todos los antes capaces de tener - (3).- Michoud, Revue Générale de Droit International Public. - 1894 pag. 221

derechos y obligaciones internacionales, reconocer que la Santa Sede aún antes de 1929, debía de ser considerada como sujeto del derecho internacional". (1)

Y con el fin de no hacer interminable esta exposición se lo añadiré como dignos de mención entre otros los nombres de: Anzilotti (Cours de Droit International traducido por Gidel, - página 138), Chrétien (Principes de Droit International Public página 77), Piore (Il diritto internazionale condificato et la sua sanzione giuridica. página 132), Imbard La Tour (La Papauté en Droit International Public página 12), Giuseppe Tresselt (La posizione giuridica della Santa Sede del diritto internazionale, página 26 a 30) etc

4ª.- La Santa Sede ha sido y es persona del derecho internacional.

A mi modo de ver la Santa Sede, entre los años 1870 y - 1929, era una verdadera persona del derecho internacional, según voy a exponer:

Ante todo los autores que niegan la personalidad internacional pontificia parten de una base falsa cual es la consideración de que la Santa Sede durante la época que nos ocupa, al carecer de territorio, no era persona del derecho internacional. El territorio podrán afirmar tales autores será elemento indispensable a los Estados para que estos sean considerados como tales; servirá a los mismos para fijar los límites de la soberanía temporal particular de cada uno de ellos, pero su falta no implicará la exclusión de la personalidad internacional.

¿Cómo explicarían si no la existencia de antes que disfrutaban de los privilegios particulares de dicha personalidad? Les habrá pues de ser forzoso aceptar que no solo los Estados son personas internacionales, sino que también lo son otros entes o asociaciones que se hallan en pleno disfrute de los atributos que tan condición otorga; habrán de admitir la existencia de nuevas personas internacionales que en su mayoría son consecuencia de la creación natural o artificial obra de los Estados y que ellos reconocen como tales. Sin embargo el caso de la Santa sede no es éste, no puede serlo por lo antiguo de su origen (1).- Diena. Derecho Internacional Público páginas 190 y 191 Barcelona 1932.

gen. Hay que buscar otra causa a la existencia de la personalidad internacional pontificia: la debida al poder espiritual que por su universalidad hará que los Estados se muestren interesados en mantener la independencia de los Papas; no podrán consentir que el jefe de una religión universal sea sometido a autoridad estatal alguna y pierda su independencia y personalidad; es ella por sí sola la que dota a la Iglesia de un poderío sin límites que la hará ser persona internacional. Y así, el mismo Mussolini, no puede menos de expresar en su discurso de 10 de Marzo de 1929 que reconoció que "el primer Pastor de una religión universal no puede ni debe estar subordinado a ningún Estado" pues de otro modo "desaparecería el mismo concepto de catolicidad, que significa universalidad". Y es más, si el Papa no fuese independiente y estuviese sometido a algún Estado dominante y por las corrientes políticas del mismo y ello iría en menoscabo de la religión de Cristo, influyendo de un modo más o menos directo, sobre los muchos súbditos de la Iglesia, que no debemos de olvidar que más indirectamente se creía afectada por tales corrientes, y estos tales Estados no lo pueden ni lo deben aceptar, ni lo han aceptado, sino que por el contrario defienden y pugnan por la total independencia eclesiástica.

La realidad corrobora todas estas afirmaciones y así vemos por ejemplo, como en el año 1870, al perder sus territorios el Papa continuó usando de los representantes diplomáticos en derecho de legación activo y pasivo y este derecho ha sido siempre privativo de las personas internacionales. Más aún llega - el momento de la Gran Guerra y los representantes alemanes, con el fin de continuar sus relaciones con la Santa Sede, se establecen en Lugano, demostrando así su interés de afirmar la personalidad internacional pontificia y como una prueba definitiva la misma Italia se comprometió a salvaguardar durante la última expoliación la independencia de los Papas, reconociéndola expresamente, así como el derecho de continuar sus relaciones diplomáticas que sostenía con treinta y cinco Estados en el momento de reanudarlas con Francia.

Podemos pues decir, de todo ello, que la personalidad in

ternacional pontificia es la consecuencia evidente, no de la soberanía territorial, sino de la espiritual, que es en concepto de Planas Suarez "más firme y más extensa que las soberanías ordinarias circunscritas a los límites territoriales de cada Estado, pues se ejerce sobre el dominio de la conciencia donde el Papa, siguiendo el dogma católico, goza de un poder absoluto de dirección y de Gobierno (1).

En resumen la Iglesia católica es una sociedad inmensa, la más importante del mundo civilizado y a la vez la más internacional a la que ninguna frontera se opone: tiene trescientos millones de individuos repartidos por todo el mundo - y reunidos en una sociedad en la que profesan las mismas creencias y dogmas, un inmenso grupo que aparece organizado y jerarquizado para así poder atender mejor a la defensa de sus intereses. Por último está dotada la Iglesia de una plena independencia autónoma, de una verdadera soberanía internacional que le permite salvaguardar su unidad y cumplir con el fin que le incumbe. En una palabra la Iglesia es plenamente soberana en su esfera, aún con más soberanía que la que tienen los Estados dentro de las suyas particulares.

Hoy en día el problema ha desaparecido; ya no existe la menor duda sobre la personalidad internacional pontificia. - Así lo expresa el Tratado de Letrán que declara expresamente reconocer "la soberanía de la Santa Sede en el dominio internacional como un atributo inherente a su naturaleza en conformidad con su tradición y con las exigencias de su misión en el mundo" Se ha dotado a la Santa Sede de un nuevo poder temporal, que no vendrá a hacerla independiente, puesto que ya lo era, pero que sí vendrá a reforzar su personalidad internacional en el mundo.

En resumen la respuesta al problema de quienes son los sujetos del derecho internacional se puede resolver en los siguientes términos:

Lo son en primer lugar los Estados.

(1).- Planas Suarez. Tratado de Derecho Internacional Público Tomo 1. págs. 367 Madrid 1916.

Lo son también otras personas internacionales, creaciones naturales o artificiales de los Estados, incluso algunos dotados de formas más o menos estatales. Estas, disfrutan, según unos autores, de capacidad internacional análoga a la de un Estado y según otros de una capacidad más restringida (no cabe duda que en algunas de ellas, tendrá que dejarse notar, como en el caso de los Cominos Británicos, la influencia de los ligeros ligámenes que aún la ligan a Inglaterra).

Y en tercer lugar lo es la Santa Sede doblemente: por su soberanía temporal y por su soberanía espiritual. Por la primera, mientras no perdió su base territorial es un Estado y por ello pasa a formar parte del primer grupo de los sujetos del derecho internacional. Y por la segunda lo es y lo ha sido siempre, según ha demostrado en páginas anteriores, por ser esta soberanía espiritual la principal de la Iglesia, la que hace extenderse por el mundo y ser universal y la que ven los Estados en sus relaciones concordatarias con el Romano Pontífice.

4º.- Algunos hechos que reafirman la personalidad internacional pontificia durante la cuestión romana.

Y para completar el estudio que en este capítulo me ocupa y fortalecer así las opiniones, por mí antes definidas, voy a examinar someramente la situación práctica que ocupó la Santa Sede, durante el tiempo que duró la cuestión romana, en cuanto a determinados hechos, que sirven para reafirmar su personalidad jurídica internacional, no obstante la carencia del poder temporal pontificio.

En primer lugar y en cuanto a los Estados en general, resalta a la vista el hecho de que continuasen en el ejercicio del derecho de legación activo y pasivo cerca del Vaticano y con ello rindiesen homenaje y patente prueba de seguir considerando como subsistente la personalidad internacional del Romano Pontífice, como declaró el Ministro de Negocios Extranjeros de Bélgica en 19 de Septiembre de 1870, al afirmar "La perfecta independencia espiritual del jefe de la religión católica y la perfecta libertad espiritual del Romano Pontífice". Reafirmase pues con esta declaración la tesis anteriormente sostenida de la preponderancia de la soberanía espiritual sobre

el poder temporal pontificio. Para los Estados católicos no fue pues la violación del territorio pontificio el motivo básico y esencial de la responsabilidad internacional eclesial, ya que si ello hubiera sido así ¿para que hubieran continuado sus relaciones diplomáticas con el Santo Padre? y es más que no solo continúan representados cerca del Vaticano los Estados que sostenían viejas relaciones, sino que otros las establecen por primera vez o reanudan las en más antiguos tiempos interrumpidos y así los cuatro Embajadores, catorce Ministros plenipotenciarios y un Encargado de Negocios, allí acreditados, se ven aumentados, poco después de firmarse el Tratado de Letrán, a doce Embajadores y veinticuatro Ministros Plenipotenciarios.

Y dado que en cuanto a la constitución detallada del cuerpo diplomático antes y después, del Tratado de Letrán, me ocupo en el capítulo dedicado a la actividad internacional pontificia, no creo conveniente hablar aquí más de ello ya que el único fin que al indicar estos problemas persigo es el de ver como ellos reafirman la personalidad internacional de los Papas.

En segundo lugar y en cuanto a la política concordataria se refiere, podemos decir que no hubo Estado alguno que denunciase su concordato con la Santa Sede y al por el contrario - que aumenta esta su prestigio al ajustar, después de la Gran Guerra, uno con Baviera en 29 de Marzo de 1924, otro con Polonia el 10 de Febrero de 1925, otro con Lituania el 27 de Septiembre de 1927 y otro con Rumania el 10 de Mayo del mismo año.

En tercer lugar no podemos por menos de recordar algunas funciones de mediación y arbitraje ejercidas por los Pontífices, como es el caso de las Islas Carolinas entre España y Alemania que fue resuelto por León XIII en 1885, y que demuestra juntamente con otros, ya que éste solo lo ha recordado por vía de ejemplo, la confianza de los Estados en la justicia del Representante de Cristo en la Tierra al ser Alemania, nación no católica, y la iniciativa de Bismarck las que propusieron someterse al arbitraje pontificio.

En cierto lugar, aparece en el mes de Mayo de 1921 y

realizando así aún más el prestigio de los Papas, la reanudación de las relaciones diplomáticas de Francia con el Vaticano, rotas a consecuencia de no haber observado Mr. Souvet, - Presidente de la República Francesa, el protocolo impuesto - por Pío IX en cuanto a las visitas Pontificias, lo que motivó la protesta de 28 de Abril de 1904 y la retirada posterior - de la representación francesa cerca del Vaticano. La reanudación de tales relaciones no solo supone para la Santa Sede la importancia de ganar un nuevo Estado que apoye su personalidad e independencia con tal acto, sino la de resaltar la posición de excepción de Italia, nación católica por excelencia, que será desde este momento cuna y escenario de los nuevos y cada vez más fuertes deseos de acercamiento al Papa.

En quinto lugar aparece el protocolo impuesto por Pío IX a aquellos Jefes de Estado que deseen ser recibidos por el Papa. Según este protocolo los Jefes de Estado católicos no deberían visitar al Rey de Italia, bajo pena de serles negada, si así lo hacían, audiencia en el Vaticano, y los de Estado no católicos deberían trasladarse al Vaticano, partiendo directamente de su misma Embajada o Legación a la que debían volver después sin visitar a persona alguna oficial. Algunos autores han querido ver en este protocolo una prueba - inmensa de la soberanía pontificia, pero a mi modo de ver su importancia solo la encuentro en el hecho expreso de la aceptación del susodicho protocolo por parte de algunos soberanos incluso no católicos, que se someten sin protesta alguna. Tal protocolo pues solo tiene para mí un valor simplemente particular y a él se sometieron los Estados por su propia voluntad pero nunca por una obligación de respetarlo, del mismo modo - que la tienen respecto de los protocolos internacionales, basados en antiguas costumbres e influidos por el enorme aparato de viejas Cortes y Congresos como el de Viena, Y por último diré que la imposición del susodicho protocolo por Pío IX no puede dejar de ser censurada al aparecer tan en contradicción con la misión de paz que deben ejercer los Papas y que en esta ocasión en sentido tan opuesto se manifiesta, al re-

daarlo en términos tales, que obligan a los Estados a elegir entre la amistad pontificia o la italiana, cuando con ello causa desavenencias entre las demás sociedades estatales e Italia, u ocasionando como ocurrió con Francia en 1904 la ruptura de las relaciones diplomáticas con el Vaticano por no haber observado su Presidente Mr. Souvet, el protocolo de los Pontífices.

Y por último y cerrando así con ello la exposición de hechos que reafirman la personalidad internacional pontificia ya que si no haríamos una labor demasiado extensa y desproporcionada en cuanto al objeto que persigo, creo conveniente recordar la Ley de Garantías de 1871 y remitirme a lo anteriormente consignado en el capítulo que de ella se ocupa.

En resumen, vamos pues como los hechos y la realidad parecen afirmar en la situación práctica del Soberano Pontífice la personalidad internacional pontificia y la enérge soberanía espiritual de su Iglesia.

LA SANTA SEDE PERSONA SOBERANA

1º.- Algunos conceptos sobre soberanía

2º.- Soberanía espiritual pontificia.

3º.- Soberanía temporal de los Papas.

LA SANTA SEDE PERSONA SOBERANA

1º.- Algunos conceptos sobre soberanía.

Una vez vista la consideración de personalidad pontificia como verdadera persona del derecho internacional y haber señalado su reconocimiento como tal, durante el periodo de - 1870 a 1929, fechas entre las que corre la Cuestión Romana, pasemos al estudio de otro problema no menos interesante y que aparece intimamente ligado con el anterior: la soberanía de la Santa Sede.

En esta materia muy interesante por tratarse en una misma institución de la existencia de un doble tipo de soberanía: espiritual de un lado, de institución divina, privativa, única del Romano Pontífice y de carácter universal, siendo hoy en día raro el país que no cuente entre sus súbditos o miembros sometidos espiritualmente a la Iglesia; temporal del otro, soberanía esta última de la que se ha visto privada en múltiples ocasiones y que solo utiliza como medio auxiliar de exteriorizarse y garantizar el Ministerio espiritual pontificio. Sin embargo para un mejor estudio de estos problemas creo indispensable, antes de entrar de lleno en ellos principiar con la exposición de algunos conceptos sobre soberanía que facilitarán una mejor comprensión de los puntos seguidos en mi trabajo.

Ante todo la soberanía puede ser vista desde muchos - variados aspectos. Merriam en su obra "History of the theory of sovereignty since Rousseau" se ocupa ampliamente de este problema y dice que puede ser considerada desde tres puntos diferentes, a saber: 1º Posición privilegiada del Monarca de un Estado, 2º.- Relación del Estado con los miembros o corporaciones que viven dentro de su territorio y 3º.- Relación de un Estado con los demás, significando ello la independencia de la sociedad política.

No obstante la generalidad de los autores se ocupan -

de estudiar solamente dos tipos de soberanía: la interna y la internacional. En cuanto a la primera de ella la escuela de M. Duguit, pretende en su moderna concepción negar la existencia de tal soberanía en lo relativo al Estado, basándose para hacerlo en un pretendido positivismo jurídico. Sin embargo a mi modo de ver es un absurdo el querer negar la soberanía que siempre ha existido en todas las sociedades políticas; no hay sociedad de tal género que no se encuentre organizada y que no reuna autoridades encargadas de llevar a cabo sus múltiples y variadas misiones, dotándolas de una jerarquía que forzosamente termina en el poder supremo después de haber ido pasando por los funcionarios de inferior jurisdicción, y que implicando un cierto control de las autoridades inferiores por las superiores se agotarán en el último peldaño de esta larga escalera; en la figura de un jefe supremo, el que estatuye en última instancia. En esta la realidad de lo que sucede en cuanto al derecho interno.

Ahora bien hemos llegado a poder ver la existencia de la soberanía pero no en el sentido que pretenden algunos autores de soberanía absoluta e ilimitada. Tal concepción ya no existe y el terreno tenderá cada vez más a allanarse en un sentido favorable a la división de poderes. El poder de mando incondicional de que hablaban los autores alemanes ha desaparecido y para siempre, el absolutismo cristalizado en la célebre frase de Luis XIV no volverá a la realidad salvo caso de completo cambio en la actitud de los modernos Estados, que para evitarlo aumentan cada vez más sus precauciones haciendo que el poder soberano solamente sea ejercido en la más perfecta conformidad con el derecho objetivo. Con parecida opinión se manifestó Hans Morgenthau en una de sus conferencias a los futuros diplomáticos de la Federación de Estudios Internacionales de Madrid. "La soberanía absoluta" expresaba, "ha desaparecido en el orden jurídico de hoy día; la antigua concepción podría quejar en los tiempos de la Edad Media pero no en la actualidad que cada vez se muestra más partidaria de la división de los poderes supremos; ahí tenemos los Estados Federales como prueba irrefutable de ello y sin ir más lejos la misma ex-

ganización actual del Estado español nos demuestra la existencia de una división de poderes".

En cuanto al campo más amplio del derecho internacional, - no podemos atribuir el mismo sentido a la soberanía; en el no se puede decir que esta implique un derecho de decisión en última instancia. Más aún si queremos ver en esta palabra tal derecho de mando, nos habrá de ser forzoso admitir la no existencia de la soberanía en la comunidad jurídica internacional. "Lo que tanto tiempo se ha llamado así" nos dice con gran acierto al hablar de ella Le Fur, "No es más que la independencia de los Estados, simple reflejo de su soberanía interna del Estado, como consecuencia de engendrar la independencia respectiva de los Estados, se convierte en uno de los fundamentos del derecho internacional. - Conviene, sin embargo, hacer notar que esta misma independencia es solo relativa y no absoluta; incluso tiende a disminuir progresivamente a medida que aumenta la solidaridad económica y jurídica de los Estados". (1)

Lo que consideramos como soberanía internacional no es más que el derecho a la independencia de los Estados, consecuencia de su soberanía interna, que les permite ejercer libremente los derechos y deberes propios de las sociedades estatales, tanto en las relaciones internas como en las internacionales. La independencia es pues la base de la soberanía internacional y ello hace decir a Retortillo al hablar de ella que "vale tanto como no sujeción; ser soberano es el ser que de nadie pende" (2). A Posada expresa que "a menudo se considera la independencia como la característica propia de la soberanía y la que define como soberano a un Estado" (3) y a los autores en general en opiniones semejantes.

Y antes de poner fin a la exposición de estos conceptos generales, creo conveniente dedicar una especial atención a la nueva teoría alemana que se resumió en la conocida frase "Mikompetenz Kompetenz" (la competencia de la competencia) y que tantos adelantos ha logrado en el moderno derecho. Expresase tal doctrina diciendo que es el derecho del Estado de fijar libremente su competencia, pero dividiéndola en dos partes, una en relación al derecho interno y otra en relación al derecho internacional, y vemos así más claramente en que consiste la competencia de la competencia.

Desde el punto de vista del derecho interior, consiste la competencia en el derecho que tiene el Estado de establecer, en virtud de su soberanía, los límites de la competencia de los individuos y de las actividades que comprenden o encierra. Sucede ello en forma de que si una colectividad o individuo sobrepasa la competencia que le ha sido asignada por el Estado tiene este el derecho de anular el acto ilegal cometido. En consecuencia, -

(1).- Le Fur, Le Saint Siège et le Droit des Gens, pag. 23-24 - Sirey 1930.

(2).- Retortillo, Vocabulario del Derecho Internacional Público pag. 250 Madrid 1925.

(3).- Posada Tratado de Derecho Político, Tomo I pag. 331 Madrid 1928

cuando existe una cuestión de competencia entre el Estado y la entidad subordinada, son los organismos del primero a quien corresponde dirimir tales diferencias. La facultad de dirimir en última instancia, es, pues, en el orden interior la expresión de esta doctrina. Desde el punto de vista del derecho internacional es solamente la independencia de los Estados, la igualdad jurídica de todos, fuertes y débiles lo que se debe de afirmar, pero en la comunidad internacional ¿a quién compete la facultad de determinar tal competencia? Ciertamente que a la misma comunidad y ante la cual debe de aplanarse la voluntad particular de cualquier Estado en discordia.

Expuestos ya tales conceptos pasamos al caso concreto de la soberanía pontificia.

2ª.- Soberanía espiritual pontificia.

Ya en los capítulos anteriores hemos dejado entrever la existencia de un poder espiritual pontificio que es el que ha dotado a la Iglesia de tan enorme poderío extendido por todo el mundo. Se trata de la soberanía espiritual de los Papas, - de una soberanía singular, única y privativa de los Pontífices, de institución divina, de campo de acción universal sin frontera alguna que la detenga y con una misión elevadísima: la salvación de las almas. En breves palabras: nuestra Iglesia - goza de una soberanía espiritual única, privilegio propio, basado no en un tratado o concordato sino en motivos jurídicos y sociológicos permanentes de más anciano origen; creada esta soberanía por Nuestro Señor Jesucristo ha prevalecido a lo largo de los siglos cumpliendo la misión por El impuesta.

Recordemos sobre su origen las palabras del Señor: "Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam. Et tibi dabo claves regni coelorum; et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in coelis" (1) "Tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia Y a ti daré las llaves del Reino de los Cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los Cielos". De tales palabras se desprende la institución divina de la soberanía espiritual conferida -

en la persona de San Pedro como primer Pontífice de la Iglesia Católica, la cual pasará a manos de sus sucesores a los que los católicos reconocerán plena potestad sobre la Iglesia. Este derecho de los Papas se traduce en legislación, en el Canon 218 del Codex Iuris Canonici que dice "El Romano Pontífice, sucesor de San Pedro en el Primado tiene no solamente el primado de honor, sino también suprema y plena potestad sobre toda la Iglesia, así en las cosas que se refieren a la fe y costumbre como en las que al orden a la disciplina y régimen de la Iglesia, - difundida por todo el orbe".

Es pues innegable existencia de la soberanía pontificia reafirmada por la realidad con la prueba irrefutable, de la actitud de los Estados respecto a la Santa Sede en 1870, que pone de manifiesto el enorme valor de la misma, cuando al haber pedido su soberanía temporal la Iglesia, continúan no obstante sus relaciones con el Papa. Incluso la misma Ley de Garantías la reconocía los derechos y las prerrogativas de los soberanos como consecuencia de su soberanía espiritual que no podía ser negada.

¿Como explicaríamos si no la existencia del reconocimiento del derecho de procedencia a los representantes apostólicos concediendo a sus Encargados el privilegio de constituirse en decanos del Cuerpo diplomático?. ¿Podríamos alegar algún motivo especial que se ha venido observando en los Estados católicos y aún no católicos y que fue respetada por el Reglamento de Viena de 1815 en su artículo 4º, no puede ser más que una consecuencia de la soberanía espiritual pontificia.

Existe pues una soberanía espiritual privativa de los Pontífices que la vienen ejerciendo desde los más primitivos tiempos de la constitución de la Iglesia.

Admitida ésta pasemos a estudiar la naturaleza de la misma. Al hablar anteriormente de la soberanía expuse que ésta era el derecho de decidir en última instancia, ¿Sobre quien

(1).- San Mateo XVI y siguiente.

se ejercerá en el caso especial de soberanía pontificia? Oigámonos sobre las personas, sin afectar al territorio como ocurre en las soberanías estatales. Este último elemento será elemento de de las soberanías temporales de los Estados, el que servirá para marcar los límites de un Estado, las fronteras hasta donde llegue su poderío.

La soberanía espiritual podemos afirmar, pues, que se ejerce sobre todos los súbditos miembros de la Iglesia Católica y profesantes de su fé. Bajo este aspecto el Papa será obedecido no como el jefe del Estado, que se añade en cuanto al orden político, sino como el supremo soberano de un enorme grupo de trecientos millones de individuos que forman una institución antiquísima, superior a la de todo Estado y sobre los que ejerce su soberanía espiritual.

El concepto de soberanía es pues comparable en el Estado y en la Iglesia; en ambos sus límites aparecen en los principios superiores de la moral y del derecho. Solo se diferenciarán en lo dicho, como consecuencia de sus misiones a cumplir, que son distintas según expusimos al tratar de la independencia de la Iglesia, y en cuanto a la extensión de sus respectivas soberanías que aparecen limitadas por fronteras en los Estados mientras que en la Iglesia la universalidad se manifiesta. (1).

En resumen decimos y opinamos que el Papa es y ha sido siempre el jefe supremo de la Iglesia, reuniendo en su persona todos los poderes en grado sumo e insuperable y es aquí donde podemos precisamente declarar que la soberanía espiritual de los Papas conserva el absolutismo antiguo que por el contrario perdieron los gobiernos temporales, consecuencia del peligro que implicaba el abuso de sus jefes en el ejercicio de su poder y de la desconfianza originada por tal motivo, del pueblo en sus gobernantes a lo que ponen límite con la división de los poderes. Pero en los súbditos de la Iglesia no se da la desconfianza hacia su Jefe supremo pues están seguros de que el Papa

(1).-- Véase sobre soberanía en cuanto a sus relaciones al territorio Frickler "Gebiet und Gebietshoheit" Tübingen 1910. Laband "Staatsrecht des Deutschen Reichs" Vol. I París 1900.

no llegará al abuso en el ejercicio de una misión más alta - que la puramente terrenal, y es por ello que él ejerce, al menos en grado supremo e inapelable los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, que hacen de él el perfecto soberano.

En cuanto a la explicación de la existencia de esta soberanía espiritual el profesor Louis Le Fur nos dice "hoy que las inteligencias no se encuentran mas turbadas por la falsa noción de una soberanía indivisible o ilimitada y que nadie toma ya en serio la afirmación de un poder o de una Cámara necesariamente única, en virtud de la unidad de la soberanía, estas cosas se han hecho más fáciles de comprender que como lo eran en el siglo último. El inmenso desarrollo de la forma federal que se extiende ahora a más de la mitad del mundo civilizado, ha contribuido igualmente a acostumbrar a las mentalidades a este reparto de la soberanía. Porque es evidente que en el Estado federal hay un reparto del poder estatal, efectuado, no ya sobre un plano de funciones o atribuciones, como en el Estado unitario, sino sobre el plan territorial. Y si se pretende únicamente, con los partidarios de la indivisibilidad de la soberanía, que tal reparto no es más que en cuanto al ejercicio de la soberanía y no en cuanto a su substancia, hay que responder entre estas dos concepciones; allí donde los Estados miembros poseen tal derecho garantizado por la constitución federal, constitución aceptada por ellos y que no puede sobre este punto ser reformada sin el asentimiento unánime, no se ve con claridad en que la extensión de su derecho pueda ser señalada sobre este punto dado".

Este error de la indivisibilidad de la soberanía descansa sobre la misma confusión relativa a su concepción; se la concibe como un bloque de atribuciones infraccionable, - todo lo que entra en el poder del Estado ingrangible y que no podrá ser fraccionado sin implicar atentado a la unidad del Estado, - no como la simple cualidad que ella es en realidad, el derecho de decidir en última instancia sobre un punto dado. - La soberanía, siendo una cualidad de poder no puede ser sometida más que por una autoridad como la inteligencia, la habilidad o toda otra cualquier cualidad; ella viene a unirse

a un poder constituido para caracterizar, aquel que sobre un punto determinado, es el más elevado, no depende de ningún otro y lo es todo. Y así todo se explica, toda antinomia desaparece entre el Estado federal y el Estado miembro, protector y Estado protegido, hoy Estado soberano y Sociedad de las Naciones, todos investidos de ciertos derechos de soberanía, no obstante la teoría arbitraria que quiere hacer de esta última un bloque infranqueable, un todo indivisible por naturaleza.

"Y si nada se opone a la división del poder, aún dentro del mismo Estado a fortiori esta misma división puede y debe existir cuando se trata de poderes de orden distinto. El Estado hoy se da perfecta cuenta de que el ejercicio del poder espiritual no constituye su cometido, que una moral no es más la obra de una mayoría en una democracia, que la voluntad del rey en una monarquía; él es el primero en proclamarse un organismo laico. No existe sociedad que pueda pasarse sin la moral y para la inmensa masa de los hombres esta última, por sí misma tiene como fundamento a la religión; el derecho positivo requiere a su vez de esta moral como su única base asegurada..... y como una directiva necesaria; con las atribuciones nacionales y la economía política la moral constituye una de las tres bases del derecho. Porque no es evidentemente el Estado el que ha creado la moral o la religión, ni tampoco la historia ni la economía política; su única función consiste en asegurar el respeto de sus reglas esenciales que constituyen el orden público de las Naciones civilizadas" (1).

Y finalmente la exposición de la soberanía espiritual por típicia diré que esta es independiente del ejercicio de las soberanías estatales, que su función es totalmente distinta, según expuse en los primeros capítulos de este trabajo y que no puede hallarse sometida a autoridad estatal alguna desde el momento en que su fin constituye la más alta misión en el mundo: la salvación de las almas.

Por último el Papa en el ejercicio de su soberanía espiritual no debe ser considerado como un monarca extranjero, pues (1).- *Le Par le Saint Siège et le Droit Canon*, pag. 196, 197 y 198 Sirey 1930

no regenta una nación sino, por motivo de su especial misión, - como soberano interno con arreglo al acertado criterio de Bruni ("para los católicos es un Papa francés, se alinea con los católicos alemanes, se austriaco con los católicos austriacos") (1)

3º.- Soberanía temporal de los Papas.

Quedando ya expuesta la consideración de la soberanía espiritual pontificia como la esencial en la alta misión de la Iglesia, aparece a nosotros como problema inmediato el estudio de su necesidad o secundaria "La soberanía temporal de los Papas" Su existencia no obstante su carácter de accesoriadad es indispensable, o por lo menos enormemente útil, desde el momento en que constituye un mejor medio de que los Pontífices se sirvan para exteriorizar su ministerio espiritual pontificio, a la par que al encontrarse en ella la garantía que asegura una mejor libertad e independencia en el desempeño de la más alta misión en el mundo, que a ellos ha sido encomendada por Nuestro Señor Jesucristo, hace que aumente la importancia.

La Iglesia, sin embargo, no está necesitada en un sentido absoluto de poder temporal, que es en cambio imprescindible a los Estados para subsistir como independientes.

A mi modo de ver y hasta cierto punto la necesidad de la existencia de un poder temporal pontificio es comparable a la necesidad que tienen las representaciones diplomáticas de rodearse de las prerrogativas (inviolabilidad, extraterritorialidad, etc) que les hace considerarse, como en su propio territorio, - libres de toda influencia extranjera que les permita la máxima independencia y libertad de acción. Tal poder debe ser pues la base de una mayor independencia sin que en caso alguno deba ser empleada como arma de violencia para apoyar la espiritual soberanía eclesiástica.

Durante la mayor parte de su vida los Pontífices han disfrutado de soberanía temporal al reunir bajo ellos territorios propios que incluso en ocasiones revistieron a la Santa Sede

(1).-- Discurso en la Cámara de 9 de Noviembre de 1.906

de poderoso Estado; tenía con ello su independencia doblemente asegurada a la par que su ministerio espiritual aparecía rodeado de una mayor libertad y garantía. Sin embargo este poderio temporal en múltiples ocasiones le había de ser arrebatado como consecuencia de la ambición de los otros soberanos, incluso católicos, que no reparan en atacar al jefe de su propia religión, con el fin de aumentar su poderio. En algunas ocasiones, sin embargo, los Pontífices lograrán reivindicar sus territorios movidos, no por un espíritu de ambición propia de monarcas terrenales, sino por la causa de la libertad e independencia de la Iglesia. En 1870 se ha cometido la última expoliación ya por nosotros estudiada, y únicamente en el año 29 del siglo XX el Papa se ha visto restituído en su poder temporal, no con sus territorios, que poseía en el momento de ser despojado, - sino solo con 44 hectáreas, que él estima como las suficientes e indispensables al sosten de la soberanía espiritual.

Ha quedado por fin, resuelto el conflicto italo-pontificio mediante el Tratado de Letrán, que dispone reconocer la soberanía temporal expresamente: "Italia reconoce la soberanía de la Santa Sede en el dominio internacional como atributo inherente a su naturaleza en conformidad con su tradición y con las exigencias de su misión en el mundo" (art. 2º). Se constituye en virtud de este tratado un Estado minúsculo en el que los Papas tienen "plena propiedad, poder exclusivo y jurisdicción absoluta". El Pontífice ha quedado con ello colocado como el único soberano en el mundo que tiene entera propiedad sobre su territorio. Por la firma del Tratado de Letrán el Papa se nos presenta pues doblemente soberano al reunir en su persona la soberanía espiritual de institución divina y la soberanía temporal sobre el Estado Vaticano, reconocida por Italia expresamente; el usufructo de aquellos suelos que mencionaba la Ley de Garantías se ha convertido después de más de medio siglo en una plena y entera propiedad, que vendrá a reforzar la independencia y personalidad de la Iglesia; la Cuestión Romana ha desaparecido por fin con la mayor fortuna para los católicos. En definitiva se ha creado pues un Estado minúsculo que al conceder soberanía temporal al Papa ha puesto en manos de la Iglesia

el medio de que se valdrá para ponerse en contacto con los súbditos que a ella obedecen a quienes podrá ofrecer las garantías de una independencia necesaria.

Y por último recordemos las palabras del Papa sobre el Tratado, que son por sí solas el mejor comentario que se podría hacer sobre la cuestión que nos ocupa: "Un tratado destinado a reconocer y, en tanto sea posible a los hombres, a asegurar a la Santa Sede una verdadera y real soberanía territorial; soberanía que, evidentemente, es debida de toda necesidad de aquél que en razón del divino mandato, del divino vicario de que está investido, no puede ser sujeto de ninguna otra soberanía terrenal". Y continúa posteriormente diciendo "puesto que una soberanía territorial cual quiera es la condición reconocida universalmente como indispensable a toda verdadera soberanía de jurisdicción, basta falta pues al menos la cantidad territorial suficiente para soportar la soberanía misma, la cantidad de territorios sin la cual la soberanía no podía subsistir a falta de tener sobre que apoyarse. Aparece claro, esperamos que para todos, que el Soberano Pontífice no tiene verdaderamente más que la cantidad de territorio material, indispensable para el ejercicio de un poder espiritual confiado a hombres para bien de los hombres. No nos forcemos pues a decir que Nosotros nos complacemos de que ello sea así. Nos satisface ver el territorio reducido a tan mínimas proporciones que pueda y deba el mismo ser considerado como espiritualizado por la inmensa, sublime, y verdaderamente divina soberanía espiritual que está destinada a sostener" (1).

(1).— La Documentación Católica de 23 de Febrero de 1929 pag. 466 y siguiente.

**EL TRATADO DE LETRAN EN LO RELATIVO A LA PERSONALIDAD
INTERNACIONAL Y A LA SOBERANIA PONTIFICIA.**

- 1º.- El Tratado de Letrán en lo relativo a la personalidad internacional y a la soberanía pontificia.
- 2º.- La independencia pontificia solo aparece asegurada por garantías morales.
- 3º.- Ex men de las mismas en cuanto a los Estados en general.
- 4º.- Exposición de las relativas a Italia.

**EL TRATADO DE LETRÁN EN LO RELATIVO A LA PERSONALIDAD
INTERNACIONAL Y A LA SOBERANÍA PONTIFICIA.**

**1º.- El Tratado de Letrán en lo relativo a la personalidad -
internacional y a la soberanía pontificia.**

El conflicto de la "Cuestión Romana" acaba por fin felizmente al firmarse el Tratado de Letrán en 11 de Febrero de 1929. En virtud de dichos acuerdos, un tratado seguido de cuatro, anexos de los cuales el último es relativo a la dotación financiera y un concordato, la soberanía territorial de la Santa Sede, desaparecida durante más de medio siglo, surge de nuevo al reconocersele al Papa un territorio muy reducido que será sin embargo el necesario para poder ser considerado como verdadero jefe de un Estado independiente.

Con ello el Romano Pontífice es doblemente soberano: lo que era ya espiritualmente al ser Vicario de Cristo en la Iglesia Católica y lo será ahora además temporalmente al constituirse en la jefatura del minúsculo Estado que Italia le acaba de reconocer.

Se había pues llegado al punto de ver como indispensable la creación de una soberanía territorial a los Papas a la par que necesaria la readaptación de las relaciones diplomáticas con Italia. Su consecuencia sería el Tratado de Letrán.

En el preámbulo se dice así:

En el nombre de la Muy Santísima Trinidad.

Considerando:

Que la Santa Sede e Italia han reconocido que convenía borrar toda causa de diferencia existente entre ellos y llegar a una regulación definitiva de sus relaciones recíprocas que sea conforme a la justicia y a la dignidad de las dos Altas Partes contratantes y que, asegurando a la Santa Sede de modo estable una situación de hecho y de derecho, que la garantice independencia absoluta en el cumplimiento de su alta misión en el mundo y la permita reconocer como resuelta

de modo definitivo e irrevocable la Cuestión Romana nacida en 1870 de la anexión de Roma al Reino de Italia bajo la dinastía de la Casa de Saboya*.

"Que hace falta, para asegurar a la Santa Sede independencia absoluta y visible, garantizarla una soberanía indiscutible aún en el dominio internacional y como consecuencia aparece la necesidad de constituir con modalidades particulares la Ciudad del Vaticano, reconociendo a la Santa Sede sobre este territorio plena propiedad, poder exclusivo y jurisdicción soberana*.

"Su Santidad el Soberano Pontífice Pío XI y Su Majestad Víctor Manuel, rey de Italia, han resuelto estipular un tratado, nombrando a este efecto dos plenipotenciarios, es decir, por Su Santidad, Su Eminencia Reverendísima el Cardenal Pedro Gasparri, su secretario de Estado y por Su Majestad, Su Excelencia el caballero Benito Mussolini, primer ministro y jefe del gobierno; los cuales habiendo cambiado sus plenos poderes respectivos y habiéndolos hallado en buena y debida forma, e convienen los artículos siguientes*:

Como consecuencia de ello se dispone en el artículo 2º que "Italia reconoce la soberanía de la Santa Sede en el dominio internacional como atributo inherente a su naturaleza en conformidad con su tradición y con las exigencias de su misión en el mundo" y en el artículo 3º párrafo 1º que "Italia reconoce a la Santa Sede la plena propiedad, el poder exclusivo y absoluto y la jurisdicción soberana sobre el Vaticano como está actualmente constituido con todas sus dependencias y dotaciones, creando de tal suerte la Ciudad del Vaticano -- para los fines especiales y con las modalidades que contiene el presente tratado. Los límites de dicha Ciudad están indicados sobre el plano que constituye el anexo 1º de dicho tratado, del que forma parte integrante*.

Queda pues por ello derogada la Ley de Garantías del año 1871 y se da por terminada la "Cuestión Romana" reconociéndose recíprocamente las soberanías plenas las partes contratantes y declarando la Santa Sede que "ha asegurado de un modo adecuado todo lo que hace falta para vivir con libertad

e independencia necesaria del gobierno pastoral de la diócesis de Roma y de la Iglesia Católica en Italia y en el mundo". - (art. 26)

En resumen: El Tratado de Letrán firmado en el año 1929 ha restablecido después de 59 años de anormalidad la soberanía temporal de la Santa Sede. Ello, sin embargo, no ha modificado, como algunos autores quieren ver, prácticamente en casi nada la situación de hecho de la Santa Sede, que durante el tiempo que corre la cuestión romana había continuado ejerciendo su misión o incluso relacionándose con los Estados que cerca de ella mantenían sus representantes diplomáticos. Italia por su parte estaba solo interesada y deseosa de terminar con el largo conflicto y reanudar sus relaciones con la Santa Sede, pero no de modificar en lo más mínimo el aspecto citado que tal vez le podría ocasionar nuevos disturbios evitando así a la vez todo obstáculo en el reconocimiento de la personalidad internacional pontificia.

Después del Tratado de Letrán, la soberanía territorial del Papa no será en realidad para él más que el simple medio de exteriorizarse una garantía que para el buen ejercicio de aquella no diré sea la sola que cuenta, pero sí la única esencial, la soberanía espiritual. Así de este modo podemos concebir como razonable la actitud del Papa al declararse neutral en conflictos internacionales y contentarse con un territorio ínfimo, con tal de que haya un rincón de tierra donde él sea - único soberano, donde él encuentre la seguridad necesaria al ejercicio de su ministerio espiritual, necesidad esta que incluso es admitida por el Duce Mussolini en su discurso de 10 de Marzo en el que al explicar las razones que le impulsaron a obrar, declara que reconoció lealmente "la soberanía de la Santa Sede como consecuencia de su convicción de que el jefe supremo de una religión católica no puede ser sujeto de - ningún Estado".

2ª .- La independencia pontificia solo aparece asegurada por garantías morales.

El Tratado de Letrán ha creado el Estado de la Ciudad del Vaticano; pero es este tan reducido que carecería de suficiente fuerza para su más elemental defensa. ¿Cuáles son entonces las garantías de que se puede rodear la Santa Sede para defender su independencia y su soberanía?

Las nuevas condiciones en que restablece de nuevo la soberanía temporal del Romano Pontífice exigen evidentemente - una compensación adecuada de las garantías naturales que a una independencia efectiva prestan Estados más o menos poderosos. No se puede negar que son más independientes en sus poderes y actividades, aún cuando el derecho internacional establezca - la igualdad jurídica, complicadas disposiciones internacionales, lo ha perdido en el respeto debido a las pequeñas soberanías. Sin embargo el espectáculo que ofrecen las modernas naciones, acumulando fuerzas de defensa y ataque, no obstante sus clamores de desarme, modios económicos e industriales, colonias, bases de nuevas fuentes de riqueza, contrasta con el que nos ofrece el Romano Pontífice en el momento de firmarse el Tratado de Letrán, confiando su independencia y su poder en el ambiente cristiano de benevolencia y en la fe de ver - cumplido su deseo ante el acuerdo con Italia, que rinde así - el alto homenaje a la soberanía espiritual pontificia al aceptar como propios los principios y las leyes del Derecho Canónico para regular las relaciones entre la Iglesia y el Estado renunciando a la vieja fórmula liberal de Cavour: "La Iglesia libre en el Estado Libre" y declarando públicamente por boca de Mussolini el deseo de ver su península transformada en la Italia a que se aspira en los Acuerdos de Letrán

Pero entrando de lleno en el problema de las garantías podemos afirmar ante todo la no existencia de garantía jurídica alguna. Examinemos detenidamente artículo por artículo - el contenido íntegro del Tratado de Letrán, y veremos como en

Si no aparece disposición alguna elaborada en tal sentido. Italia era el Estado indicado para tomar tales medidas de seguridad respecto del nuevo Estado por ella creado en el corazón de su territorio, pero, sin embargo, no adopta disposición en dicha materia, obediendo tal vez a que si se comprometiese expresamente a defender y tutelar la soberanía pontificia y su independencia, habría tenido que exigir de la Santa Sede un perfecto control de la actividad externa de la misma, cosa que no aceptaría el Papa desde el momento en que ello iría en menoscabo de su propia soberanía.

Además el Pontífice no exigió nunca tales garantías; se consideraba sobradamente seguro en su independencia con las garantías morales resultantes de la fuerza misma de las cosas: - carácter especial de la Santa Sede, su pequeña extensión, su situación en territorio italiano, etc.,... y estimaba innecesarias las propiamente jurídicas. Así se expresó Pío XI, en su discurso de respuesta a la felicitación hecha por el Sr. Magalhães Azeredo en nombre del Cuerpo Diplomático: "la garantía jurídica es aquella que el antiguo y solemne lenguaje del derecho traducía por defensa, tutela: defensio tutela. ¿Defensio....? ¿defensa contra el enemigo o contra el insolvente? ¿Contra el enemigo? Pero Nosotros no somos enemigos de nadie y no creemos tener otros enemigos que los de la verdad y del bien. ¿Defensa contra el insolvente? Pero nosotros hemos creído en la lealtad y en la perseverante buena voluntad de los que se han mostrado desearnos y dispuestos de tratar".

"Si no defensa ¿tutela? Pero Nosotros no podríamos tampoco aceptarla. Y sea defensa, sea tutela, ¿cómo podríamos imponer a otros tales responsabilidades?"

Estas palabras y el examen del texto del Tratado de Letrán nos prueban, pues, que no se debe garantía jurídica alguna. Estudiemos entonces las morales que por el contrario aparecen en gran número, previa clasificación en relativas a los Estados en general y relativas a Italia; y dentro de cada una de ellas, relativas a la soberanía espiritual y relativas a la soberanía temporal.

3ª.- Examen de las mismas en cuanto a los Estados en general.

En cuanto a la soberanía espiritual, la Santa Sede aparece rodeada de mayor garantía que en ningún otro momento de su existencia, ya que los Estados modernos no buscan hoy en día, como en tiempos anteriores reunir, bajo su soberanía ordinaria, la espiritual de los Papas.

A ello ha contribuido la lenta pero constante evolución del concepto de soberanía, que en estos tiempos modernos ha perdido sus antiguos caracteres de absoluta, ilimitada e indivisible, apareciendo por el contrario el fraccionamiento del poder, que tanto ha llegado a cuajar en los Estados federales "Nadie hoy en día" nos dice Le Fur "puede afirmar la soberanía exclusiva de la Santa Sede como lo hicieron tal vez en el siglo XIII algunos Papas, en nombre del poder indirecto y mismo directo; es hoy, nosotros lo hemos visto, una opinión expresamente condenada por los últimos Papas León XIII y Pío XI especialmente; y el Estado moderno, que es el primero en llamarse laico, no puede pretender el tener una soberanía a la vez jurídica y política de un lado, moral y religiosa de otro" (1).

Aún más los Estados modernos actuales, que como decía Le Fur, son los primeros en llamarse laicos, no aparecen interesados como antiguamente en desarrollar sus actividades en el sentido de apoderarse de una soberanía pontificia, cuando incluso ésta puede más bien que favorecerles, perjudicarles, desde el momento que las ventajas serían pocas mientras que, por el contrario, los perjuicios serían muchos, ya que la opinión católica, por entero, se volcaría sobre los violadores del poderío espiritual.

Por último ningún Estado podrá consentir una violación de tal género, y no me refiero aquí a los Estados católicos en general, sino a la mayoría de las sociedades estatales, que cuentan entre sus súbditos a individuos creyentes en la religión católica por reducidos en número que estos sean.

En cuanto a la soberanía temporal son múltiples las garantías que la rodean.

En primer lugar aparece a los Estados la dificultad de encontrar el motivo de declaración de guerra, que la Santa See de difícilmente puede proporcionarles desde el momento en que desarrolla su actividad internacional en el mundo en un sentido de función pacificadora y de máxima neutralidad según se expresa en el Tratado de Letrán que dice "que quiere permanecer y permanecerá neutral a todas las querellas temporales" declarándose en el último párrafo del mismo artículo la neutralidad e inviolabilidad del territorio pontificio. Sobre este punto - no insistimos por hacerlo con posterioridad al tratar de la - actividad internacional de la Santa Sede.

En segundo lugar se nos presenta como garantía de la base territorial pontificia su situación en el territorio italia no, lo cual constituye enorme obstáculo que aparece en el cami no de los que a ella pretenden llegar. Solo por dos medios se puede realizar este objetivo: logrando la autorización de Ita lia, que es casi imposible obtener, por suponer ello el paso de fuerzas armadas por sus propios suelos y convertirla a ella en cómplice de una violación que como nación católica le inte resar evitar; o declarándola la guerra lo que habrían de mirar antes mucho por suponer ello una lucha con la poderosa potencia tan encumbrada por la enorme decisión italiana del fascismo.

Y por último y como una de las más fuertes garantías apa rece la reducida extensión del territorio pontificio, que no - es causa suficiente para mover la ambición de Estado alguno. - Es la debilidad de la Santa Sede lo que constituye su propia - fuerza moral. Así le decía Montalembert: "El Papa tiene una - fuerza moral, un imperio sobre las conciencias, sobre las almas sobre el cual no podeis tener ninguna pretensión; vosotros lo - negais, negais el imperio de la autoridad pontificia sobre las almas, este imperio que ha dado cuenta de los más soberbios emperadores. Bien sea así. Hay una cosa que no podeis negar, es la debilidad de la Santa Sede. Pues bien sabedlo, esta debili dad misma es la que constituyo su fuerza indispensable. No hay en la historia del mundo espectáculo más grande y consolador que las dificultades de la fuerza en la lucha con la debilidad"

Igualmente se manifestaba Mussolini: "La Ciudad del Vaticano está defendida por su exigüidad; nunca fue prueba de valor atacar a un Estado minúsculo; sería por el contrario un mérito defenderla" (2).

4º .- Exposición de las relativas a Italia.

Ante todo son aplicables a Italia la generalidad de las garantías que acabo de exponer; las que a continuación expongo son pues únicamente privativas de la nación pactante con la - Santa Sede:

En cuanto a la soberanía espiritual creen algunos ver - la posibilidad de una violación por parte de Italia por encontrarse esta en condiciones inmejorables para llevarla a cabo: su situación en el interior del reino italiano, la existencia de numerosos funcionarios pontificios italianos, de Cardenales de la misma nacionalidad que forman parte del Sacro Colegio, y aún mismo de los Romanos Pontífices que en su mayoría son oriundos de Italia. Con tales condiciones, dicen, es más fácil al - Gobierno fascista que ~~ningún~~ otro Estado el apoderarse del poderío espiritual pontificio o cuando menos de influir en la política de los Papas, ya que no sería difícil recordar a los que la dirigen sus ideales de patriota que antepondrán ante todo.

Esto me parece absurdo. En primer lugar no es de extrañar que los miembros pontificios incluso Cardenales y aún Papas sean italianos: lo extraño sería que fuesen alemanes o ingleses. ¿No ha sido acaso Italia, además de ser cuna del catolicismo, juntamente con España, la nación que ha trabajado y luchado con más ardor por la causa de la religión católica?. Pues justamente - por ello, por ser nación católica por excelencia, no hay tal - anomalía en este problema. En segundo lugar es indigno y - falso decir que el Papa, teniendo la más alta misión que desempeñar en el mundo, pueda, por patriota que sea, proponer y acoplar la soberanía espiritual a los intereses de su nación; en

(1).- Dupanloup. La Souveranité pontificale. Pag. 270 Paris 1860

(2).- Exposición de motivos del proyecto de la Ley de ratificación de los acuerdos.

su mente no hay lugar para las mezquindades de los soberanos terrestres. Esto en cuanto a las condiciones favorables que dicen en que se encuentra Italia, ya que en cuanto a la violación bastaría con decir que además de las garantías generales mencionadas anteriormente está por encima de todo el sentimiento de la nación italiana que es por excelencia de los más católicos del orbe entero y que se proclamaría en contra de ella.

Rechazada tan absurda tesis, añadiremos que a todo ello se une el miedo de Italia a una posible variación de la residencia de los Papas. La Santa Sede se halla situada por tradición en el territorio italiano; sin embargo se han planteado ya serios problemas que han revestido su mayor gravedad en el momento en el que los Pontífices han dejado entrever sus deseos de variar la sede pontificia. Recapacitemos a que punto se llegaría si ya no se viese privada de soberanía temporal solamente, sino atacada su soberanía espiritual por los monarcas italianos; lo que perdería Roma con la salida del Papa; solo esta y única idea paralizaría totalmente toda violación (1)

Y aún más que beneficios disfrutaría Italia con llevar tal violación a cabo?. Pero aun cuando lograse alguno ¿no quedarían ciertamente borrados con los perjuicios que ello le llevaría inherentes?. He aquí uno de los frenos que Italia siempre contendrá que se aumentaría enormemente con la posición que los países habían de adoptar frente a la violadora del poder espiritual pontificio.

En cuanto a las garantías de que rodea la soberanía temporal, diré que en primer lugar, el atacarla supondría a Italia la dificultad enorme de volverse a encontrar de lleno con un nuevo comienzo del problema que durante más de medio siglo había embargado por completo su mente.

En segundo lugar se nos presenta el ya citado motivo al hablar de los Estados en general, en el artículo 24 del Tratado, que en el caso especial de Italia reviste mayor importancia desde el momento en que el Tratado de Letrán es obra exclusiva

(1) .-Durante el período de la Cuestión Romana Alfonso XIII ofreció al Papa el Monasterio de "El Escorial" para residencia pontificia.

de ella y la Santa Sede, y en él se declara precisamente la - neutralidad e inviolabilidad del territorio pontificio; y una mos a ello las palabras de Mussolini que por sí solas dicen b bastante: "Y más, la Ciudad del Vaticano se declara y nosotros la declaramos, pues el texto lleva también la firma del Gobierno italiano, territorio neutro o inviolable. Es evidente que nos otros seremos los garantizadores de esta neutralidad y de esta inviolabilidad, pues si alguien quisiese atacarla, debería atravesar antes nuestro territorio" (1). Y por último añadamos la - posibilidad de la variación que podría implicar una nueva expoliación de la sede pontificia.

¿Trataría Italia por todo ello de apoderarse de cuarenta y cuatro hectáreas de suelo, atrayéndose las antipatías de los Estados violando sus propios tratados ?. ¿Y aún así no sería - echarse ~~terro~~ a los ojos el no observar un Tratado que tanto - beneficio contiene para la misma?.

(1).- Discurso del 13 de Mayo de 1929 en la Cámara de los Diputados.

ACTIVIDAD INTERNACIONAL PONTIFICIA.

- 1º.- Consideración de la personalidad internacional pontificia
- 2º.- Su actualidad en el orden jurídico internacional.
- 3º.- Su derecho a la representación diplomática.

ACTIVIDAD INTERNACIONAL PONTIFICIA

1º.- Consideración de la personalidad internacional pontificia

La Santa Sede es hoy verdadera persona del derecho internacional y ya sin discusión alguna, desde el momento en que la Cuestión Romana ha desaparecido al crear el Tratado de Letrán un poderío temporal que constituye al Papa en soberano del minúsculo Estado del Vaticano con "plena propiedad, poder exclusivo y absoluto y jurisdicción soberana". No cabe ya pues hoy negar personalidad internacional a la Santa Sede desde ningún punto de vista: El Papa ahora es un doble soberano espiritual y temporal, claro que esta última soberanía la ejerce sobre un Estado cuya naturaleza jurídica es totalmente especial y diferente de la de los demás Estados, pero al fin y al cabo no se puede afirmar que no sea una sociedad estatal.

Antes de comenzar el estudio de la actividad de la Santa Sede en el orden jurídico internacional, quiero insistir una vez más sobre el problema, ya tan tratado, de la personalidad internacional pontificia, que es, como ya he expuesto tantas veces, la consecuencia de la soberanía espiritual y no de la soberanía temporal que solo constituye el medio accesorio de exteriorizarse y garantizarse el ministerio espiritual pontificio. ¿A que atribuir ahora sino después de la firma del Tratado, la gran diferencia entre la enorme importancia en el mundo entero de la Santa Sede y el pequeño Estado sobre el que se asienta? El Papa, tenemos pues que admitir, es un soberano, asimilable incluso hasta cierto punto a los demás jefes estatales, no obstante la especial naturaleza jurídica del Estado del Vaticano pero su soberanía es totalmente distinta; es una soberanía de orden espiritual, por el contrario de la temporal de estos últimos, que no ha sido creada por ningún tratado. y menos por el de Letrán, ello ya existía muy anteriormente a tales acuerdos y subsistirá aunque ellos desapareciesen. La única obra del Tratado de 11 de Febrero ha sido el otorgar a los Papas un poderío temporal que será utilizado por ellos como me-

dio de necesaria exteriorización y garantía del ministerio pontificio. La soberanía de los Papas, no puede decirse por ello que sea política; ello no desarrollan su actividad, como a continuación veremos, en el sentido que la generalidad de los Estados lo hacen, sino que por el contrario solo pretenden ser los más fieles cumplidores de la misión confiada por Cristo y si en ocasiones han reivindicado sus territorios o parte de ellos siempre lo han hecho movidos por los motivos de la independencia necesaria del ministerio espiritual de la Iglesia. Las relaciones pues que entre el Papa y los demás soberanos se dan, no deberíamos denominarlas interestatales ni internacionales, sino más bien calificarlas de simples relaciones intersoberanas, añadiendo que en el desempeño de su función y en el uso de las relaciones intersoberanas el Papa debe ser considerado no como un soberano extranjero, ya que no es representante de una sociedad estatal política, sino como un soberano interno por motivo de la misión especialísima que desarrolla.

2º.- Su actividad en el orden jurídico internacional

No es de extrañar, con lo expuesto, que la actividad internacional de la Santa Sede como consecuencia de su soberanía espiritual, se manifieste en el orden jurídico externo en el sentido de desarrollar una función pacificadora, contribuyendo con su máximo esfuerzo al mantenimiento del orden en el mundo entero. Tal función ha sido siempre característica de la Santa Sede que la ha desempeñado desde los más primitivos tiempos de la historia, hasta los últimos momentos de nuestra actualidad. Recordemos solamente por vía de ejemplo: la célebre controversia entre España y Alemania sobre las islas Carolinas tan felizmente resuelta por el Papa León XIII; la elección en 1905 del Papa Pío X, que por medio de una representante diplomático pontificio habría de presidir las dos comisiones de arbitraje que regularían las diferencias entre el Perú, Bolivia y Brasil sobre el pequeño territorio de Acre de 497 kilómetros de extensión su constante labor en este sentido duran

te la Gran Guerra europea, que fue una de las más duras tareas de la Iglesia solo deseosa de encauzar por el sendero de la paz las ideas opuestas de los beligerantes y de dulcificar sus odios, etc

Y por último, aún en los tiempos actuales, no obstante - la creación de la Sociedad de Naciones, continua la Santa Sede su fin pacificador, condenando la guerra y procurando resolver todo conflicto internacional aunque con más reducida capacidad que antes; solo en el caso que las partes contendientes hacen acorde apelación a su misión de paz, reservándose en todo caso el hacer valer su poderío espiritual y moral.

Lo que acabo de exponer nos trae a un primer plano otro problema; el del artículo 24 del Tratado de Letrán, en el que se dice que la Santa Sede quiere permanecer y permanecerá neutral a todas las querellas temporales entre los Estados y las reuniones internacionales convocadas para tal objeto, a menos que las partes contendientes hagan acorde apelación a su misión de paz reservándose en todo caso el hacer valer su potestad no ral y espiritual.

Esta neutralidad de que habla el artículo 24 implica una renuncia a la vida interestatal, renuncia que no es una imposición sino el simple resultado de la voluntad pontificia al - estimar que su actividad, consecuencia de su personalidad inter nacional especial y de su soberanía espiritual, debe dejar de lado los asuntos propios de los Estados que a ella poco pueden interesar por su reducida extensión territorial y pequeña impor tancia política internacional y encaminarse por el contrario a la realización de ideales que están más en consonancia con su - soberanía espiritual pontificia, como es la misión de paz que con tanto acierto ha venido siempre desarrollando en el mundo - entero. Logra, en cambio con su neutralidad, una enorme garan- tia moral en el desarrollo de su soberanía espiritual y en la seguridad de su independencia., borrando con creces el insigni- ficante abandono que para ella supone de una de las funciones que más caracterizan a los Estados.

La Santa Sede, en resumen, desarrolla su alta misión en el mundo por encima de todo, contribuyendo a la vez a ejercer una labor de paz que se ha propuesto llevar a cabo y que ciertamente lo ha logrado hasta ahora con más éxito que la sociedad de las Naciones, cuyos triunfos son tan contados.

Consecuencia de la función pacificadora que había venido ejerciendo la Santa Sede, creyeron la mayoría de los católicos que ella había de tener lugar apropiado en la moderna Sociedad de las Naciones, creado poco después de finalizar la Gran Guerra. Tal deducción recapacitando sobre ella un poco, descansaba, sin embargo, sobre un posible: En primer lugar a la Santa Sede se le opondría el artículo 1º del Pacto que limita la entrada de sus miembros a todo "Estado Dominio o Colonia que se gobierna libremente" y el caso de la Santa Sede sería difícil que pueda incluirse en tal artículo desde el momento en que no cabe negar la especial naturaleza jurídica del Estado Vaticano, creado como sostén indispensable de una soberanía espiritual. En segundo lugar, aun transigiendo en este defecto, aparece un nuevo inconveniente: la extensión (San Marino, Mónaco y el Principado de Liechtenstein no fueron admitidos por tal motivo); en tercer lugar se nos presenta el artículo 24 implicando en su contenido la declaración de neutralidad y la acorde apelación de las partes beligerantes para intervenir en conflictos y congresos internacionales pone en planos opuestos a la Santa Sede con la función a llevarse a cabo en la sociedad ginebrina y por último aparecen los múltiples inconvenientes que rodearían a la Santa Sede, en el caso de ser aceptada como miembro de la Sociedad de las Naciones, entre las - que figurarían las antipatías que se crearían los Papas al fallar en contra de Estados católicos en cuestiones que a ella - directamente tal vez no interesen, y el perjuicio que ello supondría a la soberanía espiritual y tal vez el desprestigio de la misión de los Pontífices ante los ojos del mundo al echacar a sus jefes y misiones los muchos defectos que la crítica implica.

El Profesor de la Universidad de París, Louis Le Fur, trata, a mi modo de ver con verdadero acierto, esta materia divi-

diendo los motivos que se oponen a la entrada de la Santa Sede en dos grupos: según se considere el asunto desde el punto de vista de los Estados y desde el punto de vista de la Santa Sede.

"Del lado de los Estados" dice "hay que señalar que el artículo 1º del Pacto limita la admisión de los nuevos miembros a todo Estado, Dominio o colonia que se gobierne libremente, Y la Santa Sede, aún después del Tratado de Letrán ¿puede ser considerada como un Estado?. Se puede decir que en este sentido - poco importa la extensión de territorio; un Estado por ser reducido no deja de ser un Estado. NO obstante aquí como en todo hay un límite a la pequeñez. Y sobre todo la verdadera soberanía del Papa es una soberanía espiritual; su naturaleza es pues bien diferente de la de los demás Estados". Continúa diciendo - que el Principado de Liechtenstein, San Marino y Monaco no fueron admitidos en la Sociedad de las Naciones, alegándoles como causa lo reducido de su extensión, aún cuando se decidiese con posterioridad que el Pacto debería ser modificado en el sentido de permitir la entrada con determinadas condiciones, y es que es necesario que los miembros de la Asamblea ginebrina sean cada cual suficiente por sí solo para mantener la independencia contra los demás Estados y reúnan a la vez cierta fuerza ya - que su actuación en la Sociedad de las Naciones no se reduce únicamente a tomar decisiones sino que implica ciertos cargos y aún a veces grandes responsabilidades.

Considerando la cuestión desde el punto de vista de la Santa Sede dice "que aún admitiendo que pueda ser considerada como un Estado verdadero ... ¿no sería para ella un error colocarse en dicho terreno? Su soberanía es ante todo espiritual... "La situación del Papa en la Sociedad de las Naciones podía ser falsa desde muchos puntos de vista" Explica a continuación que los problemas a discutir en la Sociedad de las Naciones son de naturaleza temporal, económica, territorial, etc... Desde luego que para un caso de justicia la Santa Sede está mejor calificada que ninguna, pero "el representante que dijo que su Reino no era de este mundo corre el riesgo de no encontrarse en su elemento nacional. En fin, una consideración que es más que sufi-

oientes es que si el Papa tomase parte activa en todas las decisiones correría el riesgo de dejar descontentos con frecuencia a los católicos del país contra que hubiese participado".

(1). Y volviendo sobre la neutralidad de los Papas diremos que ningún Estado normalmente habría renunciado a las prerrogativas que como sociedad estatal libre le corresponden, pero la Santa Sede constituye un caso extraordinario y su renuncia que expresamente se declara en el artículo 24 del Tratado de Letrán no tiene jurídicamente valor ninguno. La Iglesia Católica, por su especial institución y carácter, tiene que situarse en la mayor neutralidad respecto de los conflictos internacionales y es por ello que no duda en desprenderse de las prerrogativas del artículo 24, lo que en cambio le aportará una mayor garantía en cuanto a su independencia y libertad de su soberanía espiritual.

3º.- Su derecho a la representación diplomática.

En lo relativo al derecho de legación, la Santa Sede, como persona que es del derecho internacional, le corresponde el derecho de enviar y recibir agentes diplomáticos y tal prerrogativa la ha usado desde los fines de la Edad Media; al principio con el carácter de representantes encargados de asuntos temporales, hasta que las misiones se crean de modo permanente enviando entonces ella sus agentes diplomáticos a las Cortes Católicas y acreditando estas a su vez a los suyos cerca del Romano Pontífice. A partir de 1870 con la entrada de los tropas piemontesas en la Ciudad Eterna queda el Papa privado de soberanía temporal y de su territorio, pero no por ello cesa el Pontífice en su derecho de legación activo y pasivo que continuaría ejerciendo no como un jefe de Estado, pero sí como un verdadero soberano espiritual.

El reconocimiento del derecho de legación pontificio, los honores y prerrogativas de los Nuncios, su derecho de precedencia, reconocido expresamente por el Reglamento de Viena, que autoriza a los representantes del Papa a constituirse en deca-

(1).-Le Fur pag. 41, 42, y 43 Le Saint Siège et le Droit des - Gene Sirey 1930.

nos del Cuerpo Diplomático es todo ello consecuencia de la soberanía espiritual pontificia. Así lo reconoce Gines Vidal - en su Tratado de Derecho Diplomático al decir que "la preeminencia, el rango, los honores y prerrogativas de todo género que los soberanos católicos reconocieron siempre a los Nuncios y legados apostólicos del Papa, no serían, ciertamente, en atención a los pequeños Estados de soberanía temporal, cuando tanto le disputaban a otras grandes Monarquías, sino en homenaje a su alto poder espiritual que permaneció incólume después de 1870. No había motivo ninguno para cambiar la situación de la representación diplomática. Así al menos los entendemos nosotros, considerando el derecho de Embajada pontificia como legítimo atributo de la misión espiritual universal de la Santa Sede, sin que tengamos que ver en la Iglesia Católica la figura de un Estado, ni en la Santidad del Papa la de su soberano para proclamarle sin titubear". "En cuanto a los Estados que no son católicos", continúa diciendo, "nunca han admitido por regla general, la representación diplomática del Papado - aún en los tiempos en que ejercía su soberanía temporal; prueba evidente que para ellos también el carácter espiritual que desconocían en el Pontífice dominaba al temporal y lo estimaban incompatible con el ejercicio de sus funciones, dada la diversidad de creencias religiosas". (1).

En la actualidad el derecho de legación subsiste en esencia en la misma forma que el año 1870. "El Tratado de 11 de Febrero no introduce" como dice Luigi Salvatorelli "modificación alguna en lo que constituye l'echiquier político-diplomático europeo" (2) Unicamente se han aumentado las relaciones diplomáticas de aquella época a esta parte y aún en número considerable como vamos a ver.

En el momento de la expoliación por parte de Italia el Cuerpo Diplomático en la Santa Sede estaba constituido por - cuatro Embajadores de España, Francia, Portugal y Austria; por catorce Ministros plenipotenciarios de Argentina, Baviera, Bélgica, Bolivia, Brasil, Costa Rica, Chile, Ecuador, Guatemala, Italia, Mónaco, Nicaragua, Perú y San Salvador, y por un Encargado de Negocios de Prusia. Poco después de la firma del Trata-

do de Letrán, en el año 1930, aparecen ya en número muy superior; hay entonces doce Embajadores de Alemania, Argentina, Bélgica, Bolivia, Brasil, Colombia, Chile, España, Francia, - Italia, Perú y Polonia; y veinticuatro Ministros plenipotenciarios de Austria, Baviera, Checoslovaquia, Gran Bretaña, Haití, Honduras, Hungría, Irlanda, Letonia, Liberia, Lituania, Malta, Mónaco, Nicaragua, Panamá, Portugal, Prusia, Rumania, San Marino, San Salvador, Santo Domingo, Yugoslavia y Venezuela.

A ellos corresponde el Papa con su representación por medio de Nuncios de Alemania, Argentina, Austria, Baviera, Bélgica, Bolivia, Brasil, Colombia, Checoslovaquia, Chile, España, Francia, Haití, Hungría, Irlanda, Italia, Letonia, Paraguay, - Lituania, Perú, Polonia, Portugal, Rumania, Suiza, Venezuela, y Yugoslavia; por medio de Internuncios en Costa Rica, Holanda, Honduras, Luxemburgo, Nicaragua, Panamá, San Salvador y - Santo Domingo; por medio de Encargados de Negocios en Ecuador, Liberia, y Uruguay. Y por último tiene Delegados Apostólicos - en Africa del Sur, Albania, Antillas, Australasia, Canadá, - Tierra Nueva, China, Congo belga, Turquía, Egipto, Arabia, Eritrea, Abisinia, Palestina, Estonia, Estados Unidos, Grecia, - Guatemala, Indias Orientales, Birmania, Indochina, Japón, Mesopotamia, Kurdistan, Armenia Menor, México, Persia, Islas Filipinas y Siria.

En resumen con la mayor parte del mundo sostiene actualmente la Santa Sede relaciones diplomáticas apareciendo en manifiesta excepción los Estados escandinavos y Rusia.

En cuanto el Tratado de Letrán, como anteriormente he dicho, no introduce modificación alguna en la materia diplomática, limitándose solamente a legislar en su contenido lo que ya la práctica venia realizando. Dos de sus artículos tratan de - ellos: el 12 y el 19 que dicen respectivamente;

(1).- Gines Vidal y Saura. Tratado de Derecho Diplomático. Pag 174 Madrid 1925.

(2).- Luigi Salvatorelli De la brèche de la Porta Pia Aux - Accords du Latran Esprit International. Julio 1929. Pag 366.

Artículo 12 .- "Italia reconoce a la Santa Sede el derecho de legación activo y pasivo de acuerdo con las reglas del derecho internacional.

"Los enviados de los Gobiernos extranjeros cerca de la Santa Sede siguen disfrutando en Italia de todas las prerrogativas e inmunidades que corresponden a los agentes diplomáticos, según el derecho internacional, y sus residencias podrán continuar permaneciendo en territorio italiano, gozando de las inmunidades debidas en virtud del derecho internacional, aunque sus Estados no tengan relaciones diplomáticas con Italia.

"Las Altas Partes contratantes se comprometen a establecer entre ellas relaciones diplomáticas normales, acreditando un Embajador italiano cerca de la Santa Sede y un Nuncio pontificio cerca de Italia, el cual será el Decano del Cuerpo Diplomático, según los términos del Decreto de costumbres, reconocido por el Congreso de Viena en el acta de 9 de Junio de 1815".

"Por efecto del reconocimiento de la soberanía sin perjuicio de lo señalado en el artículo 19, los agentes diplomáticos de la Santa Sede y los correos enviados en nombre del Soberano Pontífice disfrutaban en el territorio italiano, incluso en los tiempos de guerra, del mismo trato que el que se debe a los agentes diplomáticos y a los correos de gabinete de otros gobiernos extranjeros según las reglas del derecho internacional."

Artículo 19.- "Los agentes diplomáticos y los enviados de la Santa Sede, los agentes diplomáticos y los enviados de los gobiernos extranjeros cerca de la Santa Sede y los dignatarios de la Iglesia que vienen del extranjero para ir a la Ciudad del Vaticano y se hallan provistos de pasaportes de los Estados de donde vienen y visados por los representantes pontificios en el extranjero, podrán, sin otra formalidad, entrar en la Ciudad a través del territorio italiano. Regirá lo mismo para las personas, que previstas de pasaporte pontificio en regla, salgan de la Ciudad del Vaticano al extranjero".

Y por último para finalizar lo relativo a la representación diplomática diré algunas breves palabras sobre el derecho de precedencia;

En éste una consecuencia de la soberanía espiritual - pontificia consistente en reconocer a los representantes del Papa el derecho de constituirse en Decanos del Cuerpo Diplomático, constituyéndose en costumbre, que se ha venido observando en los Estados católicos desde el momento en que las misiones se establecieron con carácter permanente. Se celebra el Congreso de Viena y se acuerda entonces reconocer expresamente tal derecho, declarándolo obligatorio en el artículo - 4º del Reglamento.

Con posterioridad, hay autores que lo ha discutido en el sentido de que se debe limitar a los Nuncios o representantes de primera clase y aún solamente en aquellos países donde hubiese Nuncio acreditado en el momento de celebrarse el Congreso de Viena, o sea en 1815. Sin embargo, no obstante este grupo de oposición reducido compuesto principalmente por italianos e ingleses, la mayoría de los autores coinciden en negar tal limitación al derecho de precedencia, alegando que en el Reglamento se expresa bien claramente que se refiere a los "representantes del Papa" (palabras del texto francés) y bajo tal denominación están comprendidos todos los agentes diplomáticos pontificios y además, que aunque se quiera ver otra cosa, no cabe negar que el carácter espiritual y la naturaleza jurídica de la misión representativa es igual en todos los agentes diplomáticos del Papa, y que las potencias católicas verán siempre en ellas con independencia de su categoría al representante del Romano Pontífice.

=====

NATURALEZA JURIDICA DEL ESTADO DEL VATICANO

1º.- El moderno Estado del Vaticano tiene una naturaleza jurídica totalmente especial y diferente de la de los demás Estados.

2º.- Anormalidades que ofrece en cuanto a su territorio

3º.- En cuanto a su población.

4º.- En cuanto a sus funciones y régimen de vida.

NATURALEZA JURIDICA DEL ESTADO DEL VATICANO

1º.- El moderno Estado del Vaticano tiene una naturaleza jurídica totalmente especial y diferente de la de los demás Estados.

Al ir finalizando mi trabajo juzgo interesante y conveniente exponer en unas cuantas líneas algunas palabras - sobre la especial naturaleza jurídica del moderno Estado - del Vaticano, creado por el Tratado de Letrán, lo cual nos permitirá ver las anomalías interesantes que revisten los elementos constitutivos del mismo y que rodean las funciones del pequeño Estado pontificio, a la par que realizan una labor complementaria de la soberanía temporal de los - Papas en cuanto al moderno derecho atañe.

Ante todo, no obstante las peculiaridades que reviste la naturaleza jurídica del Estado Vaticano, nadie podrá negar que se trata de una sociedad soberana legalmente constituida y reconocida como Estado independiente en el Tratado de Letrán de 1929.

De normal en el Estado del Vaticano, en cuanto a su - naturaleza jurídica, poco podemos decir que exista: no lo es en cuanto a su territorio o mejor dicho en cuanto a la reducida extensión del mismo; no lo es tampoco en cuanto a su población tan escasa y anormal, no ya solo por razón de los medios de adquisición y pérdida de la nacionalidad vaticana, sino también por motivo de la negación de ciertos - derechos ciudadanos y no lo es tampoco por en cuanto a su organización, régimen de vida y funciones que desempeña, - concierne.

La explicación de tales anomalías, las iremos viendo particularmente en el estudio de cada una de ellas, sin embargo sentemos de antemano como causa general que el pequeño Estado creado por el Tratado de Letrán no es más que el apoyo o sostén de la soberanía espiritual de los Pontífices; para ello ha sido creado y a ello se subordinará; es por tal motivo que no busca como la generalidad de las sociedades -

estatales el bien de sus súbditos por encima de todo, su población juntamente con su territorio y organización política serán elementos secundarios supeditados a la soberanía espiritual que persigue antes que nada la salvación de las almas.

Sentadas estas bases generalmente comencemos con la exposición de las principales anomalías que reviste la naturaleza jurídica del Estado del Vaticano.

2ª.- Anomalías que ofrece en cuanto a su territorio

La primera anomalía que a nuestra vista se presenta es la extensión del territorio pontificio, sobre el que se reconoce a los Papas plena propiedad, poder exclusivo y absoluto y jurisdicción soberana: cuarenta y cuatro hectáreas -- únicamente dentro de límites perfectamente determinados.(1).

Es tan escasa esta extensión que casi no hace falta de demostrar su enorme pequeñez. Únicamente por ello la comparo con los Estados más reducidos del orbe para así ver, que aún en relación con ellos, su extensión resulta infinitamente inferior. Luxemburgo tiene 2586 kilómetros cuadrados. Andorra 452, Liechtenstein 159, San Marino 59 y así todos; únicamente se acerca a la Santa Sede el Principado de Mónaco que tiene 149 hectáreas, pero aún así y todo es tres veces superior en extensión al Estado del Vaticano.

5ª.- En cuanto a su población.

Muchas son las anomalías que se ofrecen en cuanto a la población del Vaticano:

En primer lugar su número, que la igual que la extensión territorial, es muy reducido hasta el punto de que en el año 1928, poco antes de finalizarse la Cuestión Romana, su población solo se elevaba a 130 habitantes y aún en ella había tres que eran franceses: El Cardenal Lepicier, de la Curia Romana; Mgr. León Gromier, Canónigo de la Basílica vaticana y Mgr. -- Tisserand de la Biblioteca vaticana.

(1).- La Documentación Católica de 29 de Junio de 1929 publica un plano con los límites del territorio. col. 1611 a 1614.

En segundo término aparece la única y exclusiva propiedad del Papa en todo el Vaticano según se reconoce expresamente "Italia reconoce a la Santa Sede plena propiedad, poder exclusivo absoluto y jurisdicción soberana" comprometiendo por ello a dejar el territorio "libre de toda servidumbre y de sus ocupantes eventuales" lo que hace que sus súbditos - únicamente puedan ser considerados como huéspedes o locatarios.

La tercera anomalía se presenta en cuanto a los modos de adquisición y pérdida de la ciudadanía vaticana sobre la que ha desaparecido el *ius soli* y el *ius sanguinis*. Se adquiere por la residencia estable y continuada, en Roma si se trata de Cardenales, y en el mismo Vaticano si se refiere a súbditos en general; perdiéndose por la falta del motivo o medio de adquisición. En este último caso y si se trata de una pérdida definitiva de nacionalidad de aquellas personas, que con anterioridad no hubiesen tenido ninguna otra, "serán considerados en Italia como ciudadanos italianos, sin ninguna otra formalidad". Con estas disposiciones tan singulares - no podemos extrañarnos que tan reducida sea la población vaticana desde el momento que ésta formada únicamente por miembros de ciudadanía que pudieramos clasificar de provisional y voluntaria, sin tenerse para nada en cuenta el nacimiento que ha sido y es siempre la regla general.

Una cuarta anomalía podemos señalar en cuanto a la población vaticana, es esta la relativa a los derechos públicos de los nacionales que en la generalidad de los Estados - aparecen garantizados constitucionalmente o cuando menos por costumbre. En el Estado pontificio tales derechos han desaparecido totalmente como consecuencia de ser el Romano Pontífice un jefe supremo dotado de "plenitud de poderes; legislativo, ejecutivo y judicial"; él nombra como tal jefe todas las autoridades y magistraturas, él las destituye y las modifica con arreglo a su voluntad. Ello ha hecho desaparecer toda - institución representativa o mejor dicho todo derecho de los ciudadanos a ellas. Aún en la misma parte relativa al poder judicial, la Ley fundamental tiene organizado un sistema ex-

pecial de tribunales, cuyos magistrados son nombrados y revocados por el Romano Pontífice y reconociéndose en lo relativo a las causas civiles y penales y a todas las fases de las mismas, que el Soberano Pontífice puede diferir las instrucciones y los mismos procesos a una comisión especial con poder para dictar sentencia conforme a la equidad, excluyéndose todo recurso posterior.

Y por último también revisten ciertas anomalías -- los derechos privados de los ciudadanos, que aparecen muy restringidos si se los trata de comparar con los de los -- ciudadanos de los demás Estados. Citemos entre ellos por ejemplo la entrada en el Vaticano, que como sabemos no es libre, exigiéndoles a aquellos que quieran residir en la Ciudad un permiso que habrá de ser concedido por el Gobernador y en el se reserva la facultad de revocarlos cuando lo estime conveniente, con lo que adquiere un perfecto y constante control de la totalidad de los residentes. También se requiere su autorización según se dispone en el artículo 2º de la Ley sobre organización económica, para toda enajenación de bienes inmuebles sitos en el territorio del Vaticano, para los actos realizados entre vivos a título gratuito y oneroso y también para los arrendamientos o subarrendamientos aún cuando estos sean parciales; también se exige esta, según dice el artículo 7º para abrir oficinas, almacenes, talleres o empresas industriales. Y como una prueba definitiva de la omnipotencia de la Santa Sede diré que el comercio está monopolizado a favor del Estado, que no se da la libertad de prensa, -- ni la de reunión, ni asociación, etc.

Y ahora nos preguntamos ¿a que se debe esta anomalía y negación de derechos ?.

Pues sencillamente a que la Santa Sede no quiere comprometerse con nadie ni con nada. No quiere en estos puntos menoscabar su libertad. Ella sabe realizar y de hecho realiza la felicidad de sus súbditos, no obstante las disposiciones restrictivas que acabamos de ver. Si ellos viven una vida agradable incluso superior a la de los demás Estados ¿no

pueden tolerar la falta de que sus derechos no aparezcan constituidos en legislación expresa?

El Papa, es pues dentro de la Santa Sede, según hemos visto, el soberano a quien afluyen los poderes legislativos, ejecutivo y judicial. Ciertamente que él los delega por la imposibilidad de ejecutarlos todos por sí mismo, pero no es menos cierto que lo hace a título revocable.

En resumen podemos decir que tales anomalías respecto a la población son únicamente una consecuencia de la soberanía espiritual, pontificia que hace de los ciudadanos elementos secundarios en el desarrollo de su actividad, no dudando en negarle ciertos derechos ni en contraer con ellos ciertos compromisos, que tal vez algún día pudiesen constituirse en elementos adversos y posible amenaza de su libertad.

Pasemos con ello al estudio de funciones y régimen de vida.

42.- En cuanto a sus funciones y régimen de vida.

Con los elementos que acabamos de examinar, territorio, y población, es absolutamente imposible que la Santa Sede -- pueda sobrellevar su vida con la máxima autonomía e independenciadencia con que lo hacen los demás Estados; haciéndose -- por ello necesario el que tenga que buscar una ayuda indispensable en Italia que se convierte en el medio de ejecución de las múltiples funciones que el Papa no puede desempeñar, mediante el empleo de sus propios recursos. Ello hace constituirse a la Santa Sede en un pequeño Estado situado bajo la ayuda y protección de su pactante y poderoso vecino y al Tratado de Letrán contener disposiciones que en tal sentido se manifiestan. Recordemos únicamente por vía de ejemplo el artículo 62 en el que se dice que "Italia cuidará de que la Santa Sede tenga en propiedad y de modo seguro una dotación adecuada de agua, comprometándose a ponerla en comunicación con sus vías férreas -- y a unir directamente con los demás Estados los servicios telegráficos, telefónicos y postales.

Por los motivos anteriormente expuestos, es por lo que -- la Santa Sede abandona multitud de servicios públicos en manos

de Italia, sin que por ello pierda el Vaticano su soberanía - y su inmediata independencia del orden jurídico internacional ya que solo se trata del abandono libre y voluntario de ciertas prerrogativas en virtud de un tratado internacional, que en realidad no menoscaban la independencia ni el poderío de los Papas. Se trata por ello pues de un acto voluntario del Papa en el sentido de confiar el cuidado de ciertos servicios públicos, ya total ya parcialmente, y así ocurre con los ferrocarriles, telégrafos, teléfonos, radiotelegrafía, radiotelefonía, aguas, bancos del Estado, etc ... Incluso tal sucede respecto de la aplicación de las leyes penales y el enjuiciamiento de los acusados de crímenes o delitos, y hasta que punto - no llega esta delegación de servicios, que aún las funciones de policía de la Plaza de San Pedro, son ejercidas por las autoridades italianas, volviendo solamente al Papa en el caso de que El juzgase conveniente someterlas temporalmente a su autoridad.

Recordemos el artículo 22 del Tratado que es en relación a estas cuestiones extremadamente curiosas: Dice así: "A petición de la Santa Sede y por una delegación que podrá dar, ya en cada caso, ya de un modo permanente, Italia atenderá sobre su territorio al castigo de los delitos que fueran cometidos en la Ciudad del Vaticano; pero cuando el autor del delito se haya refugiado en territorio italiano, en este caso se procederá, sin otras formalidades contra él según las reglas de las leyes italianas".

"La Santa Sede entregará al Estado italiano las personas que se hubiesen refugiado en la Ciudad del Vaticano, acusadas de actos cometidos en territorio italiano, que sean reconocidos delictivos por las leyes de los dos Estados".

"Se procederá del mismo modo con las personas acusadas de delitos que hubiesen refugiado en los inmuebles que disfrutaran de inmunidad según el artículo 15, al menos que los encargados de dichos inmuebles no prefieran invitar a los agentes italianos a entrar para detenerlos".

Tal artículo además de implicar una delegación en manos de Italia de la represión de delitos supone la supresión del derecho de asilo que, aunque no se halla reconocido en todos los países expresamente, es sin embargo asentado por todos en la realidad por motivos de humanidad y costumbre; y si bien en dicho artículo no se habla de los delitos políticos es lo cierto que, con posterioridad, Mussolini ha declarado que Italia reclamará y acordará para sí sola la extradición de los delincuentes políticos.

Recordemos también el artículo 24, ya de nosotros conocido, en el que la Santa Sede declara su neutralidad y no intervención en los asuntos relativos a conflictos internacionales y Congresos que para tal objeto se convoquen, aún cuando reservándose el hacer valer su poderío moral y espiritual, lo que viene a ser al fin y al cabo otra anomalía más que podemos incluir entre las muchas que al pequeño Estado del Vaticano afectan. (1)

(1).-- Véase en la actividad internacional de la Santa Sede, la parte en que se habla del artículo 24.

C O N C L U S I O N

~~-----~~

1ª.- ¿Ha solucionado el Tratado de Letrán el problema de la Iglesia Católica ?.

CONCLUSION.

1ª.- ¿Ha solucionado el Tratado de Letrán el problema de la Iglesia Católica?

Han quedado expuestos a lo largo de estos capítulos los principales problemas atinentes a la personalidad internacional y a la doble soberanía espiritual y temporal de los Papas. Su estudio se ha realizado con especial cuidado desde la expoliación de 1870 al Tratado de Letrán y desde este a nuestros tiempos, habiendo constituido a su vez ello la base de consideración de la actual actividad pontificia en el orden jurídico internacional y de la naturaleza jurídica del Estado Vaticano.

Las modificaciones en general a lo largo de tales años, a primera vista son pocas. Una comparación de la Ley de Garantías de 1871 con el moderno Tratado de 1929 nos pone de manifiesto que sus disposiciones respectivas son muy parecidas. Sin embargo forzoso nos será de admitir, si investigamos más profundamente sobre el problema, que hay en realidad un abismo entre ambas legislaciones. En la primera de ellas se hablaba solamente de un usufructo de determinados palacios y jardines; en la segunda por el contrario se trata de la propiedad de un territorio, en una palabra de la concesión del sostén de la soberanía espiritual pontificia. La Ley de Garantías es además el documento unilateral de simple concesión de atributos soberanos que en realidad ya disfrutaban los Papas y de una convención financiera, que podían ser modificadas con la sola aparición de una ley interna, que así lo dispusiese. El Tratado de Letrán, por el contrario, no es un acto unilateral, no se trata de una concesión, sino de un contrato en el que intervienen dos partes soberanas con igualdad de derechos; Italia por ello no podrá como anteriormente, si así lo quisiese, modificar esta nueva legislación con la misma facilidad que antes. Sería necesario para ello violar un tratado de derecho internacional.

Es por esto que el Tratado de Letrán es acogido por la opinión católica con muestras de gran entusiasmo, no obstante la pequeña concesión de territorio que en él se habla y limitarse de hecho a recoger en su legislación la situación, que ya anteriormente venía disfrutando la Iglesia.

Recordemos sobre estos particulares algunas palabras - del discurso del Sr. Magalhães de Azévedo, que como Decano del Cuerpo Diplomático, fue el que en su nombre felicitó al Papa por la firma del Tratado. Decía así:

"Nuestra presencia aquí atestiguaba tranquilamente, silenciosamente, en frente del universo entero, que los Papas - continuaban siendo soberanos como otras veces, ya que las potencias no habían delegado en sus embajadores y ministros la misión de defender sus intereses cerca de una persona no calificada para recibirlos, es decir, no poseyendo los atributos de la soberanía".

"¿Que si tiene soberanía temporal? Si; y además sin duda, soberanía espiritual; y ciertamente más sublime aún, más augusta que la otra; soberanía espiritual, fuente y fundamento por un misterioso y gradual trabajo histórico de la soberanía temporal; coexistente con esta, pero distinta. No es cerca del primero de los obispos, del Obispo de Roma, del metropolitano de la provincia romana, del primado de Italia, del patriarca de Occidente, no era tampoco exclusivamente, cerca de sucesor del Príncipe de los apóstoles, sino cerca del heredero continuador de la dinastía de los Pontífices reyes, revestidos, durante doce siglos, de soberanía espiritual y temporal, que las potencias acreditaban sus mandatarios; y él correspondía de modo adecuado a este proceder nombrando nuncios e internuncios, que por un privilegio en todos los sitios respetado, eran con pleno derecho los decanos del cuerpo diplomático. Cuando Bismarck en un famoso documento, al dirigirse al gran Papa León XIII le llamó "Sire", no hizo más que traducir con una de esas palabras pintorescas, que acostumbraba su estilo tan personal, una verdad evidente e inagotable. (1).

(1).- La Documentación católica del 15 de junio de 1929. Col. 1478 y siguiente.

¿Y que mejor fin a todo este trabajo de la personalidad internacional y soberanía pontificia que unas palabras de su posible futuro?

El Tratado de Letrán dice en su artículo 26 que la Santa Sede declara la cuestión romana definitiva e irrevocablemente resuelta. Sin embargo cuan lejos está esta declaración de ser una realidad. Sería demasiado atrevido por no calificarlo de absurdo el creer que los acuerdos de Letrán hayan sido el punto final del conflicto entre el poder espiritual y el temporal. Que magnífico habría sido ello; pero desgraciadamente esta cuestión abarca asuntos y problemas del derecho interno e internacional, que no se dejan resolver con tanta sencillez. El conflicto pues a mi modo de ver no es de 1870 solamente, sino que tiene origen anciano; data del primer Pontífice de la Iglesia, se trata en una palabra de la independencia de los Papas.

No creamos, sin embargo, en un pesimismo para el futuro de la Iglesia, pero tampoco hay que ser exageradamente optimistas. La Santa Sede ha dado, desde luego un gran paso en cuanto a su independencia con la firma del Tratado de Letrán, pero sin que por ello podamos pensar en una seguridad absoluta y eterna que a todos los católicos nos gustaría afirmar.

=====

B I B L I O G R A P H A

PRINCIPALES OBRAS Y REVISTAS CONSULTADAS

=====

- Anzillotti. "Cours de Droit International". Traducción de Gidel. Sirey 1929.
- Anzillotti. "La condizione giuridica della Santa Sede in seguito agli accordi del Laterano" en la "Rivista di diritto internazionale" de 1929, páginas 165 y siguientes.
- Bompard. "La Papauté en droit international". Rousseau 1888.
- Bompard. "Le Pape, les Etats et la Conférence de la Haye" en la "Revue Générale de droit international public" de 1900 páginas 369 y siguientes.
- Bonfils-Fauchille. "Manuel de droit international public" Paris 1914.
- Brusa. "La jurisdiction du Vatican" en la Revue de droit international (Bruselas), volumen XV. 1883, páginas 113 y siguientes.
- Diana. "Derecho Internacional Público". Traducción española de Trias. Barcelona 1932.
- Diana. "La Santa Sede e il diritto internazionale dopo gli accordi lateranensi dell 11 Febraio 1929" en la "Rivista di diritto internazionale" de 1929, páginas 117 y siguientes.
- Dupanloup. "La Souveraineté pontificale selon le droit catholique et le droit européen" Paris 1860.
- Fenwick. "The new City of the Vatican" en el "American Journal of international law" de 1929, 1, páginas 371 y siguientes.
- Geo London. "De Pio IX a Pio XI".
- Gidel. "Quelques idées sur la condition internationale de la Papauté" en la "Revue Générale de droit international public" de 1911, tome XVIII, pág. 589 y siguientes.
- Hoffter-Gofcken. "Le Droit international de l'Europe". Paris 1883.
- R.P.Y. La Brière. "La question romaine et le Traité du Latran" en la "Revue de droit international" de 1929, pág. 13 y siguientes.
- Imbard La Tour. "La Papauté en droit international". Pedone 1893.
- Le Fur. "Le Saint Siège et le droit des Gens". Paris, Sirey

- Le Fur. "Le Saint Siège et le Cour de Cassation ". Pedone 1914
Le Fur. " Le Saint Siège et le droit international" en la -
"Revue de droit international" de 1929, páginas 25 y
siguientes.
- Montero. "Instituciones de Derecho Canónico". Madrid 1928.
Pertinax. "Le Partage de Rome". Paris 1929.
Planas Suarez. " Tratado de derecho internacional público". Madrid
1916.
Posada. "Tratado de Derecho Político". Madrid 1928.
Pradier-Fodéré. "Cours de Droit diplomatique". Paris 1881.
Pucci. "La pace del Laterano". Libreria editrice fiorentina.
1930.
Rivet. "La question romaine et le traité du Latran" Sirey -
1931.
Trezzi. "La posizione giuridica della Santa Sede nel diritto
internazionale". Roma 1929.
Salvatorelli. "De la brèche de la Porte Pia aux Accords du Latran"
"Esprit international". 1929, Julio.
Vidal y Saura. "Tratado de Derecho diplomático". Madrid 1925
Del Vecchio. "Filosofía del Derecho". Traducción española de Rees-
sens Siches.
Jarrige. "La condition internationale du Saint Siège avant et
après les accords du Latran". "Esprit international"
Julio de 1929.
Féret. "Le Droit divin et la théologie". Paris 1874.
Féret. "Le pouvoir civil devant l'enseignement catholique"
Paris. 1888.
Pradier-Fodéré. "Elements de Droit Public". Paris 1864.
Santa Maria de
Paredes. "Curso de Derecho Político". Madrid 1909.
Rehn. "Allgemeine Staatslehre" Leipzig 1907.
Maistre. "Etude sur la souveraineté". Paris 1870.
Maistre. "Du Pape". Lyon 1882.
Ullman. "Völkerrecht". Tübingen 1908.
Carrano. "L'Italia dal 1789 al 1870". Nápoles 1910

- Reuchlin. "Geschichte Italiens von der Gründung der regierenden Dynastien bis zur Gegenwart". Leipzig. 1873
- Fiore. "Trattato de Diritto internazionale pubblico" Turin 1883
- Fiore. "Il diritto internazionale codificato e la sua sanzione giuridica". Turin 1898.
- Probyn. "Italy from the fall of Napoleon in 1815 to the death of Victor Emmanuel in 1878". Londres 1884.
- Wernz (Vidal) "Ius Canonium". Roma 1923.
- Mon y Bascós. "Importancia del Pontificado en el Derecho Internacional". Barcelona 1912.
- Bastgen. "Die römische Frage. Documente und Stimmen". Friburgo 1919.
- Duerm. "Pouvoir temporel des Papes" Lille 1890.
- Bernhart. "Le Vatican Trone du Monde". Paris 1930.
- Cavioli. "La Città del Vaticano". Monza 1929.
- Williamson. "The Treaty of the Lateran". Londres 1929.
- Casanovas y Sans. "El Papa y la Cuestión Romana". Madrid 1924.
- Dupanloup. "La souveraineté temporelle du Pape". Paris 1849.
- Faischlen. "La situation juridique du Pape comme chef suprême de la religion catholique" en la "Revue de droit international et legislation comparée". volumen 6, 2ª serie, páginas 85 y siguientes.
- Nys. "La Papauté et le Droit international" en la "Revue de Droit international et legislation comparée". volumen 7, 2ª serie, páginas 155 y siguientes.
- Olivart. "Del aspecto internacional a la cuestión romana" Madrid 1893.
- Olivart. "Le Pape, les Etats de l'Eglise et l'Italie. Essai juridique sur l'état actuel de la question romaine" Paris 1897.
- Funk. "Lehrbuch der Kirchengeschichte" Rostburg 1902.
- Seock. "Entwicklungsgeschichte des Christentums". Stuttgart 1921.
- Pastor. "Geschichte der Papste seit dem Ausgang des Mittelalters". Friburgo. 1906.

Y numerosos artículos de:

Acta Apostolicae Sedis.

Razón y Fé

Observatore Romano.

Documentación católica, etc
